



**EL BLANCO  
DE  
LA MUERTE**

**CUENTOS POR N. YAÑEZ SILVA**

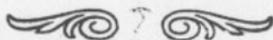
**EDITORIAL CHILE**



N. Yañez Silva

# EL BLANCO DE LA MUERTE

(CUENTOS)



TALLERES DE "EL DIARIO ILUSTRADO"

SANTIAGO DE CHILE

1927

EL BLANCO DE LA MUERTE

---

ES PROPIEDAD DEL AUTOR

Inscripción N.º 715

---



## DEDICATORIA

*A la adorada memoria de mamá Rosa  
y de tía Ina, cuyos nombres quiero unir en este  
libro con un beso.*

*Nathanael.*

## Juicio de "La Prensa", de Buenos Aires, sobre la última novela de Yañez Silva

---

"La tragedia del arte" por N. Yañez Silva

"La tragedia del arte" es una novela del escritor chileno Yañez Silva, que goza en su país de notoriedad como novelista, cuentista, dramaturgo, crítico de pintura y de teatro. No hay que extrañar, pues, que "La tragedia del arte" sea una novela excelente y que sus tipos y las pasiones que los animan, estén trazados con mano segura que les da palpitación de vida.

La nueva novela tiene por escenario Santiago de Chile y se desarrolla entre artistas: pintores, cuya psicología es profundamente conocida por el escritor chileno, que, sin duda, los ha tratado muy de cerca, son sus personajes: pintores y algunas de esas personas que por admiración, delicadeza de espíritu o finura de sentimientos, se encuentra siempre al lado de artistas.

Yañez Silva, pinta naturalmente y de mano maestra el orgullo, las envidias, las intrigas, las ambiciones, las buenas y malas cualidades que son como la naturaleza

de los que luchan ansiosos de renombre, que es fin de penurias y profunda satisfacción de la vanidad, y que tardan, por falta de constancia y de genio o por exceso de impaciencia, en poner el pie en el camino firme que conduce a las ascenciones gloriosas.

Las escenas que describe el novelista chileno contienen tanta verdad, que el lector menos conocedor del ambiente, experimenta la sensación de encontrarse de lleno ante las realidades de la vida.

Aunque "La tragedia del arte" tiene sus protagonistas: Oscar Villalmar, noble y leal, gran temperamento de pintor, apreciado en la alta sociedad por su talento y don de gentes, y Luisa Bailén, mujer adorable, el peso de la acción gravita sobre todos los personajes a los que el autor, buen conocedor de la técnica, sabe dar el relieve y el carácter que les corresponde, sin que ninguno de ellos pase inadvertido.

El estilo de Yañez Silva en su último libro es fluído, sencillo, vigoroso y apasionado, proporcionado siempre a las situaciones que describe":

("La Prensa", 22 de Mayo de 1927, Buenos Aires)



BIBLIOTECA NACIONAL  
SECCIÓN CHILENA

# EL BLANCO DE LA MUERTE

## EL BLANCO DE LA MUERTE

—He pensado ya largo tiempo en eso, mi querida amiga... ¡Los sueños!... ¡La vida!...

—Pero ¿cómo podría probarme Ud. esa relación entre la vida y los sueños?—dijo al capitán del buque la hermosa francesa, que se mecía blandamente en la silla de lona, aspirando con voluptuosidad el aire tibio y plácido de aquel crepúsculo que empezaba en el mar. Se diría que Olga, soñaba, que se dejaba mecer por la vida, acaso por la vida misteriosa de los sueños, de lo que habían hablado hasta ese instante.

—Sí, sí,—afirmó, necesitaría una prueba para convencerme de esa relación íntima que señala usted con tanto convencimiento, entre la vida y los sueños.

En ese instante sonó como un pistoletazo, no más fuerte que el estampido de un cohete, y entre la media luz plomiza que empezaba a ensombrecer el mar, cayó a cubierta una gaviota, con las alas extendidas, manchando de sangre, la reluciente cubierta del buque.

El capitán vió el ave, miró hacia un rincón de cubierta, sonrió y le dijo a la adorable francesa que lo acompañaba, y que se inquietó por el suceso algo extraño:

—No se inquiete usted, que quien ha muerto esta gaviota, es la mejor prueba de lo que venimos hablando, de esa relación que existe o debe existir entre la vida y los sueños.

—No le comprendo a usted... Me extraña todo esto que me dice usted. ¿Qué relación puede haber entre esta ave muerta, que una bala ha sorprendido en busca de su nido, y el asunto de nuestra charla?

El capitán miró de nuevo hacia un rincón de cubierta, y señaló allá lejos, a un hombre todavía joven, que se paseaba solitario y como ageno a todo lo que sucedía a su alrededor, y que con un rifle de salón en la mano, parecía esperar de nuevo, que cruzase el cielo otra gaviota, para matarla a su vez.

—¿Sabe quién es aquel hombre que ha muerto esta ave?—preguntó el capitán a su interlocutora.

—Ah!, sí,; aquel norte-americano medio loco, o loco por completo que, según dicen, va a un sanatorio de Nueva York.

—Precisamente. Véalo usted. Ahora lanza al aire, un corazón, un corazón de madera o de masa, ¡quien lo sabe! y lo parte en dos pedazos con su rifle, y se queda como satisfecho de lo que ha hecho, pero sumido siempre en esa honda tristeza que lo acompaña a todas partes.

—Puede ser un loco peligroso para el pasaje y no me explico cómo usted, capitán, que es gran previsor, lo deja en semejante libertad.

—No importa; lo vigila su criado abisinio, que lo acompaña a todas partes, y además, su locura es tranquila. Se le permite que dispare a las gaviotas, cuando estamos cerca de tierra, o bien a las aves de mar adentro. Cuando no hay gaviotas que entretengan su afición, lanza al aire corazones que le fabrica el criado, para

partirlos de un certero balazo de su rifle. Si no se le permitiese semejante e inocente entretención, se pondría furioso, mientras que así, hasta se puede charlar con él, dejándole, eso sí, que de tiempo en tiempo parta un corazón de masa, o el corazón de una pobre gaviota.

Olga, intrigada, se acomodó en su asiento; abrió mucho los ojos y como poseída por un interés extraño, interrogó con la mirada como pidiendo que le explicasen todo eso, porque tenía la certeza que aquel hombre encerraba un extraño secreto, mejor dicho, era todo un misterio. Su rara locura ¡Partir corazones!; su manía ¡romper alas de gaviotas! Y su mirada siguió a la distancia, los pasos del norte-americano, que mirando la lejanía del mar, y listo su rifle para hacer fuego, parecía envuelto en extraños ensueños. Las alillas de la nariz de aquella mujer palpitaron, aspirando con fuerza el aire marino, que parecía llevar en sus alas extrañas nostalgias, dormidas evocaciones de mundos desconocidos.

—Hable usted, capitán, que ya me tiene intrigadísima, y no me puedo contener.

Aquel hombre, que había recorrido tanto mundo, y curtido su piel a la caricia de tantas tempestades, no se inmutó por lo que le pedía la francesa, sino que pensó un momento, y luego dijo:

—Me afirmo en lo dicho hace un momento: existe una relación estrecha entre la vida y los sueños. Vivimos una vida más activa, cuando dormimos, que cuando velamos. Dos cosas jamás descansan en nosotros: el corazón, y nuestro espíritu que durante el sueño parece que se independizara del cuerpo e hiciera una vida por cuenta propia.

—Se refiere usted al *sottambulismo*?

—Oh! No. Vulgaridad es esa. Voy más allá!, al espiritualismo, que es de advertir que no es lo mismo, a mi juicio, que el espiritismo, la doctrina de mesas que se mueven, de los lápices que escriben desde la eternidad, o desde la otra vida, todas esas cosas que a la postre resultan habilidades de hombres ilusionistas que saben engañar: ¡No!; mi doctrina, puede decirse que se refiere al espiritualismo, a la vida que vive el espíritu independiente de nuestro cuerpo, cuando dormimos.

—Tener dos yo, capitán?

—Algo de eso. Sobre el particular, ya se ha escrito una obra aplaudida por todos los públicos: “El misterio del procurador Hallers”. Pero voy más allá, a un solo yo, que durante el sueño, se aparta de nuestro cuerpo y campea por su cuenta y riesgo. ¿Podría usted creer por ejemplo, que un hombre ejecute una mala acción mientras duerme?

—Claro está: soñándola, pero luego al despertar...

—Precisamente: luego al despertar, se confirma una vez más que esa acción ha sido material, tan material, hasta producir una muerte, hasta ejecutar un crimen que está fuera de las sanciones creadas por los hombres...

Un nuevo disparo, hizo estremecerse a la francesa, y un nuevo corazón se vió partido en el espacio por el rifle del norte-americano. Aquella fina mujer, sintió miedo entonces, un escalofrío extraño provocado no sabía porque, y se abrigó entre la lana escardada de su abrigo de travesía. El crepúsculo pintaba las olas de un color de cobalto intenso, coronado por lampazos de espuma.

—Es el loco, nuevamente—tranquilizó el capitán. Es su manía, disparar, disparar siempre, porque esta

es su obsesión, la obsesión de su vida, que causó una muerte...

—¿Una muerte...?—ahogó la francesa su frase en un estremecimiento.

—Sí, la muerte de su esposa, que él adoraba por sobre todas las cosas de la tierra. Si, ya sé que usted me dirá que por qué no está ese hombre encerrado en una cárcel. No lo está porque él no fué responsable de esa muerte, porque la ejecutó sin saberlo, porque la soñó, tan solo...

—Pero, ¿un sueño puede ser tan verdad que cause un daño material, un horrible daño como el de una muerte...?

Y lentamente, como si el marino saborease las frases, explicó los casos extraños de algunos sueños, esos instantes en que creemos estar despiertos, en que sentimos sobre nosotros, un peso, un peso enorme, de un enemigo, y lo sentimos aún después de despertar, como un daño material, tangible, fuera de toda duda. Pesadillas, se llama a esto, generalmente; pero es algo más, es una especie de vida misteriosa de nuestro espíritu que tiene lazos con nuestra materialidad y que nos deja a veces, por todo un día, deprimido el ánimo, muertos nuestros entusiasmos, tímidos para la vida misma. Nadie se ha explicado claramente los sueños, nadie ha penetrado el misterio de ese punto indeciso cuando empieza el sueño y termina la vigilia, una especie de ensoñación por la cual decimos: "soñar despiertos".

Los fumadores de opio la conocen mejor que nadie, y mueren muchas veces agotados por esa vida que ellos creen artificial y que quizá sea la más material de todas las vidas. La bolita obscura y untuosa del opio que se quema en la pipa del fumador, en este caso, es la dueña del misterio; nosotros no conocemos sino cier-

tos efectos aislados, que nos pierden en conjeturas, en suposiciones, pero al final de todo eso ¡nada! la vida siempre, esta vulgar vida, que ya a nadie interesa...

—A nadie, capitán?

—A nadie, salvo cuando se miran unos ojos tan bellos como los suyos, adorable Olga—terminó el capitán. Pero luego agregó, no sin cierta inquietud mirando hacia un lado de cubierta, por el que se acercaba el norte-americano Willy, que en su andar lento y silencioso, semejaba un felino deslizándose por sobre las maderas firmes del barco.

—Silencio, Olga! que el aludido se acerca, y puede que él, mejor que nadie, pueda dar a usted, datos más interesantes que los míos. Con tacto, con discreción, puede conseguir Ud. de este hombre, su historia, o bien pedazos de ella. Lo vigila el abisinio, ve usted? La ha visto y parece no serle usted indiferente.

—Tengo miedo, capitán. ¡No me abandone!

—Descuide usted, Olga!

El criado negro lo seguía de cerca y llevaba en sus manos un aro en que iban varios corazones prendidos, rojos, preparados para servir de blanco al terrible y pequeño rifle de Willy, el mismo acaso con que había hecho una muerte sin que él lo supiese. El arma en las manos de aquel hombre enorme, parecía un juguete, reluciente, pulido, liso. Como un junco que jirase vertiginosamente entre sus dedos. Saludó con cierta cortesía, dió la mano al capitán, y al ver un asomo de asombro en las pupilas de la francesa, le dijo con voz lenta, apacible, en correcto castellano:

—Se ha inquietado usted, Madame? No temer nada, que mi rifle solo hiere a las gaviotas, y a los corazones que para entretenimiento mio, me trae mi criado. Pasó

la mano por la cabeza del negro, y quedó esperando algo...

—Hoy es para usted un día tranquilo, verdad Willy?  
—le dijo el capitán. Hablamos de usted, precisamente, con esta señora, que deseaba conocerlo.

El norte-americano sonrió maliciosamente, con la mirada un poco vaga, y le respondió:

—Le hablaría usted de lo de siempre, de esa historia mía, de mis hazañas de tirador al blanco. Verdad, señora, he sido célebre en el mundo hasta que mi desgracia me dejó imposibilitado para trabajar, porque se cree que estoy loco, y que mi rifle al disparar ante el público, no haría blanco y sería peligroso, cuando jamás yerro un disparo. ¡Y cómo errarlo, si desde mi niñez fui cow-boy, y luego me dediqué al rifle como una profesión. ¿Qué yo he matado?... Así dicen, así es, pero no fui yo quién maté, fué tan solo mi rifle, porque en aquella ocasión quizás no fué manejado por estas manos, sino por otras ¡sabe Dios por las manos de quién...!

Un movimiento de ansiedad en las pupilas de la francesa, estimularon al norte-americano para proseguir, y muy tranquilo, mirando el mar que poco a poco, se ensombrecía, y como si contase su historia a un ser invisible que se mecía por sobre las olas, habló largamente:

Había viajado mucho, nostálgico eterno de cielos y de países distintos. Había hecho de su voluntad, casi una profesión, porque la manejaba a su antojo, y cultivó siempre su espíritu, es decir las fuerzas que hay ocultas, en lo más íntimo de nuestra alma, a tal punto que muchas veces deseando una cosa días enteros, hasta meses enteros, consiguió domar las fuerzas de la vida, quien sabe si las fuerzas del destino! Un día en

un viaje por la India, conoció a una mujer hermosísima, una de esas bellezas fatales que lo enloquecieron.

—¡Cuanto la amé, cuanto la adoré, cómo quizá hombre alguno haya jamás amado!—dijo en voz alta, como si se dirigiese a un ser que lo oía, desde el más allá, y prosiguió su historia, sencilla, pero de un trágico acento:

Un día, en plena luna de miel, le propuso a ella, que le sirviera de blanco para sus pruebas. ¡Cuanta atracción tendrían estas, entonces, con su belleza, para que su rifle le apuntase. Y no fué difícil convencerla porque ella sabía del ojo certero de aquel hombre. Y llegaron noches gloriosas, cuando el público palpitante de emoción, veía colocarse a la hermosa indostánica, junto a la placa de acero, puesta para que recibiera el plomo, y él, tranquilo, sereno, iba deshaciendo uno a uno, los diamantes de cristales colocados en la cabeza de su esposa. Pero aquella mujer fué adorada, deseada por las plateas de los diferentes teatros que ellos recorrían, y se dejaba adorar, sonriente, satisfecha de la vida, y de su belleza.

Willy empezó a sufrir en el silencio. Callaba sus celos, mordía sus malas pasiones, y aunque hacía esfuerzos supremos por guardar los sentimientos de su corazón, le era imposible, y se acabó la paz en aquel hogar, que iba por el mundo de carpa en carpa, de teatro en teatro. Ella comprendió el drama que se desarrollaba en el cerebro de su marido, que no decía nada, y procuró tranquilizarlo, detener la sangre de aquel corazón, que parecía consumirse lentamente.

—¡Yo le creía, le creía, pero luego una noche cualquiera, un asistente asiduo a un palco, con su mirada provocativa dirigida a mi mujer, me hacía sufrir de nuevo, me torturaba hasta la crueldad. Más de una

vez, en medio del calor de un éxito, la pude matar. Me habría sido muy fácil, fingir un desliz de mi mano, y todo se habría reducido a una desgracia casual, pero mi alma rechazaba el crimen, y más que mi alma, mi corazón, porque ella a pesar de todo, hacía falta a mi vida, me era necesario como el aire que respiraba.

Y llegó el momento en que aquella tortura debía tener un fin, porque se presentó en la vida de aquella mujer el hombre que ya no fué para ella el simple admirador, sino aquel que se busca entre las luces de un teatro desbordante de público.

—Una noche tuve la certeza que me engañaba— dijo tranquilo Willy. Le había advertido que cuando me convenciera de aquello, la mataría, sin remisión, y una vez, en una de mis pruebas más arriesgadas, cuando yo saltaba de sus labios una moneda, que ella ponía entre los dientes, creí que había llegado el momento. Sonó el disparo y yo cerré los ojos. ¡Ahora! me dije, pero en vez de una voz de horror, se elevó de todo el teatro, un aplauso estruendoso, y al mirarla a ella, como espantado de mi error, vi que sonreía, allá lejos, a alguien que yo no veía, que no podía ver... Mi mano había sido más leal, que mi pensamiento.

Y se retiraban a casa, silenciosos, como dos enemigos, cruzando por entre las plateas vacías, esquivando ella la conversación, en medio de la tristeza de un teatro solitario, en cuyo ambiente flotan mil perfumes desvanecidos, comió alma etérea de los públicos.

Se recogían hoscos, y velaban en sus lechos, como si uno y otro se acechacen. Ella se dormía primero, pero él seguía velando, clavadas las pupilas en el rostro dormido, y así nació una vez la idea terrible, el deseo espantoso de que ella muriese, mientras aquellas pupilas femeninas ocultaban la verdad tras lá cortina de sus

párpados delicados, como los pétalos carnosos de una flor.

—Una noche — prosiguió un poco nervioso — pude comprobar que ella tenía un secreto, y experimenté un temblor en todo mi cuerpo. Mientras yo estaba de espaldas, mirando por el espejo con que debía apuntar, ella aprovechando el momento que yo no la veía, sonrió a alguien en un palco, y sus labios se movieron como si modulase una promesa... Pensé que el momento de mi venganza había llegado, pero luego vacilé pensando que la ilusión de mi vista, algo cansada, podía haberme engañado.

Y solos de nuevo los dos en el hogar, él la obligó a que confesára su secreto. Fué un arrebató loco de celos, pero sus brazos hercúleos fueron pronto ablandándose por la pasión que hacía ella sentía, y casi le pidió perdón, brotando lágrimas de aquellas pupilas azules que conservaban la candidez del niño, mirando aquellas otras femeninas, que tenían brillo de esmeraldas fosforescentes. Ella se compadeció de él, y con pasión, poniendo en juego todos sus ardidés seductores de mujer, le dijo para tranquilizarlo:

—Oyeme, y no olvides lo que voy a decirte, que es como un juramento: si yo alguna vez te fuese infiel, me arrancaríá el corazón y lo pondría ante tu rifle, para que tu lo partieses de un balazo ¡Te lo juro!

Willy vaciló, mirándola al fondo de los ojos, porque no le convencían aquellas palabras; pero como era tanta la pasión y el convencimiento puestos en ella, se tranquilizó como si le hubiesen dado un mágico lenitivo a su tortura.

Calló un momento el narrador, y luego prosiguió más nervioso:

—Aquella última noche velé hasta tarde. Ella se durmió tranquila, y yo me quedé junto a su cabeza, mirando cómo aquel cuerpo, poco a poco se ahogaba en el sueño, yaciendo así como muerto. Pensé, ¡no lo niego! y jamás lo he negado!, en su muerte. Este pensamiento me torturó por dos o tres horas, junto a aquel corazón que dormía tranquilo.

Mi mujer me había dicho en varias ocasiones que cuando yo me quedaba mirándola mientras ella dormía, experimentaba un malestar extraño, un sueño desasosegado, inquieto, y soñaba en cosas extraordinarias, que luego le contaba al despertar: que la perseguían, a veces; otras, que la estrangulaban y cuando despertaba en aquellas ocasiones le parecía sentir que rondaba su lecho como un ser extraño, que la vigilaba, que la acechaba... de lo cual yo nunca hice caso. Y aquella noche vencido yo también por el sueño, me fuí a mi lecho, no sin antes arreglarle las ropas de su cama. Recuerdo que ya serenado, le di un beso en la frente, como en señal de perdón, y me dormí. Y luego soñé, el sueño más horrible que jamás pude tener...

Se detuvo un momento, cogió nervioso del aro de su criado un corazón, lo arrojó al aire, y con su rifle lo partió en dos pedazos. Y luego como si nada hubiese hecho, como si aquella acción hubiera sido ajena a el mismo, prosiguió su relato:

—Y aquella noche soñé que tenía uno de mis grandes triunfos, que me aclamaba el teatro, porque jamás mi mano fué más certera, y en medio de aquellos aplausos, y en medio de aquella embriaguez, de mi triunfo, en medio de aquel delirio, se hace silencio y mi mujer se alzaba sobre sus tacones, y decía:

—“Ved ahora, señores la prueba más estupenda que jamás se haya hecho. Yo pongo en mis manos, mi co-

razón, para que Willy, lo parta de un balazo” y acto continuó, veo en el sueño, que mi mujer se desgarró el pecho y cogió en sus manos su corazón sangrante, y lo pone ante mi rifle para que yo haga fuego. Recuerdo entonces el juramento terrible, y enloquecido, furioso, teniendo entonces la certeza de su infidelidad, apunto a aquel corazón y lo parto en dos pedazos, bañando en sangre a la concurrencia, que queda muda, absorta, espantada de mi proeza incomparable...

Guarda Willy silencio y rueda una lágrima por sobre sus mejillas marchitas. La voz se ahoga, y con gran dificultad prosigue:

—Recuerdo que aquella mañana, desperté sobresaltado. Miré a todas partes, al lecho de mi mujer primeramente. Y ¡qué descanso cuando la ví como si nada hubiese pasado; qué alivio tan grande ¡La luz de la mañana entraba dulce y suave, dándome la sensación que todo había sido un sueño... Trato de nuevo de dormirme, pero no puedo... Una inquietud extraña se apodera de mí, un deseo imperioso de llamar a mi mujer. Ella parecía dormir profundamente, pero no sé por qué, bajo los cobertores, el cuerpo de dibujaba con sugestiva rigidez, y no veía yo el alzarse acompasado de la respiración por sobre las ropas... Un golpe de duda me golpea el pecho locamente, y voy al lecho de mi mujer, la llamo, la remezco... Ella estaba en la misma posición en que la había dejado la noche anterior, salvo una mano crispada en el pecho, rígida, muerta!...

Willy se detiene. Mira a su criado, le dice algunas palabras en inglés, muy rápidamente, y el criado, como a una orden, prosigue, mientras Willy permanece con la vista baja, triste, meditativo:

—La voz de mi amo, me llamó, desesperada... Entré a la pieza, y lo vi arrodillado junto al cadáver, pidiendo

que viniese un médico, llorando, desesperado... Vino el doctor... Examinó a mi ama, y dijo que no sabía a punto fijo de qué pudo morir, que todo aquello era muy extraño... Mi amo ruega al doctor que haga la autopsia. "El corazón, el corazón!—decía—que le vean el corazón" y al hacerse la autopsia, vieron aquel corazón...

—Y que tenía?—preguntó palpitante Olga.

—Tenía—terminó el abisinio—el corazón atravesado de un balazo!...

Mudo, con la mirada sombría, coge Willy varios corazones del aro del criado, los lanza al aire, y les dispara; y uno a uno, van cayendo al mar ensombrecido, como extraños pétalos rojos de una flor...

## LA ESCALA DEL ENSUEÑO

—Queréis oirme una historia que parece cuento?... Bien. Acompañadme un instante entre mis recuerdos, y pueda que entre ellos encontreis alguno que también sea vuestro.

.....

Tenía muy pocos años, y ya, no sé si por desgracia o por fortuna, dedicaba un rincón de mi alma para el ensueño. Y por ese entonces era mi ensueño una casa misteriosa, para mí la más hermosa del barrio; es decir, hermosa por contraste entre las otras insignificantes y vulgares. Aquella casa, pintada de gris claro, con su puerta eternamente cerrada, sus ventanas herméticas, cubiertas de polvo, y frente a ella un alto eucaliptus que en las mañanas de primavera esparcía su sano y penetrante aroma, formaban para mí una de esas obsesiones de “Las mil y una noches”.

No sabría decir si la lectura de este último libro, de “Los mil un fantasmas”, “Los mil y un días”, y otros miles, más o menos sugestivos, influían para estimular mi cerebro por las cosas misteriosas y fantásticas; pero es el caso que yo amaba esa vivienda y la hice el objeto de mis preocupaciones.

Muy de mañana, al irme al colegio, lo hacía a pié, con el único objeto de contemplar más de cerca “mi casa”, como yo la llamaba con cariño. Al llegar a ella, disminuía el andar. El paisaje cambiaba. Todo lo observaba claro, sonriente; la tierra más enjuta y fresca, el cielo más luminoso, y aquel aroma del solitario eucaliptus esparciéndose a bocanadas, y del árbol cayendo las semillas, con las que yo hacía trompitos, y que iba guardando en la caja de mis olvidados juguetes de los diez años. Con contar aquellos trompitos,—pues todos los días recogía nada más que uno—podría hacer la estadística exacta de todas las veces que pasé ante “mi casa” amada.

Una de aquellas mañanas tuve una emoción muy honda. Al pasar frente a “mi casa”, observé que la puerta estaba entreabierta. Sentí palpitar con fuerza el corazón y volví sobre mis pasos. ¿Qué iba a ver tras aquella puerta que era ya para mí la de un encantamiento? Antes de atisbar, miré a todas partes. Nadie! Cayó una semilla de eucaliptus y la recojí, pues con la emoción, no lo había hecho al pasar.

Mis miradas cayeron ávidas por la abertura de la puerta entornada. Un jardín hermosísimo, un encanto, era lo que yo tenía ante mi vista. Grandes esferas de metal inglés de diversos colores reflejaban el jardín en miniatura. Y, ¡cosa curiosa! yo no miraba el jardín, sino que la imagen de este en las esferas de color. No muy lejos un surtidor, evocaba una leyenda árabe, y más lejos aún, enramadas, bruma, algo impreciso iluminado a trechos, y a trechos sombrío...

No me atreví a mirar más que una sola vez. ¿Por qué? No lo supe. Recuerdo sí, que sentía palpitar el corazón.

Durante todo aquel día, me obsesionó más que nunca "mi casa". Aún tuve un sueño, en el que ví un jardín encantado, sultanas y dragones con bocas de fuego.

Ya desde entonces, no tuve otra preocupación que aquel jardín entrevisto. Deseaba contemplarlo a satisfacción, con entera libertad, pasear por esos frescos senderos, perderme bajo las enramadas y acercarme ávido a las esferas de metal que con tan delicado encanto devolvían la imágen del jardín.

Si se sabe sentir con poderosa fuerza a los treinta años y se sabe desear intensamente, no menos deseaba y sentía yo entonces a mi corta edad. Deseaba conocer aquella mansión, sentía por ella la pasión de un niño, que acaso pasajera, no por eso menos intensa.

¿Quién viviría ahí? Alguna mujer hermosa, alguna hada?... Jamás ví salir a nadie, jamás divisé a persona alguna cuando otras veces que asomé rápido a mi amado encanto.

Siempre el dulce misterio, siempre el deseo no satisfecho, forjador de fantasías, alimentaba en mí. El surtidor continuaba esparciendo en el silencio sus notas cristalinas, los globos de metal en el mismo sitio y luego todo lo demás, impreciso, entrevisto, brumoso, con un encanto seductor.

Si por ese entonces alguien queriendo hacerme feliz me hubiese preguntado qué deseaba, no habría dudado para responderle; vivir en aquella casa, en aquel jardín; conocer su silencioso misterio, abrir sus ventanas para que la luz del sol penetrase hasta los últimos rincones, y así berlo todo libremente, minusiosamente, sin que nada ya se ocultase a mis miradas y a mis sentidos.

Pero, en vano! Día a día pasaba junto a aquella puerta: a veces estaba cerrada; otras entreabierta, dejándome adivinar, más bien que ver. Y mi ansia, mi

amor, mi deseo se exasperaba, y soñaba más y más hasta no tener en mi imaginación durante días enteros, otra imájen que la de aquel jardín entrevisto como la sombra fugaz de un sueño.

Una mañana tuve una honda emoción. Al ver en la casa vecina a un hombre en la puerta, se me ocurrió una gran idea! Estaba en camino de satisfacer mi deseo! Fácil sería sobornar al individuo aquel con dinero para que permitiese atisbar por la muralla divisoria.

—¿Me haría Ud. un gran favor?

No me respondió, mirando indiferente al muchachito que le hablaba. Luego insistí; con multitud de medias palabras le expliqué mi deseo, palpitante, pareciéndome que iba a acceder enseguida, se lo dije todo, absolutamente todo, y cuando esperaba que me respondiese, me dijo burlándose de mí:

—Chico, tu estás loco, (¡cómo lo había adivinado!) si en la casa del lado no hay fruta. Y además, no tengo escalera, ni nada!

—¿Y si yo le regalase una escalera?...

Me miró sonriendo, y más compasivamente, agregó:

—¿Entonces, sí; si me regalases una escalera!...

Desde aquella mañana no tuve otra preocupación que reunir dinero para comprar una escalera. Llegaba el verano, y yo hacía mis viajes a pie. Cuarenta cuerdas, que marchaba todos los días para ahorrar los veinte centavos que mi padre me daba para tranvía. Muchas veces, hácia la tarde, cuando yo sentía bajo mis pies, caldeadas las veredas por un ardiente día de sol, quería renunciar a hacer el viaje; pero, luego pensaba que ese despilfarro importaba un día más de demora para poseer mi ensueño, y luego la imagen de aquel jardín, de aquel fresco surtidor cantando en el silencio, me hacían

recobrar fuerzas, andar de nuevo, hasta que llegaba a casa a tumbarme como muerto en un sofá.

Después de algunos días, cuando mi ánimo estaba expuesto a desfallecer, conté el dinero reunido. ¡Nada más que dos pesos! ¡Dios mío! tanto sacrificio para tan poca fortuna! Lo menos que necesitaba serían diez pesos.

—A este niño le pasa algo... dijo un día mi padre, y redobló su vigilancia.

Se presentaba otra gran dificultad. ¿Cómo mandar fabricar una escalera sin que mi padre lo supiese? ¡Cuántas dificultades para conseguir la posición de mi ensueño! Pero este crecía. La puerta cerrada de "mi casa", ya por muchos días, agujijoneó mi deseo y mi amor. Triunfaría en mi empresa a fuerza de constancia y por encima de todo. Aunque los largos viajes a pie, me estenuaban; yo recobraba vigores nuevos al amanecer de los días, estimulado muchas noches por sueños en los que veía "mi casa", mi jardín, que eran encantadores sitios de dulzura y dichas sin fin... Oh! Qué bien habría comprendido entonces a los bebedores de opio y de morfina!...

Una tarde, más fatigado que nunca conté el dinero. Dulce emoción! Ya tenía lo suficiente para comprar la escalera. Y con miles de precauciones e interesando al sirviente en mi empresa, le encargué mandase fabricar tan precioso objeto para mí, recomendándole que fuese bastante alta y sólida.

Esperaba anhelante el momento en que sería poseedor de aquella escalera para subir hasta la cumbre de mi ensueño. Me sentía a veces afiebrado, inquieto, desesperadamente inquieto.

—¿Qué tendrá el niño?—decía mi padre, y se acercaba tarde de la noche a mi lecho y ponía sus manos en mi frente.

—Tiene fiebre, su cabeza bulle—decía a media voz, y se retiraba silencioso, creyéndome dormido.

—Está todo listo!—me dijo una tarde mi cómplice, el sirviente. Le recomendé cautela, discreción, agregándole me esperase a la siguiente mañana frente a aquel eucaliptus, tan conocido en el barrio.

No dormí aquella noche. Ni cuando me preparaba a emprender un viaje en compañía de mi padre, tuve mayor insomnio que entonces. Apenas llegó el alba, salté de la cama. El día estaba gris, tristón. El verde brillante de los árboles adquiriría un dulce tono mate bajo el reflejo perla del cielo. Al aspirar el aire fresco matinal, pensé en el surtidor, en las enramadas aquellas, en el encanto entrevisto y que muy luego iba a poseer. Oh! qué inquietud más deliciosa, qué angustia mezclada de dicha experimenté al golpear en la casa vecina. Salió una mujer. Le pregunté por el hombre que yo conocía. Me respondió que andaba en viaje y tardaría un mes en volver. ¡Un mes! Esperar un mes!... Imposible! Le expliqué entonces a lo que venía. Es decir, le hilvané una gran mentira, y echando mano de mis cortas dotes diplomáticas de los doce años, pude convencerla para que me permitiese la entrada y asomarme a la casa vecina, prometiéndole dejarle la escalera. Esta promesa la convenció.

Cuando iba a poner el pie en el primer peldaño, después de hacer cálculos matemáticos para cerciorarme hacia donde quedaba el jardín de mis ensueños, oí cantar el surtidor más dulcemente que nunca, con un murmullo perlino y musical. Por mi frente corrió una gota de sudor, mis manos se helaron y mis piernas se estremecieron... Dudé si subir o no subir nunca!... Pero luego aquella voz misteriosa del surtidor, me sedujo con más poder que nunca, y con los ojos cerrados

ascendí los diez o doce escalones... Abrí los ojos... Restregué mis párpados como para despejar una nube que creía tener en ellos... Ahí estaba el jardín: el surtidor, una fuente vieja; las esferas de metal, deslustándose poco a poco; ¡y las enramadas, el encanto, mi ensueño?... Todo lo veía de cerca, de muy cerca, y no podía engañarme... ¡Y las sultanas, las hermosas mujeres?... Miré hacia los corredores. Ví en una silla a un hombre obeso y calvo semidormido, corriéndole por su cabeza pelona un moscon verde del estío...

¿Qué significaba aquello?... ¿Y mi jardín? ¿Mi ensueño? ¿Me habían cambiado el encanto que entreví un día? Mis ojos quedaron fijos en el surtidor desgastado, quedaron fijos largo tiempo, hasta que alrededor de mis párpados se formó un iris tembloroso que yo despejé secando mis pupilas silenciosamente...

.....

Casi veinte años han pasado desde entonces, y ahora cuando alguien me invita a conocer de cerca lo que me ha parecido un encanto, un amor, o una dicha, acordándome del descenso desolado de aquel niño, de la escalera, en medio de la claridad triste de un día gris, respondo decididamente que nó... y prefiero la distancia, cuya bruma tan dulcemente engaña!...

## LA DANZA DE LOS MUERTOS

El doctor, joven, de mirada penetrante, luego que hubo dejado su sombrero, se dispuso a oír a la hermana del enfermo. Por la ventana entraba una claridad gris de invierno, que daba a las cosas cierto aspecto triste y meditabundo.

—Juan, señor, está loco, irremisiblemente loco. El afirma que vió lo que cuenta, pero es algo absurdo, fruto tan solo de una persona que ha perdido la razón. Hace ya tres días que insiste en lo mismo, que él le vió, tan claramente como me ve a mí, como ve a mamá. Cuando nosotras nos retiramos de su lado, con gesto de desconuelo, él se desespera, porque dice que no creemos, y es preciso que se le crea, porque él no está loco, y que en aquel momento, la noche horrible, hubiera querido tenernos a su lado para que nosotras hubieramos visto tan claramente como él. Hay veces que dudamos, que estamos por creer que todo eso sea verdad, y le hacemos repetir la historia macabra, y la cuenta con detalles tan precisos, tan nítidos, que nos da la ilusión que de nuevo vuelve a ver la extraña aparición. Pero no puede ser, es imposible que sea, porque si así fuera, el hecho tan solo, habría vuelto loco al más cuerdo.

—¿Pero de qué se trata? ¿Qué es lo que vió su señor hermano?

—Sería inútil que yo se lo contase a usted, porque usted, señor doctor, terminaría por reirse de mi, como otros colegas suyos se han reído, y por eso desisto, pero quiero que usted le vea, le examine, y le oiga a él contar aquello.

—Si es así, vamos a la pieza del enfermo.

Preguntó algunos detalles, algunos antecedentes de familia; si acaso entre sus parientes directos no hubo algún loco, porque este terrible mal, a veces... se hereda. Pero luego supo que en aquella familia, no había habido ningún loco. Por el contrario, tanto los padres, como los antepasados del enfermo, habían sido gentes sensatas y cuerdas, y sobre todo muy tranquilas. Tampoco el enfermo había sufrido ningún accidente, que pudiera haber influido en su cerebro, porque Juan era un hombre sano, de treinta años, perfectamente equilibrado, y que jamás, jamás, creyó, ni lejanamente, ni en apariciones ni en espíritus.

—Es extraño, señorita. Es extraño entonces, todo lo que usted me cuenta.

Y al llegar a la puerta que daba acceso a la pieza del enfermo, el doctor, galante, dió el paso a la hermana de Juan.

El doctor hizo una ligera venia, que fué respondida por otra del enfermo, y éste indicó una silla al profesional, diciéndole:

—También le han molestado a usted, señor; usted perdone, pero es preciso que mi madre, y mi hermana estén tranquilas, y para su satisfacción, no dejen cosa por hacer para lo que ellas creen que es mi curación. Yo me dejo estar, yo oigo, y para quien quiera, cuento lo que me ha pasado. Usted juzgará de mi, señor doctor, con

entera libertad. Usted procurará llevar el convencimiento a toda mi familia, de mi cordura, que ya estoy por perderla a fuerza de oír murmuraciones que se refieren a una supuesta locura mía.

Hablaba tranquilamente, perfectamente, coordinando bien las ideas, y nada había, ni en su rostro, ni en su actitud, que revelase al hombre que pudiese tener una perturbación mental. Sólo de tiempo en tiempo, su vista quedaba fija en un punto, como si una imagen inquietante se interpusiese entre él y la visión de la realidad.

El doctor se acercó más al enfermo y le hizo varias preguntas, ajenas a lo que había sucedido. Fueron respondidas por Juan, con absoluta corrección y sensatez.

—Es usted señor, aficionado a la lectura?

—Sí, leo pero sin apasionamiento, poco antes de dormir.

—¿Qué género de literatura?

—Libros de viaje, generalmente; alguna miscelánea...

—Jamás ningún libro relacionado con el espiritismo?

—Jamás, porque no creo en eso. ¡Patrañas! Es decir... lo fueron hasta la noche en que me pasó lo que usted pronto sabrá...

—¿Qué le pasó a usted? Cuéntemelo, sencillamente, con todos sus detalles, como si no lo hubiese relatado nunca.

El enfermo tuvo un asomo de inquietud, como un sobresalto, pero el doctor le dijo:

—Si le hace a usted daño, lo dejamos para otro día. Vengo a ver a usted, como un confidente, sin violentar a usted, sin exigir nada de usted.

—Para contar a usted, señor doctor, mi extraña escena, es preciso que dé a usted algunos antecedentes.

—Si no se ha de fatigar, diga usted lo que quiera.

—Ha de saber usted, señor doctor, que yo tuve una novia, a quien adoraba. Murió pocos días antes del día fijado para nuestra boda. Gracia, se llamaba.

Vaciló un segundo, pero luego se repuso. El doctor preguntó:

—Sufrió usted mucho por esta pérdida?

—Una especie de anonadamiento, por varios días; pocas lágrimas, pero un vacío tan grande en mi alma, que me parecía que había veces que estaba sin pensamiento. Creí que jamás volvería a ser lo que fuí, pero el tiempo todo lo cura, y muy lentamente fuí recobrándome, y lo curioso del caso era que me sentía culpable por aquel dulce olvido que caía, gota a gota, sin que yo mismo me diese cuenta de ello.

—Solía representársele a veces la imagen de la muerta adorada?

—Durante dos meses o tres, en forma insistente, y hasta puedo decir a usted, que su espíritu pesaba en mí, sobre todo en las largas noches en que me asaltaban terrores nocturnos, como esos que padecen algunos niños. Luego, ya su recuerdo fué todo dulzura, apacibilidad, melancolía honda, que me provocaba lágrimas consoladoras. Y en aquellos instantes abrigaba la esperanza de juntarme con ella alguna vez, y para siempre en una vida que no terminaría jamás... Su recuerdo fué entonces para mí como una devoción, y se salvó siempre de contactos impuros o de claudicaciones que uno tiene que hacer en la vida, porque la vida suele exigir las a veces.

En ese instante el doctor fijó la vista en el enfermo, para ver si descubría en él algo anormal, pero aquel hombre estaba perfectamente tranquilo y contaba su caso con absoluta serenidad.

—Cuanto tiempo hace que murió ella?

—Hoy hará un año y tres días.

—Y luego?

—Ah! luego... Verá usted, señor doctor, lo que me ha pasado. Lo tengo fijo en mi recuerdo, y cuando me dicen que no es verdad, que todo ha sido fruto de mi fantasía, o de mi locura, es entonces cuando creo volverme loco.

—Yo no diré nada a usted. Sólo quiero oír de usted, la relación de los acontecimientos.

Miró el enfermo en su velador, un retrato de mujer fina y hermosa, de grandes ojos de sonámbula, misteriosos, como si mirasen más allá.

—Ella?

—Ella, señor doctor.

Hubo una pausa larga, un silencio profundo, tal que si un espíritu sobrenatural pasase en aquellos instantes entre esos dos hombres.

—Antes de empezar usted su relato, una pregunta: durante aquellos terrores nocturnos que lo asaltaban a usted, no tuvo jamás alucinaciones?

—Jamás. El terror nacía en mí, pero en mí también moría, sin ninguna otra manifestación externa.

—Muy bien, prosiga usted.

—Fué hace tres días. Tuve yo que acompañar el entierro de un amigo al cementerio. Se hizo tarde, y cuando dejamos en la tumba sus restos, tuve la idea de ir a hacer una visita a la muerta adorada. Su sepultura estaba cerca de aquel sitio, y sólo, me dirigí racia allá. Entraba la noche, pero había luz todavía, para distinguir claramente las cosas. Los demás acompañantes se habían alejado y yo me dirigí al sepulcro de Gracia, como en otras ocasiones lo había hecho. Iba tranquilo. Quería hacerle una visita sencillamente...

—En aquel instante, no tuvo usted algún sobresalto, alguna inquietud en su espíritu?

—Nada, doctor. Llegado a la tumba de ella, miré el nicho donde reposaba... Quité algunas flores secas de la puerta, y recé una breve oración. Me dispuse luego a salir del cementerio, pero enseguida me detuve a algunos pasos más lejos de su sepulcro a meditar sobre la fragilidad de la vida... La luz había disminuído más, y ya no se oía en aquella ciudad, ningún rumor, salvo algún piar de ave, oculta entre los cipreses... Seguía con la vista fija en el mausoleo de ella, cuando oigo un ligero ruido, como el crugir de hierros... Ví que se abrió entonces, por manos invisibles, la tumba de Gracia, y una sombra delgada, fina, ocupó la puerta, deteniéndose ahí, como si inquiriese en la soledad... Confieso que sentí temblar mis miembros, correr un sudor helado por mi frente, pero una fuerza extraña, una atracción extraña también, me clavaron en el sitio...

—Pudo ser una alucinación—interrumpe el doctor.

—Yo en aquel instante así lo creí—responde Juan—y me pasé las manos por los ojos para tener más conciencia de la realidad. Miré hacia otro sitio para hacer descansar la vista, por si aquello era cansancio o cosa así, pero al volver a mirar la sepultura de Gracia, la sombra, temblorosa, persistía allí, como si algo le impidiese moverse de aquel sitio. Se diría que su rostro oculto bajo un amplio manto de color verdoso de bronce viejo, miraba el sitio en que yo me encontraba. Entonces, para convencerme de que no soñaba, de que estaba despierto, y en mi perfecta razón, pellizqué mi carne, tanto y tan fuerte, que me hice sangre, y vea si nó la huella que hay en mi muñeca izquierda, de aquella noche...

El doctor examinaba la herida fresca aún, la huella de tres uñas que penetraron nerviosamente en la carne. No había duda: aquel trazo material, traía una especie de prueba del hecho.

Juan prosiguió tranquilo en apariencia:

—Después de haber enterrado las uñas en mi carne, y sentir el dolor de la herida, ya no dudé que aquello fuese verdad, y mis ojos se volvieron hacia la sombra que permanecía en la puerta del sepulcro. De improviso está, como en un salto, más bien dicho, como en un vuelo, gracioso, ondulado, se sitúa en la Avenida de los Naranjos. La veía entonces más próxima. Se hubiese dicho que sus movimientos obedecían a un ritmo musical, extraño, exquisito, porque sus movimientos eran medidos, amplios, a veces; cortos otras, y yo conocía aquel andar, aquel agitarse tan elegante y acompasado... De tiempo en tiempo, un ligero correr como de pies alados, tal que si aqualle sombra persiguiese una mariposa, una ilusión. ¡Sabe Dios que ideal o que ensueño que se escapaba siempre... siempre! De improviso se acercó más a mí, tanto que experimenté en mi rostro como el frío que produce una corriente de aire helado... y entonces ví, doctor, pude ver claramente, un rostro conocido, amado por sobre todas las cosas de la tierra, un rostro que entre los pliegues del manto color bronce viejo, dejó ver sus ojos, dos ojos que me miraron en la tierra durante mucho tiempo, dos ojos que adoré, dos ojos a cuya sombra viví las más dulces horas de mi vida... ¡Esos ojos, señor doctor!...

Y en ese instante el enfermo señala los ojos meditabundos y soñadores del retrato...

—¡Era ella!—dice el doctor.

—Sí! Ella que me sonrió!,pero con una sonrisa llena de tristeza y de nostalgia. Ud. no se ríe de mi doctor, us-

ted empieza a creerme, usted no contribuirá a que yo me vuelva loco de verdad, porque esto que cuento jamás se me creerá...

—Yo le creo a usted. Prosiga usted.

—Pasó por mi lado aquella sombra adorada, me miró dejando en mi rostro esa impresión de un hielo que jamás había experimentado. Se alejó enseguida, como en rauda vuelo y no muy lejos se detuvo, alzando los brazos al cielo, implorando algo en forma suprema, como en supremo anhelo. Aquellos brazos parecían que se desesperaban por alcanzar el cielo, que suplicaban, que no bajarían hasta que lo que pedían fuese concedido, pero luego volvían a caer desfallecidos, rendidos, vencidos, y el cuerpo entonces parecía arrastrarse por la tierra, llorar amargamente, derrotado, como un despojo, como un guñapo... Yo entendía aquel lenguaje, aquellos movimientos. Algo me decía que aquel momento era la hora cuando los espíritus abandonan las tumbas, y salen fuera a bailar una danza macabra, la danza de las supremas ansias, de los supremos sueños que no se han realizado en la vida. Y la sombra, mi sombra amada, adquiría a veces movimientos raudos, de torbellino, pudiera decirse de extraña alegría, y hasta sus brazos solían de tiempo en tiempo surgir del manto color del bronce, como trozos de marfiles, que a aquella hora, en medio de aquella luz medrosa, tenían un color sugestivo, un color único, el color sin sangre y huérfano de toda mancha, que tienen los muertos que amamos, que tienen los cuerpos exangües de los niños.

Calló por breves segundos, y suspiró mirando al doctor fijamente.

—A veces recuerdo muy bien, que su manto, al pasar por la puerta de otras tumbas, levantaba pequeños torbellinos de polvo, detalle material que me hacía dudar

que todo aquello fuese sobrenatural, porque a tal punto era cierto, era verdad todo eso, que me parecía que de un momento a otro iba a ver surgir de aquel manto a un amigo que me dijera que todo había sido una broma que me había querido gastar. Pero, no; no era broma, era verdad, puesto que todo me lo daba a comprender así. De improviso unas campanadas cayeron en aquel lago de silencio. El fantasma se detuvo después de una danza loca, como si oyese, como si contase aquellas campanadas de la iglesita del cementerio... Una... dos... tres... cuatro... Hasta ocho. Y se tendió en la tierra, en medio de una de las avenidas, bajo su manto. Su inmovilidad era absoluta, definitiva. Se diría que había muerto y que de ahí tendrían que ir a buscarlo para volverlo a su nicho... Oh!, qué largos me parecían aquellos momentos, quizás treinta segundos, quizás un minuto... Repitieron las campanadas, y lentamente aquella mancha de bronce oscuro, empezó a moverse, como si se despezase... Un rayo de luna iluminó un brazo, más pálido aún por aquella luz, y se alzó al cielo, como si suspendiese una tela o un incensario y cayó de nuevo, como vencido, derrotado, fatigado, y así se alzó varias veces, y varias veces volvió a caer, tal que si suplicase algo que no le concedían, que jamás le concederían... Un sollozo entonces pareció estremecer aquel cuerpo palpitante, y de improviso como en olvido de esa súplica, de aquel suplicar con toda el alma, como con despecho por una negativa cruel y despiadada, la sombra volvió a agitarse en remolino, y por sobre las flores deshojó pétalos, y saltó tumbas anónimas, y salvó cruces, y revolvió coronas y flores ya antiguas de color amarillo de mortaja... Y fué una carrera loca, desapareciendo a veces por entre las tumbas, volviendo a aparecer por las avenidas, cayendo, levantando, alzando los brazos al cielo, al cielo también vuelto su rostro, como si quisiese en aquella

postura beber la luz de las estrellas que empezaban a nacer... Y poco a poco, fué aproximándose a su tumba, disminuyendo la celeridad del ritmo hasta que de nuevo se oyeron las campanadas... Y la sombra por cada campanada, avanzaba un paso hacia su nicho, hacia su rincón de eterno descanso... Una... dos... tres campanadas... cinco... Paso a paso, paso cansado, triste, de suprema fatiga, y una última aspiración hacia el cielo de sus brazos, y como un beso... un beso que oyeron mis oídos, un beso que dejó en el aire, un aroma de azahares, un beso que embalsamó de aroma el cementerio entero, mi alma entera también... y la puerta de la tumba que se abre y que se cierra y luego el silencio... nada!... nada!...

El doctor toma el pulso al enfermo y lo siente acelerado.

Y Juan termina:

—Pocos momentos después, un trabajador retrasado, me encuentra y me acompaña hasta la salida. Llego a casa. Cuento lo sucedido... Y se me dice que estoy loco... que todo ha sido una alucinación, una mentira... Y esta herida, doctor, ¿qué significa esta herida que mis dedos hicieron en mi brazo, como recuerdo de aquella noche?...

El doctor calla. La hermana y la madre del enfermo, preguntan si no es verdad que está loco. Y el doctor pensando en todo lo que le ha dicho Juan, responde no sin cierta emoción:

—No lo puedo decir, señora. ¿Podría afirmar alguien si él vió o no vió lo que cuenta?... Y si en verdad está loco, bendita locura aquella que nos permite poder aspirar el perfume de un beso que no nos dieron en la vida, el perfume de un beso, que desde el misterio de la muerte nos envían como un consuelo, quienes amamos y nos amaron...

## LA MAGIA DE UNA PALABRA

*En el paseo tranquilo y bien cuidado. Por las avenidas caen hojas secas, las primeras del otoño. Germán, como todos los días, después de su paseo, ocupa su banco favorito, en un pequeño puente que cruza una avenida; ahí queda todavía mucha luz, como si la caricia del cielo fuese más clara y más azul.*

*Justina, acompañada de su hijo, por la primera vez ocupa el banco del lado de Germán. Es fina, es desenvuelta y llega de un país lejano.*

Justina.—(Sentándose y haciendo recomendaciones al niño).—Juanito, solamente hasta la verja... Juega, pero sin irte muy lejos. ¡Ah! Y cuidado con caerte. (El niño de paso, con su arco, tira un libro de Germán al suelo). ¡Oh! ¡qué niño éste!... (A Germán). Perdone usted, señor. ¡Es un loco!

Germán.—(Que abandona la lectura del diario, y que por la primera vez mira a Justina). ¡Déjelo, señora, que más da!... No importa... Es niño, y vaya usted a pedirle a un niño este género de precauciones...

Justina.— ¡Piel de Judas! ¡Y nada más que piel de Judas! En el fondo es muy bueno, no crea usted; pero tratándose de juegos, un loco. Alborota por dos en casa, y eso que es él solo, que si no...

Germán.—Hijo único, ¿verdad?

Justina.—Único. Tuve otro, pero murió a los pocos días de nacer. Era una niña. ¡Más hermosa, más rica! ¡Pobrecita! Cada vez que me acuerdo de ella... *(la voz se vela)*.

Germán.—El niño también es muy hermoso... Tiene un gran parecido a la mamá. Y perdone usted, señora, esta galantería indirecta, pero es la verdad.

Justina.—*(Dejando el tejido de lana que había empezado y mirando de frente a Germán)*. Gracias, y admiradora de su sutileza, pero ¡quién encuentra ya parecido o hermosura en una cara de vieja como la mía. A ver ¿qué edad me echa usted?

Germán.—*(Comprende perfectamente que la pregunta es comprometedor, pero tanta picardía y gracia ha puesto en ella aquella desconocida, que hace cálculos para quitarlo por lo menos diez años)*. Así, como quien dice a vuelo de pájaro—pero me excusará usted si me equivoco, que en esto he sido muy mal calculador—25 años... Me he equivocado, ¿verdad?

Justina.—*(Algo coqueta, y agradecida de los diez años menos que ha restado el desconocido, pero sin perder el control)*. ¡27, sí, 27!... Me casé muy joven, casi una niña... Con decirle a usted que a los 21, ya era viuda... *(Ha puesto en esta última palabra una decidida intención que es cogida por Germán)*.

Germán.—¡Ah! Viuda... Entonces el niño, no tiene padre.

Justina.—Quedó muy pequeñito cuando murió mi ma-

rído. ¡Oh! señor... ¿señor qué?... Porque es el caso que estamos charlando y ninguno de los dos sabemos...

Germán.—Germán... Germán Illescas, señora, para servir a usted.

Justina.—(*Desenvuelta, como lo ha sido desde que empezó la conversación, como lo ha sido desde que nació*). Yo, Justina Sevilla...

Germán.—Española, a juzgar por el acento.

Justina.—Madrileña, "gata" como nos dicen allá... Decía a usted ¡ah! que murió mi marido, cuando el nene era pequeño. Se llamaba como su padre, Juan, Juanito. ¡Lo que he sufrido para poder mantener a esta criaturita de mi alma! Casi un calvario, pero ya van pasando las penas, poquito a poco.

Germán.—Junto a este niño, ya serán menos, ¡Cuánto alegre y anima una casa un niño! Son en la vida todo, son el encanto de todo. No sé qué ponen de delicado y de solemne donde ellos viven, donde ellos están.

Justina.—Usted parece querer mucho a los niños. Tendrá usted alguno...

Germán.—(*Con cierta tristeza*). Por desgracia ninguno...

Justina.—(*Con viva curiosidad*). ¿Es usted soltero? (*Le mira las manos para descubrir en ellas el anillo de alianza*).

Germán.—(*Dándose cuenta de la pesquisa*). No... no, señora, no usé jamás el "compromiso", como decimos en estas tierras, pero fui casado...

Justina.—¿Viudo, también?

Germán.—También, por desgracia, y solo, completamente solo. Por eso decía a usted, que no había tenido hijos, por desgracia. ¡Qué grata compañía habría sido para mí, ahora que empieza a declinar mi vida, un hijo a mi

lado. Si lo hubiera tenido, acaso tendría la misma edad que el suyo.

Justina.—Ya es tristeza, sí. ¡No sabe usted cuánta felicidad encierra que le digan a una “mamá”! Es una palabra tan especial, tan única.

Germán.—Lo sé, señora Sevilla, es decir, me lo imagino, y hasta me repito muchas veces a solas esa palabra, como para acariciarla, como para hacerme la ilusión que la puedo decir con razón, que la puedo justificar: ¡Papá... Papá! son cuatro letras que suenan tan bien... Las primeras que aprende a decir un niño. Cuando ando por ahí en mis paseos solitarios, aquí mismo, que vienen tantos niños con sus padres, me gusta oírlos, y miro a los hijos y a los padres, con tanta ternura y tan noble envidia cuando las dicen. Es decir, envidia muy especial, no crea usted, que no tiene pasión mala alguna.

Justina.—(*Llamando a Juanito que juega con su aro*). ¡Juanito!... ¡Juanito!... Ven acá... (*El niño se acerca algo tímido, pero ante la sonrisa de Germán, le da la mano a este*). Saluda, Juanito... a este caballero... (*El niño se echa en los brazos de Germán y le pone la cara para que le de un beso*).

Germán.—¡Es un encanto!... ¡Tan sociable!... ¡Y qué delicado es!... ¡Qué hermoso! Sano ¿verdad?

Justina.—Eso sí, jamás ni un resfrío!...

Germán.—Los ojos claros son de una gran inteligencia, penetrantes... Mire usted, cómo me mira... Son sus ojos, los mismos, señora...

Justina.—Así dicen...

Germán.—(*Acariciando al niño*). ¡Qué jamás los empañe una pena!... que jamás los nuble una lágrima!... (*Con voz velada por una nostalgia infinita*).

Justina.—Y ya se hace noche, y la tarde se pone un poco fresca, y puede hacerle daño al niño.

Germán.—Es verdad. Hace usted bien en cuidarlo...

Justina.—(Al niño). Dí adiós al caballero... (El niño, mimoso, ya con más confianza, da un saltito y un beso a Germán...)

Germán.—¡Qué bueno y cariñoso es!...

Justina.—Adiós, señor Illescas... hasta cuando nos volvamos a ver.

Germán.—Espere usted un momento, señora... ¿Vienen ustedes todos los días a este sitio?

Justina.—¡No! cambiamos de paseo... Pero nos sería muy sencillo...

Germán.—Venir ¿verdad? Pues bien, yo se lo agradecería, señora... El Lunes, por ejemplo, yo vendré y traeré algo al niño, un obsequio...

Justina.—Entonces, hasta el Lunes, señor Illescas... Y gracias.

Germán.—Sin falta, señora Sevilla...

(Y Germán queda mirando al niño, cuya silueta blanca y graciosa se pierde entre el arbolado de otoño).

\*

\* \*

*Germán, la tarde del Lunes, no puede leer con tranquilidad. A cada instante escudriña por el paseo, y mira la hora, cada tres minutos. Por fin, sonríe ha visto allá lejos, por la avenida, un gabancito claro que él conoce, el de Juanito. Esconde un pequeño paquete que trae en sus manos*

Justina.—Señor Illescas, buenas tardes! ¿Acaba usted de llegar.

Germán.—(*Apenas atendiendo a lo que le dicen, preocupado en acariciar a Juanito*). ¡Qué guapito vienes, Juanito, que oloroso...! ¿Me decía usted señora?... Ah, sí... No crea usted espero hace ya mucho rato. Estaba la tarde tan dulce, tan tranquila. Estas tardes de Abril cuando están tibias, son deliciosas.

Justina.—Si por él hubiera sido, (*por el niño*) que estaba hecho un loco de inquieto por venir, habríamos llegado mucho antes... ¿Y a que no sabe usted por qué de esa inquietud?... ¡El regalo, que él ha recordado todo el día de ayer!

Germán.—¿Verdad, Juanito? (*El niño dice que sí con la cabeza, que ha escondido mimoso entre las rodillas de Germán*). Pues has de saber que te lo traigo, pero es preciso que tú me lo pagues. A ver ¿qué me vas a pagar tú, nene?... (*Juanito salta a su cuello y le da un beso*). ¡Muy bien, muy bien!... Te lo has ganado. Aquí lo tienes. Es un payaso con cuerda. Salta y baila, a tu gusto. (*El niño se queda casi estupefacto de admiración, ante el juguete de lujo, y ya una vez cogido por sus manos, olvida a los dos que le rodean, y empieza a hacerlo saltar y bailar*).

Justina.—¡Qué juguete más hermoso, señor Illescas! ¡Casi es un joya! ¡Cuándo mi niño ha tenido juguetes así! Es usted muy fino para obsequiar.

Germán.—¡Qué vale eso, señora Sevilla! Nada. Mire... Mire usted cómo sabe darle cuerda... Espera, Juanito, así... así... ¿Ves? (*Se inclina, como niño también, a jugar con el chico*).

Justina.—(*Arreglándose con cierta coquetería los rizos que se le escabullen por debajo del sombrero*). Va usted a echarlo a perder con tanto mimo.

Germán.—¡ Tanto! dice usted. Todos serían pocos para estas criaturas que no tienen padre.

Justina.—Es que usted no lo conoce bien. El muy pícaro sabe cuando ha hecho impresión en una persona, y luego abusa, y hasta coquetea, no crea usted.

Germán.—(*Ligeramente irónico*). ¿Y a quién sale en eso, señora? ¿Al papá o a la mamá...?

Justina.—(*Más coqueta ahora, punteando el suelo con la sombrilla*). ¡Vaya usted a saber!... Lo que es yo, jamás fui coqueta. Muy sencilla, nada más. Su padre, ¡él sí que presumía!... Era guapo, sí, bien plantado, y le gustaba arreglarse... Un hombre como usted: correctísimo siempre...

Germán.—(*Que no deja de mirar a Juanito*). Gracias, señora. Pero yo ya soy un viejo... Entro a la cincuenta, y que me viene a mí presumir a esta edad!

Justina.—Tanto que se dice de la coquetería de las mujeres, para que se fíe una; ¡pero hay cada hombre! Apostaría que hay sabe Dios cuántas que ya se han fijado en la viudez de don Germán Illescas!... ¿Verdad que sí?... (*Mirándolo con intención, para provocar la respuesta, y dejando escapar un suspiro que nada justifica en aquel instante*).

Germán.—(*Como si no hubiese oído*). Vea usted qué entretenido está ahora el pícarillo... ¡Ah! ¿Decía usted que yo? ¡Oh! Por favor. Ya pasó para mí ese tiempo. Acaso cuando joven, allá entre los veinte y los treinta, quizás...

Justina.—(*Más insinuante*). Y algo más que quizás...

Germán.—¡Juanito... ¡Juanito!... No te saques el abrigo, que ya refresca...

Justina.—No tenga usted cuidado, que es fuerte, y como ahora corre...

Germán.—Nó, no está bien...

Justina.—(*Llamando al niño*). Ven juanito... Ven... Ponte tu abrigo de nuevo. (*El niño no obedece*).

Germán.—Juanito... Ven: te dicen que te pongas tu abrigo. A ver, yo te lo pondré... (*El niño obedece, dócil, cariñoso, trayendo en la mano el abrigo que Germán le pone*). Aja... ja... Muy bien, que seas obediente.

Justina.—Con usted, sí, pero con su madre: ya lo ve usted, no me ha hecho caso.

Germán.—Quizás le ha parecido que mis palabras han sido más cariñosas, y los niños siempre se dan al cariño. a la ternura...

Justina.—Sobre eso, nada habría que reprocharme. ¡Lo que yo he sido para este niño! Con decirle a usted que me he quitado muchas veces el pan de la boca para dárselo a él...

Germán.—Muy bien: eso me gusta.

Justina.—Y si yo le dijese a usted todo lo que he sufrido, todas las privaciones de mi vida para que él no sintiese jamás la ausencia de su padre. Porque, claro, cuando él vivía, todo nos era más fácil, pero cuando faltó él, ¡qué días, qué días!... Pero he vencido, a costa de sacrificios míos, noche y día, para que al niño jamás le faltase nada. La vida es dura, a veces, pero yo he preferido que mi niño sea siempre antes que su madre, en todo, absolutamente en todo. Antes, yo podía regalarme con un capricho, un vestido de moda, un pequeño lujo, pequeño, pero un lujo, de esos que tanto amamos las mujeres... Pero luego todo fué para él... ¡Todo! y para qué voy a contar a usted pormenores, si no tiene objeto... (*Suspira de nuevo, pero ahora el suspiro es justificadísimo*).

Germán.—(*Examina a la madre, por la primera vez, su traje, y la ve sencilla, casi pobre, pero de buen gusto,*

*haciendo contraste con las prendas elegantes y frescas de Juanito*). Señora, todo lo que usted me cuenta la honra a usted, y crea usted que desde este momento, la estimo más, la... aprecio mucho más... Pero el niño no pasa necesidades, ¿verdad?

Justina.—¡Eso, nunca! Claro está que no todo lo que él quiere se le puede dar... pero lo necesario, lo más justo, sí, se lo aseguro a usted.

Germán.—¡Y qué triste, qué pena ha de sentirse cuando un hijo amado nos pide algo que nosotros no podemos darle!...

Justina.—Como en la Pascua pasada, que al chico se le había metido en la cabeza tener un tren con cuerda. ¡Valía un dineral...! ¡Cincuenta pesos!... (*Germán sonríe*). Y para consolarlo y engañarlo, le dije que los magos se lo traerían aquella noche, y él tomó a lo serio la promesa, y dejó un zapato en la ventana, pero se conoce que los magos perdieron la dirección de nuestra casa y no vinieron... Caprichos que tienen esos reyes a veces...

Germán.—(*Conmovido, mirando al niño*). Yo me encargaré de enviar nuevamente a los magos la dirección de ustedes. Descuide usted...

Justina.—¡Por Dios, señor, nos abrumba usted a gentilezas!...

Germán.—¡Oh! Qué importancia tiene eso, señora... Pero ¿ha visto usted que temprano ha obscurecido?... Al niño puede hacerle daño y convendría...

Justina.—Es verdad: debemos marcharnos... Juanito... Juanito... que ya nos marchamos... (*El niño de nuevo no hace caso*).

Germán.—(*Sonriendo*). Está encantado con su juguete... Juanito, que ya tu mamá quiere marcharse... (*El niño corre entonces a reunirse con su madre*).

Justina.—Entonces, hasta el Miércoles, don Germán...

Germán.—Pero, ¿por qué hasta el Miércoles?... Será hasta mañana...

Justina.—Es el caso que yo tengo quehaceres...

Germán.—Iré yo entonces a buscar el niño... Si usted lo deja...

Justina.—Cómo dejarlo... Pero es el caso... (*piensa quizás en la modestia de la casa, y vacila, busca un pretexto para que Germán no vaya allá*). Nó... vendré yo, si usted desea ver al niño...

Germán.—(*Que ha comprendido el pensamiento de Justina*). ¡Oh! Gracias, señora Justina. Hasta mañana, entonces.

Justina.—¡Hasta mañana, don Germán!

(*Germán da un beso largo y silencioso a Juanito, que el niño corresponde juntando largamente su mejilla, como sintiéndose bien entre aquellos brazos de hombre*).

\*

\* \* \*

*El Miércoles llega aún más temprano Germán al paseo. Trae el juguete del tren, y lo mira y remira pensando en el placer que va a dar a Juanito. Hay en su semblante, en sus ojos, una expresión de ternura que conmueve, Aquella ilusión de hacer feliz al pequeño, le hace a él también inmensamente feliz.*

Justina.—No corras, niño, no corras, que hay tiempo para todo! (*Juanito en cuanto ha visto a Germán, corr?*

a echársele a sus brazos y husmea para ver si trae algo en las manos. Ante la caja sugestiva del tren, se queda con los ojos clavados en ella).

Germán.—¡Ah, picaruelo! Ya sé lo que miras... Espera, espera que salude a tu mamá... Perdón, señora Justina, que me había distraído con el niño... ¿Cómo está usted?

Justina.—No muy bien, don Germán...

Germán.—(*Desenvolviendo la caja*). Y eso ¿por qué...?

Justina.—¡Contrariedades! Cuando menos se piensa, llegan los contratiempos... Pero en fin, nada, ya le diré a usted. (*Por el niño*). Vea usted: ya le parece que no le abre usted la caja del juguete.

Germán.—(*Lleno de alegría, como si el tren fuese para él*). Aquí le tienes. Anda y todo, ya verás... Pero es preciso ponerle la línea... Si no viene gente, lo haremos... ¡Ya! Los que me vean van a creer que me he vuelto chico yo también. A ver, ayúdame tú a ponerle rieles... no muchos... Basta... Ahora la cuerda... Empieza a marchar... ya corre... Quítate, que te atropella... (*El niño está rojo de alegría, y le parece que va a saltársele el corazón*). Vea usted, señora Justina, está más alegre que un pájaro en mañana de primavera...

Justina.—¡Pobrecito!... (*Al niño*). ¿Y qué se dice...? (*Juanito salta a las rodillas de Germán y le da un beso, silencioso, prolongado*).

Germán.—Me pagas espléndidamente, muchacho. Mi regalo valía menos que tu beso, tan bueno y sincero... (*Lo dice con emoción, casi con la voz quebrada*).

Justina.—Le quiere mucho a usted. Todo el día es a hablarme de usted. ¡Las cosas que me dice!... (*Ligero rubor*). Si usted las supiese...

Germán.—(*Mirando a la criatura que vuelve a darle*

*cuerda al tren*).— ¿Y por qué no pueden saberse? Son acaso cosas malas para mí...

Justina.—Vaya usted a saber, si lo serán o no, don Germán...

Germán.—Ha conseguido usted intrigarme, señora Justina. Vaya. ¡Hable usted, con franquesa. ¿Acaso no somos ya buenos amigos?

Justina.—¡Quién lo duda!... ¡Pues bien: se lo diré a usted, Juanito me lo dice a veces, que por qué usted no viene a vivir a nuestra casa... Que a él le gustaría que usted estuviese siempre junto a él... ¡Cosas de chico! Como le mimaba usted tanto...

Germán.—(*Responde vagamente, como perdido en hondos pensamientos*)... Sí, me quiere... y yo a él, mucho, muchísimo... (*Su mirada se pierde allá lejos, en una lontananza remota...*) Y dígame, señora Justina, qué era lo que hace un momento no me dijo usted, la causa de ese contratiempo que usted había tenido... No podría yo acaso remediarlo...

Justina.—Verá usted, algo de poca importancia, pero que me disgusta en estos momentos. Que un tío de Juanito, nos llama, para que vayamos a vivir a su lado... Y será preciso que lo dejemos de ver, don Germán.

Germán.—(*Mirando el tren que da vueltas y más vueltas, como cansado de un viaje que no termina jamás en aquel círculo de rieles*). ¡Verdad que es un disgusto! Para todos... sí... para todos... para mí, sobre todo... Pero que le hemos de hacer... ¡Qué le vamos ha hacer!...

*De improviso, Juanito queda mirando a la pequeña locomotora que se ha detenido con un ruido extraño. La coge entre sus manos, y al darle de nuevo cuerda, la corta, y el juguete*

*queda inerte, volcado sobre los rieles, como después de una catástrofe. El niño comprende el estropicio, y mira de reojo a su madre. Esta se da cuenta de lo que ha hecho Juanito, y va adonde él, amenazadora, enfadada).*

Justina.—¡Niño destrozón, ya has roto lo que te han dado!... Vas a ver... ¡Qué lástima!, un juguete tan hermoso, una monada de juguete!... espérate... (*Como ve el niño que van a castigarlo de hecho, corre donde Germán, y poniéndose entre sus piernas, le dice con los ojos húmedos:*) Defiéndame, papá... , defiéndame, papá...

Germán.—(*Rápido, estira el brazo y protege al niño, diciendo emocionado y rotundo*): No, señora Justina, eso nó..

*(Se hace una pausa, un largo silencio. Germán siente los ojos húmedos, y no sabe qué de profundo e intenso ha sentido ante las palabras del niño, que repite mentalmente “¡Defiéndeme, papá... Defiéndeme, papá...!”).*

Justina.—(*Que también ha oído muy claramente la frase, en voz baja*). ¡Dios mío! ¡Este niño!... Ya le causa a usted malos ratos...

Germán.—(*Con la voz quebrada por las lágrimas que a duras penas contiene al borde de los párpados*): ¿Malos ratos? No señora...

Justina.—Sí... sí..., si hasta se ha alterado Ud... se le conoce en la voz...

Germán.—Sí, es verdad, alterado... Me oí llamar papá, por él, por Juanito, y jamás en mi vida había sentido una emoción tan profunda y tan extraña como ésta. Estoy como aturdido, ha sido para mí una sorpresa tan única, que me ha hecho perder el control de mi mismo...

No le haga usted nada, señora Justina... No le haga usted nada... ¡Qué vale eso... Se comprará otro juguete... muchos otros, pero deje usted al niño... deje usted al niño...

Justina.—(*También emocionada*).—Ya se terminó... Como usted quiera, don Germán. Basta que usted lo diga...

Germán.—Y ahora nos iremos más temprano a casa... No sé lo que tengo... Me pasa algo extraño, que no le podría precisar a usted... Es como si el corazón se me hubiese enponjado, y de grande que lo siento en el pecho, me duele, me hace daño... Juanito, vamos, despedámonos, pero hasta mañana, hasta siempre... (*A Justina*). Ya a usted quisiese pedirle un favor, señora Justina, un gran favor...

Justina.—Diga usted, don Germán.

Germán.—Que escriba usted al tío del niño, y le diga: que el niño se queda conmigo..., sí, conmigo, para siempre... para siempre... Si usted lo quiere, señora... No, señora, no; si usted lo quiere, Justina...

Justina.—(*Mirando al niño en brazos de Germán*).—Si él lo quiere, ¿por qué su madre no ha de quererlo...?

Germán.—Entonces, hasta mañana, en mi casa, Justina...

Justina.—(*Emocionada*). Hasta mañana, Germán... (*A Juanito*). ¿Qué se dice, Juanito?

Juanito.—(*Con la locomotora que ya parece haber terminado un largo viaje, y muy bajito, en el beso que da a Germán*). Gracias papá...

Germán.—(*Después de besar largamente al niño, dice a Justina*). Seque usted la cara al niño... ¡Qué quiere usted! No he podido contenerme... Soy tan feliz... Me siento bueno; ¡más bueno que nunca lo había sido en la vida!...

## INTIMIDAD DE MUJER

El artista se pasea solitario por su pieza. Lluve. La monotonía del agua que cae, pone en su espíritu una melancolía extraña. Para entretenerse, para no irse tan pronto a la cama, transnochador como es, abre la ventana que da a la calle. Brilla el pavimento, y los muebles de su pieza, reflejados en el vidrio, parece que estuviesen en medio de la vía.

¡Qué soledad afuera, qué tristeza! Todo mojado por la lluvia. Se le imagina un milagro que los focos eléctricos puedan alumbrar en medio de aquella cortina de agua. Pasa veloz un auto. Por entre la mica que cubre los ventanillos, ve una pareja, muy juntos ambos. Piensa en ella, en su adorada; piensa en la dicha que significaría ir muy junto a su pecho, en medio de la lluvia, en un viaje que durase muchas horas, tantas como para que ellos se adormecieran. Vagar así, sin rumbo, contemplando sus grandes ojos, que saben mirar como ningunos otros conocidos, como si se incrustasen a los suyos en un beso profundamente expresivo y húmedo.

Cierra la ventana y continúa su paseo, y el auto que le sugirió aquel recuerdo, se pierde ya, se ahoga su *taf-taf*, entre el ruido de las gotas que caen.

Pero el recuerdo de ella persiste en él, vuelve a él en una forma extraña, como si en realidad la hubiese soñado. ¿Por qué cuando está junto a ella, le parece que sueña? Que cuando se aleja, ya vive sólo para él. que toma formas corpóreas sólo en el momento en que vuelve a verla, como si antes y después estuviese volatilizada en el aire. Es decir, que cuando le vé, cuando llega a él, no viene de ninguna parte, ni luego se va a ningún lado. Que vive sólo en el instante en que él la ve, en que él la toca.

Es una sensación extraña. ¿Verdad? Cuando ella le dice que hizo esto o lo otro en su casa, que paseó con amigas, que fué al teatro, se le imagina que miente, porque cuando ella está lejos, alienta sólo en su recuerdo, como si por un milagro permaneciese encerrada en su corazón.

Cuando la espera, siempre cree que no va a venir. Y en el primer momento en que la ve, se le aparece desdénosa, dándole la sensación de una persona que no le conociera, que tiene el alma ausente, la conciencia perdida e indecisa. Luego ya muy juntos uno del otro, protegidos por una media luz, entonces ella se vuelve lo que es, o quizás lo que él quiere que sea para él; un ensueño que sólo tiene la consistencia de realidad que le dan sus labios de seda.

Cuando están ambos cobijados en la penumbra, entonces se hace más corpórea que nunca, porque a plena luz en la calle, la siente extraña, a veces casi desconocida. Aún su manera de hablar en estos momentos es fría, lejana, hasta podría decir un poco hostil para él.

Nunca la sintió más suya, más cerca de su corazón, que una vez que estaban en el teatro, y de improviso, en una escena patética, la sala quedó casi a oscuras, con un resplandor de luz azul, tan sólo, que venía del escenario. Habían tenido un disgusto, callaban, cuando de improviso,

al empezar la sombra misteriosa y cálida, sintió el entonces más intensamente que nunca el calor de su cuerpo de mujer, sintió, más bien dicho, por la primera vez, con intensidad, su cuerpo, todo su ser derrumbado sobre el suyo, y una palpitación extraña y única que en aquel instante la poseyó. Y sus ojos, como agrandados terriblemente en la sombra, tomaron ese color oscuro y sedoso de las mariposas de la noche, de cuerpos tan frágiles y blandos, como ella tenía sus delicados párpados.

Recordó haber puesto sus labios en los suyos, unos segundos, y nunca en su vida sintió una impresión más penetrante y sutil, como si una daga bañada en miel hubiese atravesado su corazón de parte a parte.

Luego volvió la luz y aunque él mantenía una mano de ella entre las suyas, volvió a sentirla un poco extraña, un poco lejana y desconocida.

¿Por qué—pensó—en el momento de reunirse siempre con ella, en sus lejanas citas, lo saludaba tan fríamente? No comprendía aquella mujercita, en realidad, todo lo que eso le molestaba, todo lo que eso lo hería. Y luego iba cambiando poco a poco, como si al principio el espíritu de ella llegase recelando del amado, hasta que de improviso, los rasgados ojos se clavaban en los suyos, como si fuesen ellos dos seres ajenos a su cuerpo, y que lo mirasen entonces con terrible insistencia, sin hablarle ni una sola palabra, como si lo estudiara o se entregara a él, espiritualmente. A lo más una sola palabra, llena de elocuencia, de fuerza, de penetración, breve y hermosa:

—Te siento...—para seguir mirándolo muy seria, muy triste, prendidos dulcemente los ojos a los ojos.

Y aunque él le hablase de otras cosas, ella no respondía, sino que insistía en aquella corta frase, hasta que de improviso su cabeza, como vencida por aquella muda con-

templación, caía sobre un hombro de él, o bien en las palmas de sus propias manos, como si estas formasen una simbólica bandeja que esperase tronchada la cabeza exanguie de un Bautista.

Había mucho de tragedia silenciosa en aquel amor. Poco significaban las palabras que ambos se decían, si se las comparaba con la realidad de esa tragedia que se libraba en sus almas y que se intensificaba cuando estaban juntos. Frases tiernas, mimos, deliciosas confianzas, pero al hacerse el silencio, el vuelo de aquella ala trágica que a veces solía preceder a un beso, con que ahogaban el miedo a lo que vendría.

—“¡Estoy loca!—le solía decir—nunca me había pasado lo que ahora me pasa”...

—“Loco estuve yo también cuando te conocí—le respondía él,—porque me pareciste que eras un sueño que yo atrapaba despierto, y que no debía dejar que escapase de mi corazón. Yo en realidad no comprendo bien todo tu cariño, y me parece que tu misma te engañas por el deseo que tienes de amar, por ese “amor de amar”, que dice Benavente, y tu, creo yo, que tampoco te das cuenta del mío, claramente. Hay tanta ternura en él, tanta nobleza y profundidad, que suelo llamarte “mamacita”, cuando mis labios tocan aquel sitio junto a tu cuello, donde empieza la selva sombría y ardiente de tu melena”.

En aquel amor había algo muy raro y muy hermoso al mismo tiempo; confiaban uno en el otro, se creían leales y por eso sus charlas parecían la de dos niños que se hubiesen reunido a jugar al amor.

La lluvia seguía cayendo, y el artista pensando en aquella mujer. No la veía en su casa, ni en parte alguna, sino que tan sólo se le aparecía en el sitio en que estuvieron juntos la última vez, con una claridad y una fuerza de vi-

sión, que a veces detenía él sus pasos como si sonriese a una persona que tuviese delante.

Y pensó que cuando ya él no la viese como hasta entonces, cuando aquel amor se acabara para siempre, ¿qué efecto le haría él a ella, cuando la encontrase en un teatro, en la calle?...

Tal vez iría a tener entonces una frialdad más terrible aún que la que tenía en el momento cuando entonces la veía. ¿Cómo podía ella ser así? A él le sería imposible, sabiéndose todo franqueza y espontaneidad. Y nuevamente pensó que acaso ella en realidad no existía, y que él sólo la soñaba.

¡Dios mío!, y aquella lluvia, como un llanto cansado de mujer abandonada! Y luego de nuevo la visión de aquellos ojos, tan amados por él, tan terriblemente interrogadores, que lo seguían, que penetraban en su corazón como una daga bañada en miel... y muy bajo, en el silencio de su pieza, una voz cálida, envuelta en aliento fresco de niño, que le decía con un mundo de fuerza seductora:

—¡Te siento!... ¡Te siento!...

## EL ESLABON DE UN BESO

(Al maestro Jacinto Benavente,  
con mi admiración)

*Sala elegante.—Chela sale del Convento por motivos de salud. Vuelve a casa de Isidro. viudo de una prima de Chela.*

Chela.—(*Mirando todo con curiosidad infantil*).—Me parece que fué ayer cuando dejé esta casa, que tiene tantos recuerdos para mí. Todo está casi igual: las mismas sillas, el mismo sofá en que tantas veces leí, el mismo florero, en el cual ponía flores...

Isidro.—Se diría que estas flores marchitas de ahora, esperan la mano que en otra época las cuidaba.

Chela.—(*Mirando un retrato*). Un retrato de Lía, su mujer, mi prima... No lo conocía. Tiene un admirable parecido! ¡Pobre prima! Era tan buena. ¡Qué desgracia que tan pronto abandonase la vida!

Isidro.—No lo puede usted sospechar. Desde que ella falta, parece que esta casa está vacía. ¡Era una esposa modelo!

Chela.—Durante los últimos días de su enfermedad, obtuve permiso de la Madre Superiora y vine a verla.

Isidro.—Así, me lo dijeron. Yo estaba ausente aquel día, y lo lamenté. Tenía deseos de ver a Ud. No la veía desde aquella mañana de su toma de hábito. Me parece que todo se renueva en mí: aquella impresión de frío de las naves del templo, aquella música vaga y triste, y luego en el refectorio, Ud. con sus hábitos, que me la hicieron aparecer como otra. Yo quise darle la mano; pero Ud. quedó con ellas entre las amplias mangas de su hábito, y sonrió... Se diría que se burlaba de mi ignorancia de la regla.

Chela.—(*Bajando la vista*). Lo recuerdo. Se puso Ud. colorado, y miró a todos los amigos que había en el refectorio. Yo hubiese querido evitarle ese momento, pero no podía.

Isidro.—Y me miró Ud., con tristeza, como haciéndose perdonar el momento que me daba. La misma mirada que ya en tantas ocasiones anteriores había visto en Ud; la misma de aquellas horas cuando yo le decía a Ud. “Chéla, no sea Ud. cruel; Chela, sea Ud. razonable...”

Chela.—Isidro, le ruego a Ud. que no recuerde nada del pasado que quedó entre las murallas de esta casa, y que, en mi alma, se encargó de borrar para siempre el convento, las oraciones, las voces de aquellos niños huérfanos que estaban a mi cargo.

Isidro.—(*Animándose y con firmeza afectuosa*). ¡Cómo no he de recordarlo, si mi vida está llena de él, si casi en estos diez años he vivido para el pasado!...

Chela.—Nadie lo diría, cuando jamás fué Ud. a verme al convento. Y yo deseaba verlo, charlar con Ud., y seguía en la prensa sus grandes campañas de político.

Isidro.—Tampoco nadie lo diría que así pensaba Ud. cuando durante toda nuestra amistad, antes de casarme, fué tan sólo Ud. a decirme cosas que helaban en mí todo entusiasmo, que ponían entre Ud. y yo una barrera in-

salvable. Y le bastó siempre una palabra para ello, porque Ud. tuvo siempre, en nuestra amistad, el secreto de las frases que impiden todo avance y toda audacia.

Chela.—Era que en aquellos momentos la sierva del Señor que había en mí, se defendía del mundo y sus acechanzas.

Isidro.—Acechar supone algo de perfidia, algo de hipocresía; pero yo era todo franqueza para Ud. ¿Recuerda Ud. que cuando charlábamos, yo siempre le decía a Ud. que experimentaba una especie de extraña voluptuosidad espiritual poniendo ante Ud. mis más íntimos pensamientos?

Chela.—(Como si se lo dijese a sí misma). ¡Era Ud. a veces terrible con sus franquezas! Le tenía a Ud. miedo...

Isidro.—Miedo porque nunca me quiso Ud., porque nunca me amó Ud.

Chela.—Por favor, esa palabra no la repita Ud. Al oírla, me he mirado, creyendo que todavía llevaba hábitos... creyendo que la oía Sor María de los Angeles. Pero aunque no sea así, no la repita Ud., que el pasado ha muerto: ha quedado bajo la mortaja de dos vestiduras: la de aquella muchacha a quien conoció Ud. de veinte años, y la de la monja que aún lleva prendido a sus cabellos cortados, algo del aroma a incienso del claustro...

Isidro.—Sin quererlo Ud., ha salido del convento con los cabellos a la moda... Lleva Ud. melena...

Chela.—Me tranquiliza Ud. con ese tono ligero, porque eso me revela que no da Ud. gran importancia a lo que estamos hablando.

Isidro.—Nó, Chela, quiero engañarme a mí mismo, y dar a ese algo que tanta importancia ha tenido en mi vida, el matiz de una comedia, cuando en realidad ha sido toda una tragedia para mí...

Chela.—Haber ofrecido a nuestro Señor ese sacrificio por el perdón de sus pecados!

Isidro.—¡ Siempre ese tono frío!

Chela.—(*Alzando la vista al cielo, como si evocase algo lejano*). ¡ Ese tono frío! ¡ Ese tono frío! No sabe Ud. nada de mí...

Isidro.—Todo lo que es preciso saber: que Ud. no me quiso nunca, que quizás nunca le fuí yo simpático, cuando yo...

Chela.—¡ Por favor!... no diga Ud. nada... Que a mis oídos no los hiera palabra alguna violenta en estos momentos tan terribles para mí, en que por causa de mi mal estado de salud, he necesitado volver al mundo. ¡ Y en qué circunstancias más tristes para mí! Pero Nuestro Señor sabe lo que hace y bien hecho está todo lo que nos viene de El... ¡ Alabado sea!...

Isidro.—¡ Quién lo duda! Puestos los dos de nuevo en esta estación de la vida, Ud. marchará lejos de nuevo, porque así lo quiere Ud.

Chela.—Porque así ha de ser. Iré a cuidar niños, seguiré en el mundo haciendo lo que en el convento hacia. ¿ No ve Ud. que no es posible otra cosa? ¿ Qué familia tengo yo ahora? ¿ Nadie! Mis tías han muerto. El pariente más cerca que me queda es Ud., viudo ahora, y siendo así, el permanecer un sólo día en su casa de Ud. daría pasto a la maledicencia. He venido, antes de emprender el largo viaje a otras tierras, para dar un beso a mis primos, a sus hijos y luego ¡ adiós para siempre! La familia en que estoy contratada como niñera—sí, este es el nombre—debe marchar mañana mismo a Europa.

Isidro.—¡ Y lo dice Ud. así tan fríamente, en esta misma casa que no quiso Ud. que fuese la suya!

Chela.—No podía ser, Isidro, de otro modo. Mi prima lo amaba a Ud. con locura y yo... ya sabe Ud... que...

Isidro.—Ahora soy yo quien le ruega a Ud. que no diga palabras violentas en este instante de la despedida...

Chela.—Es preciso decir las; es preciso no dejar en su alma ni una sombra de duda. Yo no lo amaba a Ud.; no pude jamás amarlo, ¡nunca, nunca!... y acaso esta convicción de mi espíritu fué siempre en todo momento uno de mis más crueles martirios...

Isidro.—No lo parece, y si lo fué, no acierto a comprender la causa de esos martirios.

Chela.—Voy a decírselo a Ud. con entera franqueza; voy a desnudar ante Ud. toda mi alma, para que Ud. pueda luego juzgar de mi estado de ánimo hacia Ud.

Isidro.—Será la primera confidencia de su espíritu para mí, de ese espíritu suyo que fué siempre hermético para mí.

Chela.—¡La primera y la última...

Isidro.—Empieza ya Ud. por darme miedo. Tiene Ud. de la religiosa, el hielo y la indiferencia definitivas...

Chela.—Ni hielo ni diferencia, sino acaso todo lo contrario. Oiga Ud., Isidro. Cuando Ud. se casó con mi prima, tuve yo una gran alegría porque su nuevo estado me daba algo así como la seguridad de que lo que Ud. decía que eran sus penas, se curarían para siempre. Porque yo, en realidad, sufría en silencio, sufría atrozmente al no poder corresponder a todos sus favores, afectos y servicios, por los cuales Ud. comprometía mi gratitud; Ud. salvó de la ruina, primero, a mi padre... Ud. fué siempre para todos los míos, el paño de lágrimas, como se dice; Ud. daba siempre, ¡siempre! y callaba, y sus dádivas tenían un desprendimiento que dejaban la noble sensación que en

ellas no había de su parte sacrificio alguno, sino algo así como una obligación íntima que Ud. cumplía con placer, casi con verdadero gozo de su parte...

Isidro.—Y era verdad. Cuando se me presentaba la ocasión de poder ayudar a Uds., a todos los suyos, experimentaba como una extraña satisfacción que jamás he vuelto a experimentar...

Chela.—Y yo pensaba: “Este hombre se cobrará algún día, debe cobrarse, porque está en su derecho; pero como no hay con que pagarle en dinero, se querrá cobrar con afectos...” Y yo acechaba el terrible momento en que sus ojos, algún movimiento suyo significase: “ahora y con esta... si, con ésta”. Mi prima y yo éramos las únicas mujeres jóvenes que había en la casa... La elección debía ser entre las dos...

Isidro.—Y yo no me decidía ¿verdad?...

Chela.—Terrible duda que a mí me amargaba la vida noche y día. Rogaba a Dios que su elección recayese en mi prima, para que así no tuviese yo que rechazar al hombre a quien todo se lo debíamos... Pero una noche la recuerdo como si fuese hoy mismo,—y han pasado ya tantos años— Ud. al despedirse de nosotros, fijó un momento los ojos en mí, Ud. que jamás nos miraba fijamente, como significándome sin lugar a dudas: “¡Eres tú!... “Eres tú!...”

Isidro.—¿Y qué pensó Ud. entonces? ¿Qué se dijo Ud. a sí misma?...

Chela.—Mi primer impulso fué sentir halagada mi vanidad de mujer, pero luego recapacité y sentí miedo, dolor por lo que debía responder a Ud.

Isidro.—Yo también recuerdo que pensé: ¿Habría comprendido...?

Chela.—Y ya desde ese día, por todos los medios po-

sibles, evitaba mirar a usted a los ojos. Pero fué todo inútil, porque llegó el momento temido por mí...

Isidro.—En que yo hablé; en que le dije a usted si me amaba, si quería ser mi compañera. Me miró usted a los ojos, fijamente; y retrocediendo, como ante un fantasma, respondió, insistiendo en la negativa: "No; no... no..." No comprendí entonces ni comprendo ahora mismo esa forma de negativa, ese miedo al responder.

Chela.—Temía que mi debilidad me traicionase, y pudiendo acceder a lo que usted solicitaba de mí, mi corazón, callase un momento, hablase mi razón, mi gratitud y respondiese sí, engañándole a usted, haciendo una comedia de amor que jamás había sentido por usted.

Isidro.—¿Jamás me quiso usted, entonces, Chela, jamás pudo usted amarme?

Chela.—Jamás, Isidro. Comprendía que era usted un hombre con muchos méritos, con talento, con simpatía, que haría feliz a otras mujeres que valían mucho más que yo; pero no lo quería, no podía querer a usted. Pensaba que muchas veces el amor es fruto de un acercamiento constante, de un trato íntimo, de una suma de pequeñas cosas que equivalen al amor, como me lo decían muchas amigas y los míos, empeñados en esta boda que a todos convenía. Y lo miraba a usted, y lo oía hablar, y oí muchas veces sus discursos en la Cámara, y los comentarios que se hacían en las tribunas para el sagaz político y gran orador, pero no podía querer a usted. Era usted superior a muchos que a mí me eran simpáticos, pero no lo quería a usted, no lo amaba, no sentía hacia usted esa exaltación que es el amor, ese sentir el alma como acariciada por una mirada hermosa o fea, penetrante o superficial, pero mirada del hom-

bre que se ama, y que es la mirada que más belleza tiene para una mujer.

*Pausa.—Quedan ambos como mirando un punto lejano, perdido allá donde termina la realidad y empiezan los sueños. El retrato de la prima, parece oír en silencio las confidencias de Chela.*

Isidro.—(Como volviendo de aquel viaje que ha hecho su espíritu). ¡Y qué cosas más crueles me decía usted a veces, cuando más enamorado me sentía yo de usted!

Chela.—¡Ay!, Isidro, si en aquellos instantes, llegaba a aborrecerlo, y hubiese querido que usted, como otros hombres más rudos, más groseros, con menos educación, me hubiese enrostrado mi ingratitud, mi proceder; hubiese vuelto hacia mí mis propias frases—usted lo podía hacer porque tenía habilidad para ello—y así yo entonces poder justificar mejor mis desdenes, mi desamor, agregar a la rudeza de mi parte, la rudeza mayor que reacciona ante el enemigo. Pero usted callaba, me miraba en silencio, y perdonaba, pero había en aquella actitud suya una impresión de superioridad, que también me hacía daño, y otras veces una resignación que tocaba mi alma, conmoviéndola...

Isidro.—¡Qué horas aquéllas! Parecíamos dos enemigos! Yo creyendo poder convencerla, haciendo méritos ante su corazón, y usted fría las más de las veces y otras perdonadora, haciendo nacer una esperanza, prometiendo una gota de agua, una sola, a un corazón que se moría de sed...

Chela.—Por fin, me decidí al convento. Sentía vocación por él, la sentí desde que me educó en aquel colegio de monjas. Y de nuevo otra gran dificultad, ¡mi dote...! Que usted también pagó...!

Isidro.—Pero ya en aquella ocasión, era alguien de la familia quien hacía la dádiva, y no había por qué no admirla. Ya me había casado yo con su prima Lía. Ella era para mí, lo que yo fui para usted, con la diferencia que yo supe comprender aquel gran corazón, y usted desdeñó otro pobre corazón. Fui muy feliz con su prima, una mujer llena de ternura y de simpatía, a tal punto feliz, que hasta llegué a “olvidar” que allá, tras los muros de un convento, una mujer que yo adoré por sobre todas las cosas de la vida, se dedicaba a la noble tarea de cuidar niños desvalidos.

*Pausa.—La palabra “olvidar” parece haber herido a Chela, que en ese instante ha sentido palpar su corazón, no sabe si por despecho o por otro sentimiento. Mira a Isidro, que ha envejecido, pero que su semblante ha adquirido mayor nobleza. Lo mira fijamente, sin saber por qué, pero como sintiendo de nuevo aquel odio antiguo que nacía en ella, cuando queriendo ser agradecida, era sencillamente ingrata...*

Chela.—Usted siquiera pudo olvidar; pudo ahogar con un nuevo cariño, aquel que fué tal vez un capricho, pero yo, a todas horas el mismo remordimiento, el no haber podido agradecer favores de tanta transcendencia para mí. En el día, muy bien, mis quehaceres, mis buenos niños a cuidar; pero en la noche, a la hora que ya terminaba toda labor, a solas en mi lecho, frente a mis íntimos pensamientos, de nuevo ese dolor que renacía, un recuerdo del mundo que me parecía sacrílego en medio de aquel ambiente místico. Buscaba entonces refugio en la oración, y rezaba largo rato; otras veces miraba las camitas de mis niños, para ver si había alguno despierto y entablar con

él conversación, y así, a media voz, distraerme, para quitar de mi cerebro ese íntimo y silencioso dolor de un rechazo cometido en contra de toda mi voluntad, en contra de mi mismo corazón...

Isidro.—No nombre usted para nada su corazón, que jamás él supo oír mis palabras ni mis ruegos. Su corazón fué siempre hostil para conmigo...

Chela.—¡Y sabe Dios por qué lo fué...!

Isidro.—¿Pudo entonces haber en toda nuestra amistad una falta de inteligencia, un exagerado orgullo de parte de usted?

Chela.—(*Suspirando hondamente*).—¡Si hubo veces en el convento que ni yo misma supe cuál era la verdad de mi corazón...!

Isidro.—Chela, hace renacer usted con esas últimas palabras, como una esperanza en mi espíritu...

Chela.—Por Dios, Isidro, no filtre usted la duda en mí, no me haga usted dudar de la sinceridad de todo lo que le he dicho, de la sinceridad de toda mi vida. No quiero ahondar más en mis sentimientos, no querría que todo este mundo mío en el cual hay tanto dolor silencioso acumulado, resultará luego, la más terrible comedia, una comedia ejecutada inútilmente, con la cual pudieran haber sido usted y yo los sacrificados... No, no lo quiero!, quiero tan sólo admitir lo que veo más claramente, porque me parece que cuanto más buceo en mi espíritu, ahora que ya mi espíritu ha sufrido, no sé qué légamo temo encontrar allá muy al fondo, que al ser removido, me podría hacer sentir el fracaso más horrendo de mi vida, por una torpeza o quizá por una vanidad sin razón de ser...

Isidro.—¡Esperanzas para mí, Chela, nuevas esperanzas que renacen en mi corazón... Nunca es tarde, jamás es tarde para ser feliz...

Chela.—Habla usted de felicidad, anhela usted la felicidad, pero quizá no supo usted poner siempre toda la voluntad que a veces se necesita para alcanzarla...

Isidro.—¡Por Dios!, Chela, hable usted claro, que tienen sus palabras una doble intención que en realidad no comprendo...

Chela.—No hace falta... ¡Si ni yo misma podría explicarme eso que a mí me pasa...! Lo único que siento, lo único que lamento con todas las fuerzas de mi corazón, es haber tenido que dejar el convento, a mis niños adorados, que tanto me querían y a quienes yo tanto quería... Uno, sobre todo... Julián, de cinco años, a quien yo adormecía todas las noches contándole cuentos de hadas... Me parece verlo, con sus ojos azules, húmedos, diciéndome, cuando lo llevaba a su camita, después del baño: "Mamita, de los Angeles, buenas noches..." ¡Quién lo bañará ahora, quién ahora le contará cuentos...! Aquí tengo su retrato, recortado de un grupo que nos hicieron el año pasado... (*Abre un medallón pendiente de una cadena de plata que lleva en el pecho, y lo muestra a Isidro*). ¿Lo ve usted? Ríe... Yo estoy retratada cerca de él... ¡Pobrecito hijo mío!, que tanto me quería...! ¡Cuándo volveré a verle...!

Isidro.—¿Pero es que la resolución de su viaje es definitiva?...

Chela.—¡Definitiva!... Sólo siento dejarlo a él...! ¡Cómo se encariña una con estas pobres criaturas de Dios...!

Isidro.—Y si yo fuese a verle siempre, y siempre también la tuviera a usted al tanto de la vida de su enamorado de cinco años?...

Chela.—Si usted hiciera eso, ¡no sabe usted cómo se

lo agradecería...! (*Profundamente emocionada y con convencimiento*).

Isidro.—Muy fácilmente...

Chela.—¿Cómo?... Dígalo usted.

Isidro.—Volviendo alguna vez a esta tierra adonde tanto se la quiere a usted...

Chela.—Eso dependerá del cariño que le tengan a mi pobre niño...

Isidro.—¿Es una esperanza, Chela?

Chela.—Es más: es una promesa, Isidro!...

Isidro.—Chela... (*El amago de un beso*).

Chela.—Al medallón, sí...

Isidro.—¡A él entonces!...

Chela.—Sí, a él, para que enlace usted a su esperanza mi promesa, con el eslabón de un beso.

## EL VERBO AMAR

La amplia galería del chalet, con vista al mar, está solitaria a la hora de la siesta. Tres o cuatro sillas, de esas de largo asiento como lechos y tendido respaldar que se usan en los barcos en las largas travesías, juntas a una mesilla de mimbre, parecen que esperaran a alguien para una hora de pereza. Al lado, en un tiesto de madera calada, las ramas de una sica parecen inclinarse sedientas, agotadas por el calor de esa hora.

Gran silencio, interrumpido por el rumor lejano de las olas, que miradas al través de los limpios ventanales, semejan estar pintadas con fresca acuarela azul y blanca sobre los anchos cristales. Allá abajo, cerca de la playa, las claras viviendas de Viña del Mar, parecen dormir bajo la cálida luz de Enero.

De improvisó, por una de las puertas, llegan voces que repercuten en la galería.

—Enséñame... enséñame, mira; tú que lo sabes... Yo sé que tú lo sabes, Julita...

—Bueno... pero esta tarde, y mañana, y siempre, jugarás sólo conmigo, en la estación y en la playa... ¿Quieres Pepito?

—Bueno.

En ese instante, Pepito—que tiene nueve años—vestido con un trajecito de marino de piqué blanco, y sujetando contra su pecho varios cuadernos y libros, se instala en la mesilla, seguido por Julita—que tiene once años—trajeada con una batita lila, que acerca una de las sillas al lado de su compañero.

El niño, como olvidado de todo, se queda mirando el mar, con la cabeza echada atrás.

—Tengo sueño... Más bien durmiera en vez de estudiar... ¡Pero si “eso” yo no lo puedo aprender!... Salí mal en el examen porque me lo preguntaron y no lo supe... y papá me dijo que tenía que estudiarlo en las vacaciones...

Ella, investida en ese momento, de la autoridad de profesora, mira seriamente a su amigo, pero luego su mirada se dulcifica, como si aquel rostro de querubín de Pepe la dominara.

Le dice sonriendo:

—Te cortaron el pelo... tu pelo largo...

Y sus ojos verdes y suaves revelan sentir nostalgia por los manojos de pelo, ensortijado, que antes caían sobre los hombros de Pepe.

—¡Qué pareces ahora!—Acompaña su frase con la caricia de su mano, que pasa suavemente por las sienas delicadas.

Con expresión varonil, el niño responde, desdeñoso:

—¡Bah! ¡Mejor así, como hombre! y para que tus amigas no me embromen más diciéndome que soy mujer... Yo mismo le dije a papá que quería que me cortaran el pelo... y no creas! también luego me pondré pantalón largo!...

Como saboreando la esperanza de aquel pantalón largo que no tardará en llegar—según lo ha prometido ma-

—má—vuelve a abandonarse a aquella dulce pereza que flota a esa hora en la galería, recostando de nuevo la cabeza y mirando otra vez el mar que azulea a la distancia con pálidos matices de zafiro.

La niña se ha quedado silenciosa, afirmada en el respaldo de la silla, con su barba aguda y pálida contra su pecho, mirando con insistencia a su amigo que parece dominarla con sus altiveces y sus caprichos, a pesar de tener ella sobre él dos años más de autoridad. Pero Pepito pone en todos sus antojos una voluntad que ella no se atreve a discutir! Y luego, tiene tan lindos ojos... es tan bonito su amigo Pepe, como varias veces se lo ha dicho a sus amiguitas...

Invadido por un dulce sopor, el niño empieza a entrecerrar sus párpados, lentamente; sus largas pestañas a juntarse como mariposas que descansan con las alas plegadas. Una mosca impertinente, de esas moscas verdes del estío, se posa en sus sienes. Julia, con exquisita delicadeza, para no turbar aquel sueño, la espanta, ajitando la mano en el aire, y luego, ya vuelto todo a la misma paz, se queda mirando aquel rostro fino, aquellos ojos dormidos ahora, y que al través de los párpados ligeramente azules y transparentes como hojillas de flor, cree adivinar aquellas pupilas, "aquellos ojos tan lindos", de los habla con sus amigas...

Un golpe de un libro que cae.

—¿Qué es eso?—pregunta Pepe despertando sobresaltado.

—La gramática que cayó.

—Como estaba durmiendo... me asusté. ¡Ah! Enséñame eso, pues.

Esto último lo dice con desgano, como aprestándose a dormir nuevamente.

Ella coge la gramática y la hojea con delicadeza, preguntando:

—¿Es el verbo “amar”, no?

—Sí, el verbo “amar”. Yo lo sé, mira; pero confundo los tiempos. Por eso salí mal en el examen. Pero lo sé; vas a ver. Pregúntame.

La afirmación es rotunda, y la profiere Pepe con cierta petulancia, incorporándose en su asiento y mirando fijamente a Julia, como dispuesto a dilucidar cuanta dificultad se presente sobre aquel verbo, que casi le costó el no haber ido esas vacaciones a Viña del Mar y quedarse en Santiago, acompañando a su aya Carmela a cuidar la casa.

—Aquí está.—Dice ella.—¡A ver! Presente de indicativo del verbo “amar”.

—Presente de indicativo del... presente de indicativo... ¡Espérate! Si ya sé...—ruega el niño con sobresalto, con el dedo índice apuntando entre los labios y la mirada hacia el techo, como si las ramas decorativas de almendros y duraznos en flor pintadas al temple, fueran a darle aquel “presente” que se le escapa. Luego, satisfecho y con desparpajo, responde apresurado:

—Yo amaré, tu amarás, él amaré, nosotros...

—No. Fíjate bien, Pepito: es el presente...—corrije con dulzura la niña—lo que tu dices es el futuro. Otra vez... piensa... Yo a.... am...

—¡Ya está! Ahora sí: Yo... Yo amaría, tu amarías, él amaría... ¿Pero de qué te ríes?—se interrumpe incomodado, al ver que su amiga, con mucha diplomacia, disimula una sonrisa cubriéndose la boca con la gramática.

—Si no me río ¿ves? Pero tú confundes con el futuro. Como siempre te apresuras... De nuevo: Yo...

—¡Yo amaré!...—insiste decidido Pepe, demostrando que se enojará si no se le admite su afirmación.

—Oye. Presente: Yo amo, tu amas, él ama...

—Ya me acordé: Nosotros amamos, vosotros amais, ellos aman— termina el niño triunfante, y agrega sonriendo, mientras la profesora, como olvidada de su autoridad, lo oye complacida, viendo como parpadean los grandes ojos azules de su amigo.

—Lo mismo fué en el examen: dije el “futuro” por el “presente”, y los examinadores se rieron... ¿Y por que me dirían que tal vez tenía razón, a mi edad, para conjugar solo el futuro del verbo “amar”?... ¿Te dijeron también eso a tí?... Y yo ya había cumplido ocho años! Esto no se lo he contado a papá... Mira, no se lo cuentes tu tampoco.

Julia no puede explicar el misterio de aquella frase de los examinadores, aunque allá muy al fondo de su alma, cree adivinar una bruma de dulce color rosa que parece ir despejándose al calor de una mirada muy azul...

No se explica que extraña y grata relación encuentra entre esa nubecilla suave de su alma y la pregunta que le ha hecho su amigo Pepito!

—¡Fíjate allá: una lanchita. Apenas, apenas se vé... tan chiquita!... Será la de Pancho, que algunas veces me lleva a pasear? Pancho, el pescador... ¡Qué chiquita se vé!... Allá vá... Allá vá... ¡Se perdió!...

Después de aquel recuerdo del examen de gramática, la mirada del niño ha vagado un instante por la extensión del mar, descubriendo aquella blanca vela latina que navega a flor de agua, y la sigue entusiasmado, indicando con movimientos de su cuerpecillo nervioso, que se agacha y vuelve a levantarse, el temor que zozobre aquel barquito que aparece a la distancia del tamaño de un juguete.

Cuando la manchita blanca de aquella vela, se oculta tras una puntilla, el niño vuelve a preocuparse de sus tareas.

—¿Qué otra cosa sigue después del presente?

La niña continúa preocupada, con la vista perdida en la inmensidad marina, como si tratara de resolver un problema muy interesante de su vida...

—Oye, Julita? qué otra cosa sigue después, te digo? Insiste él, llamando la atención a la profesora.

—¡Ah!—responde ella, como si su pensamiento regresara de un largo viaje.—¿Después del presente?... Pretérito... Pretérito de indicativo del verbo "amar".

Pepe se reviste de gravedad para responder:

—Yo amé, tu amé, él amé...

—Nó.—Interrumpe de nuevo la niña, con la misma dulzura de siempre, al ver que su compañero amenaza conjugarle todo el pretérito con una misma persona, y suavizando cuanto puede su corrección, conjuga ella el pretérito, mirando al fondo de los ojos a Pepito.

—Ahora el futuro. Este lo sabes bien.

El niño se yergue en la silla con altivez, para conjugar aquel tiempo en que se siente fuerte e inmovible su talento de nueve años. Con la mayor rapidez que puede, para hacer gala de facilidad ante la profesora que varias veces lo ha corregido, con cierta vergüenza secreta para él, y como vengándose de sus torpezas pasadas; va diciendo las "personas" del futuro con voz sonora:

—Yo amaré, tu amarás, él amaré, nosotros amaremos, vosotros amareis y ellos amarán.— Termina con voz que atruena la silenciosa galería y queda satisfecho por su respuesta, golpeando dos veces las manos. Un instante de silencio, durante el cual el niño se ha quedado mirando a Julia. Luego dícele sonriente y tranquilo:

—Tu tienes los ojos verdes... bien verdes... como los de mamá...

Y se queda mirando aquellas pupilas, que se han inclinado a la gramática para leer inconcientemente aquel futuro que tan bien acaba de conjugar Pepito.

El niño continúa mirando ingenuo aquellos ojos, velados ahora por las largas y finas pestañas, como sorprendido por su descubrimiento. Solo entonces por la primera vez, durante aquella tarde cálida de estío, mientras se mecen allá abajo los pinos al soplo de la brisa del mar; sólo entonces ha descubierto que los ojos de su amiga son muy verdes...

—Y tú ¿sabes de qué color los tienes?... Azules... ¿Ves?... Como está ahora el mar...—le dice ella.

—¡Bah! ¡Yo también sabía que los tenía azules!— responde Pepe con cierta inocente petulancia de buen mozo. ¡Qué tiene de extraño! Si ya tantas veces se lo han dicho sus amiguitas durante sus juegos en la playa... Ella también lo sabía; pero no se lo había dicho, era la única entre todas que no se lo había dicho nunca!...

Quedan silenciosos. El niño vuelve a mirar el mar, como olvidado ya de todo, silbando con arrogancia y desdén de hombre; ella contempla el pinar, allá abajo, con esa vaguedad que deja en el alma infantil el descubrimiento de un misterio... De improviso dice el niño:

—Tengo sueño... Estoy cansado de estudiar.

Ya cuando se apresta a dormir, le habla Julita:

—Acuérdate de lo que me prometiste...

—¿Qué?—dice Pepe sin abrir los ojos.

—Que jugarías sólo conmigo en la playa y en la estación, si te enseñaba el verbo... ni con la Emmita, que siempre la convidas a apostar carreras en tu velocípedo...

# LA MASCARILLA DE BEETHOVEN

## I

—Se acostumbra Ud. en este ambiente?

—Me encanta. Tanta paz, tanta tranquilidad.

—Entonces no desea Ud. salir de aquí?

—Ni lo deseo ni lo necesito.

—Porque el pueblo no tiene ninguna amenidad.

—Según y como. Para los espíritus como yo, que mayor amenidad que esta paz de todo momento?, y para dar al alma expansión, la música, mi adorada música.

Y Angélica al pronunciar la palabra música, callaba, como si en ese instante oyera en el silencio poblano, las notas divinas de alguna sonata de Beethoven, que era su maestro favorito, una especie de padre espiritual.

Una vez más se había repetido aquella tarde esta conversación, a que había dado lugar Juan Carlos, recién presentado a Angélica por una amiga de esta, que le había dicho en la estación, al despedirse para tomar el tren.

—Los dejo. Espero que sean amigos. Te advierto, Angélica, que Juan Carlos es tu admirador.

—En que sentido? La amiga se turbó, ante la franqueza de la pregunta, y mirando rápida al joven, hubo de explicar:

—Admirador por tu arte... por todo...

La abuelita que acompañaba a Angélica, miró a esta rápidamente, con sus ojos que conservaban entre las arrugas de la ancianidad, la pureza de su azul y una humedad de cielo después de una tormenta primaveral. La muchacha bajó la mirada no sin antes observar la del joven, y tembló porque en ese instante algo le recordaban esos ojos cálidos, negros, como dos ascuas sombrías en la discreta palidez del rostro, que hacían el efecto de dos proyecciones de focos tibios al tocar el rostro del que les miraba.

—Van Uds. al pueblo?

—Al pueblo—respondieron ambas al mismo tiempo.

—Las acompaño,—dijo él con desenvoltura, cediendo la vereda a la abuela y a la nieta.

Medio día de Diciembre. Ante la vista se extiende la calle tranquila, con casas de diversos colores, entre lo cuales domina el azul, que en los trechos en que el sol se escurre por entre las encinas, adquiere una potencia casi brutal y cegadora. De tiempo en tiempo al pasar bajo los ramajes más espesos experimentaban ellos una frescura deliciosa, sintiendo en la piel esos cambios de sensación de zonas frescas y calientes. A veces, a lo lejos, y como temblorosas por las corrientes de aire caldeado, se veían siluetas de niños trajeados de blanco, color que a pleno sol, tomaba en las sombras de la tela, cambiantes de manchas lilas y azules.

Los tres marchaban en silencio, pensando que decir para romper esa situación violenta. De reojo vió Angélica que la miraban con malicia, profundamente,

y solo entonces recordó donde había visto por primera vez esa mirada, que a fuerza de ser ardiente casi hacía daño, y su claro recuerdo coincidió con un apretón nervioso que dió al brazo de su abuelita, del cual iba cojida.

—Que te pasa, niñita?—le dijo esta. Muy bajo respondió ella, casi al oído de la anciana:

—Ya le diré en casa, abuelita—y para disimular este aparte ante el desconocido que marchaba a su lado indiferente, interrogó:

—Y viene a este pueblo a veranear, señor?

—Sí, y además, porque me gusta mucho su gente.

Comprendió Angélica que no debía insistir en pormenores, y calló. A los pocos pasos el joven interrogó a su vez:

—Y vive Ud. mucho tiempo en esta soledad?

—Más de cinco años. Muerto mi padre nos vinimos a una propiedad de la abuelita. Yo no tenía otros parientes en la capital. Además, era necesario que nos viniésemos... La vida allá era muy cara. Yo aquí hago clases. Me quieren mucho en el pueblo y encuentro muy buena a toda esta gente.

—Clases de qué, señorita?

—De piano.

—Es Ud. artista, entonces?

—Artista! Artista! Que bonita palabra, pero que yo no puedo justificar.

Sin embargo, pensó Juan Carlos, mirando fijamente aquel rostro pálido y sugestivo coronado de cabellos negros, tenía todas las características de una cara de artista, esa mirada soñadora y dulce, ojos húmedos como si acabasen de llorar, líneas expresivas, un poco atormentadas, que revelaban un perpétuo sueño interior, dos pupilas pardas enormemente dilatadas que

hacían pensar en una intensa vida espiritual, y que al pasar de uno a otro objeto lo hacían lentamente, pareciendo más bien besarlos que fijar en el cerebro la simple imágen de ellos.

Después de este examen, que por primera vez hacia el joven, titubeo al hablar, le fué preciso hacer un esfuerzo, y las palabras temblaron en sus labios resecos. Había sentido por primera vez en su vida lo que se llama fascinación, una especie de sed violenta de ir fundiendo a fuerza de miradas y poco a poco, aquel espíritu con el suyo, de llevarse algo de aquel perfume que emanaba esa mujer, sentirlo tan cerca como quien aplasta entre los labios una rosa ebria de aromas.

—La música... En esta soledad, que grato me sería oír de Ud.

Antes de responder miró ella a la abuelita y como viese que esta la autorizaba con un gesto de aquiescencia, Angélica respondió:

—Venga Ud. señor, cualquier día a casa, y quedará complacido. No oírá Ud. una gran cosa, pero oírá música, siquiera.

—Esta es su casa, señor, indicó la anciana, en el zaguan fresco y sombrío de la vivienda. Juan Carlos dió una mirada al fondo, y vió un patio blanco y azul, muy limpio, sombreado de naranjos; un canario que cantaba, en jaula dorada, y al traves de los cristales de una sencilla galería con persianas verdes para mitigar la fuerza del sol, se veían las habitaciones entreabiertas, como promesas de paz y frescura.

Agradeció Juan Carlos la gentileza y se despidió. Al estrechar la mano de Angélica, notó esta que temblaban los labios de aquel hombre, más resecos ahora. No le miró los ojos porque no se atrevió.

Entraron ambas a la casa en silencio. La anciana se fué a sus quehaceres. Angélica echó alpiste al canario, haciéndole algunos mimos, pero con el pensamiento ausente de lo que hacía. Se detuvo de improviso a mirar al gato que se refocilaba en la tibia resolana, y que de tiempo en tiempo, despectivo y perezoso, alzaba su garra, con movimiento de exquisita gracia, para interrumpir el vuelo de algún moscardón indiscreto que interrumpía el sueño de aquel pachá.

Agitó Angélica su cabeza como para ahuyentar el martilleo de un pensamiento fijo, y se fué a su sitio favorito, al alfeizar de la ventana del salón, que daba a un bosque de pinos, del cual emanaba a esa hora un saludable olor tibio de resinas.

Pronto llegó la abuelita y preguntó a la nieta:

—Que ibas a decirme en cuanto llegaras a casa, hijita?

—En eso pensaba abuelita: Que no era la primera vez que yo veía la cara de la persona que nos acaban de presentar. La ví en día aquí, mientras yo arreglaba el salón.

—Como, aquí?

—Pasó por el bosque, y me parece que de nuevo veo sus ojos fijos en los míos...

—Tiene unos ojos muy extraños.

—Sí: Como de fuego. Me parece que los vuelvo a ver. Había estudiado el piano ese día. Me senté a leer aquí. De improviso, como un golpe extraño me hizo levantar la vista, y ví aquellos ojos, y lo más curioso es que no tengo otro recuerdo, sino tan solo el de esos ojos, como si el resto de la persona hubiese desaparecido...

Callaron un momento, y agregó la abuela, grave, lentamente.

—No me gusta ese hombre. Me dá miedo...

Cuando hubo salido la anciana, Angélica abrió el piano. Antes de poner sus manos en el teclado, miró la mascarilla de Beethoven, hecha en mármol fino, que le habían regalado en un concierto como un obsequio a la expresiva intérprete del gran músico. Aquella mascarilla era la compañera de sus horas de soledad, de sus penas. El escándalo que armó y las burlas de que había sido objeto en el pueblo cuando dijo una vez que esa mascarilla, muchas noches había temblado al interpretar ella un trozo del gran maestro. Podían reirse todo lo que quisieran, pero ella no mentía al afirmar aquello. Y sus ojos de pupilas dilatadas, que parecían mirar lejanías ultraterrenas, se posaron en la blancura del mármol impasible, de párpados cerrados, de boca atormentada y enigmática, y lo acariciaron con un beso de espíritu.

“—A mi no me gusta ese hombre. Me dá miedo”—recordó nuevamente... Y a mi...?—se interrogó, con el pensamiento.

Sus dedos arrancaron un arpeggio que se desgranó como una bandada de golondrinas que surgiesen por entre los barrotes coloniales de la ventana, en busca del cielo. Su pensamiento y las notas musicales coincidieron con una manchita de sol que cruzando por una persiana de la galería, vino a dar vida a los labios de la mascarilla. Angélica quedó en suspenso. Habría jurado que los labios de mármol se sonrieron... ¿Fué efecto de la luz? de sus ojos? de su pensamiento...? No lo sabría explicar, pero aquella boca tenía ahora para ella un desgarron de amargura más acentuado y misterioso...

Y quedó como hipnotizada, clavados sus ojos en la mascarilla, mientras la manchita de luz se perdía po-

co apoco, como si se fundiera en la pureza del mármol.

## II

—Ha llegado don Juan Carlos—dijo un mozo a uno de los compañeros en la puerta del hotel.

—Y viene en “El Moro” que no montaba hace tantos días. Los cascotes del potro árabe al chocar con el toseco empedrado retumbaban en la absoluta paz de la placita del pueblo. Caracoleó el noble e inquieto animal al desmontarse su ginete, dió un resoplido y una hociçada que manchó de espuma una manga del traje kaki de Juan Carlos, y ya libre de la carga, estiró el cuello sedoso, abrigado pero el sudor, y buscando una brizna de yerba entre los pedruscos, dió otro resoplido potente seguido de un relincho de alborozo, cuyo eco se perdió en la paz dormida de la calle. Lejano, respondió otro relincho, y el animal irguió el fino cuello con elegancia, y quedó así, como estatua de mármol negro lustroso, apuntadas las inquietas orejas hacia adelante como inquiriendo, de donde surgió aquella respuesta a su saludo.

—Hacía muchos días que no lo montaba—dijo Juan Carlos a los que estaban en la puerta del hotel, mirando con orgullo al animal bajo su cucalón inglés y pegándose con la fusta en las polainas, que por su parte de adentro ostentaban dos manchas blanquecinas y salitrosas como huellas del sudor del potro.

—Pedro, cuida que no se pise las riendas—advirtió al mozo, que en ese instante, empujándose para no arrastrar sus espuelas de campesino, ponía las bridas bajo las correas de los estribos.

Juan Carlos penetró al hotel, satisfecho, con mirada brillante, curiosa por descubrir algún nuevo pasajero. El gas acetileno, arrojaba manchas vivísimas de luz sobre los manteles de las mesitas dispuestas en el patio para la comida.

—Como siempre, poca novedad,—le advirtió un amigo, mientras bebían cerveza helada.

Hubo un silencio, en el cual se sintieron de nuevo los golpes de la fusta en las polainas y los ruidos mitigados del choque de las bolas de billar de dos jugadores, casi perdidos en la inmensa sala solitaria.

—Y tú, que tienes que contarme?

Juan Carlos, discreto, respondió:

—Nada.

—Como, nada, cuando todo el pueblo sabe lo de Angélica, tu nueva conquista, y que noche por medio visitas la casa retirándote tarde. Y esto de montar de nuevo el “Moro”, después de la mordedura que te dió, y pasearte por el pueblo con él, que parece un terciopelo, ¿no significa nada?

Después de pensar algunos segundos, Juan Carlos explicó:

—Que quieres que te diga: me gusta la muchacha, pero ella no es como otras...

—Claro, algo te ha de costar, ¿o se había acostumbrado don Juan... Tenorio, a conquistarlas en un dos por tres?...

Sonrió el joven, mostrando unos dientes fuertes, blanquísimos, que brillaron entre los labios humedecidos por la reciente libación de cerveza.

—Déjate de bromas... Mira, tu que vives aquí, dame datos. ¿Quién es ella? ¿De dónde viene? ¿Cómo vive?

—Me tomas el pelo. Darte datos yo a tí, que visitas la casa con asiduidad, y que supongo que de algo has de hablar en tus visitas.

—Tu sabes como yo he sido siempre en esta clase de asuntos: despreocupado. Pero con ella es distinto. De seguro que Angélica me ha dicho muchas cosas, que no las he oído, porque cuando estoy a su lado, solo la miro... la miro. Aquellos ojos, hombre!

—De sonámbula, verdad?

—No se de qué...

—Sí, de sonámbula, o que se yó. No sabes entonces lo más curioso de esa mujer?

Juan Carlos interrogó con los ojos, y a la caída de aquel crepúsculo de estío, en medio de la paz de ese ambiente en que se diluían perfumes de los jacarandás morados de la plaza, supo el joven muchos datos de Angélica, su pasión por la música, su aislamiento casi absoluto, su pobreza decorosa sufrida con resignación, un desengaño que la hizo huir de la capital, para sepultarse en la tristeza de ese pueblo, y aquella leyenda que corría misterioamente por el pueblo, que Angélica tenía comunicación con los espíritus, y que muchos de los acontecimientos habidos ahí, los pronosticó misteriosamente. En el pueblo se la adoraba porque era muy caritativa y capaz de todos los sacrificios con los pobres, y las mejores familias de los fundos vecinos, le confiaban sus hijas, para que les enseñara el piano. Era una gran música, y cuando tocaba, no se sabía que expresión particular adquiría el instrumento bajo sus manos.

—Ella dice que el espíritu de los grandes músicos la acompaña mientras ejecuta—recordó Juan Carlos, y el amigo explicó más detalladamente:

—Su música favorito es Beethoven, y cuenta ella entre bromas y veras, que cuando ejecuta su música el espíritu del gran maestro vá hacia ella, la posee por entero, se hace casi material, a tal punto, que a veces ha creído ver una sombra junto al piano y que la mascarilla del músisco que tiene en el salón, adquiere vida, como si el mármol se animara con sangre y alma...

Guardaron silencio, durante el cual Juan Carlos relacionó palabras oídas a Angélica en las varias conversaciones que tuvo con ella en visitas hechas a su casa: esa confianza en si misma, esa absoluta falta de miedo en la soledad de las noches del pueblo, una especie de invencible fortaleza ante cualquier peligro o acechancia.

—Que piensas?...—interrogó el amigo?

—Que esto no puede seguir así.

—¿Te casas, entonces?

Juan Carlos sonrió mefistofelicemente, y sus ojos al pronunciar las palabras, brillaron como dos ascuas bajo las cejas fuertes y pobladas de hombre apasionado y tenaz en sus propósitos.

—Que me la robo.

El amigo oyó estupefacto la declaración, y advirtió:

—El pueblo te lyncharía. Quiere a Angélica por sobre todo respeto.

—Me la robo antes de enamorarme de ella, de otro modo haría una tontería...—callaron nuevamente, y se oyó entonces en medio de la lijera pausa, el piafar inquieto del potro en las piedras de la calle.

—Mira—continuó nervioso Juan Carlos y como poseído de un mal espíritu—es fácil entrar a la casa sin ser oído. Cuando yo voy a visitarla, ella y su abuela

me conducen hasta la puerta. Una noche al cerrar se quedó mi vestón entre los batientes de la puerta, y yo tube de advertirles, porque ellas creyeron que había cerrado. Se puede hacer lo mismo una noche, y la cha-pa no cerrará, y el campo es mío...

—No hables locuras, Juan Carlos...

—Sí, sí, será mía...—repitió marcándose en la frente y entre las cejas, tres hondas arrugas verticales.

Salió sin despedirse del amigo. Llamó a Pedro para que le sujetase el estribo y mirando la luna, dijo al mozo:

—Tendremos luz por el camino.

Yba a emprender la marcha por la calle acostumbrada, y torció el rumbo.

—A donde vamos, patrón se atrevió a preguntar el mozo.

—Al bosque de pinos—respondió seco, dando un fustazo que silbó en el aire y chocó en las ancas del animal, como un varillaje en una superficie enguata-da. El potro salió al trote, sacando chispas en su primer impulso, a los guijarros de pavimento.

Luego que estuvieron en el bosque, dijo a Pedro, señalándole una ventana iluminada:

—¿Ves aquella ventana?... Dentro hay una mu-  
jer: Mañana, esperas en este mismo sitio, con el Moro. Además, te traes el mejor caballo de servicio, por si acaso... Ahora, espérame que ya vuelvo.

—Está bien patrón,— dijo el hombre—y al dar a su cigarrillo de hoja una chupada, la braza iluminó un gesto de rebeldía ahogado entre las arrugas de un rostro curtido.

Juan Carlos avanzó cauteloso. A sus oídos llegaron notas de piano, que parecían fundirse con los haces de



luz pálida que se filtraban por entre los pinos. Angélica ejecutaba "El claro de Luna" de Beethoven. Estática, resbalando sus dedos por el teclado, con los ojos muy abiertos como los de una sonámbula, parecía una estatua. Sus labios se movían como si hablase a una sombra. Una pantalla rosa iluminaba parte de su pecho escotado y sus manos, dejando su rostro en una penumbra de ensueño. Los ojos de Juan Carlos se clavaron en la línea alba y misteriosa del escote, que se curvaba con exquisita gracia... Tembló su cuerpo; sus ojos se cerraron como queriendo apartar la irresistible visión, y al abrirlos de nuevo, se encontraron con la mascarilla, a la cual la pantalla rosa parecía poner un tinte de sangre, y aquellos ojos ciegos le parecieron como los párpados cerrados de un niño que duerme, cuyas pupilas parecen mirar como al través de la transparencia húmeda de un pétalo de lirio.

### III

Noche de luna llena. Son apenas las nueve y el pueblo parece dormido hace ya mucho tiempo. Ruidos muy lejanos que no se saben de donde vienen, parecen morir en aquel gran lago de sombra azul y de claridad lechosa. Una brisa suave con olor a flores de huerto y a resinas, agita tenue los árboles y las malezas del bosque de pinos.

—Que hora es, Pedro?

—Hace mucho rato, patrón, que tocaron las oraciones.

—Que tonto soy. Con ver el relój, basta... Las nueve. Lo que te dije ayer, ya sabes... Cuida del "Moro" que está más nervioso que nunca. Veo que te traes un buen caballo de repuesto... Yo he de tardar

a lo más media hora. La maniobra es sencilla... No te alejes de aquí, donde te protege la sombra de los pinos; tampoco fumes... Cuando veas que se apaga la luz del salón, entonces es el momento... Ella ahora toca el piano... Hasta luego.

Esta frase no tuvo respuesta, y las pisadas firmes y decididas de Juan Carlos, se perdieron en la esquina de la calle.

De improviso en aquel silencio dulce y soñador, se oyeron tres aldabonazos en una puerta, y ahogada una voz que preguntaba:

—¿Quién es?

—Yo, señora. Gente de paz, un amigo.

—Ah! don Juan Carlos.

Crugir de una puerta, y luego el mismo silencio dulce y soñador de antes.

Pasado un rato, notas de piano empiezan a surgir por la ventana que daba al bosque, suaves, lánguidas, como aves que buscan entre el pinar un sitio para dormir. Angélica interpretaba la sonata "El Claro de Luna", de Beetoven...

Fueron, al principio los cuatro o cinco arpeggios lentos del Adagio, tímidos como si en efecto fingieran rayos de luna que empezaban a romper las nubes, sonidos pianísimos acompañados de notas largas y profundas de la mano izquierda, evocando una luz pálida que fuese poniendo grandes manchas claras en el bosque.

Luego aquellos arpeggios se aligeran, se hacen ágiles, sin perder la delicadeza del sonido, como si la luz de la luna en el cielo, libre ya de nubes se expandiera en haces de dulces rayos, en la inmensidad de terciopelo azul pálidamente iluminado.

Cambia luego el arpeggio de agudo en grave, se apaga el motivo del adagio en la mano izquierda, y la derecha apunta ahora con golpes más distintos y sonoros el acompañamiento, como si un borroso ensueño fuera de tiempo en tiempo iluminando con pinceladas de oro intenso. Hay un momento de alegría; se unen las dos llaves en el piano, dando la visión de una plena claridad de ópalo en el cenit; pero este instante es fugaz, porque impera de nuevo la laxitud de las notas moribundas, la insistencia del motivo, como si un amante en la agonia pronunciara el nombre de la amada con voz débil que llama inutilmente, hasta quedar vibrando en el aire aquellos dos últimos acordes largos del Adagio, seme- jando dos rayos de luna que se hubiesen dormido en el misterio del bosque...

Segundos después que la última nota se hubo perdido, se oyó ruido de cristales que se rompen... La ventana de Angélica queda a oscuras, y rasga entonces el silencio un grito agudo de mujer, un grito desesperado, de desolación, y luego sigue a esto un silencio de muerte, una calma preñada de amenazas. El "Moro" empieza a resoplar, apuntando las orejas hacia la ventana que está a oscuras, estira los remos delanteros, retrocediendo, y Pedro impotente para aquietarlo deja que huya dando botes y resoplidos, como cuando los animales encuentran un cadáver perdido en los caminos...

.....

Al alba del día siguiente, apenas se abrieron las puertas de todas las casas del pueblo, la noticia se esparció rápidamente. Las vecinas comentaban, formando grupos misteriosos frente a la casa en que había pasado el suceso.

—Don Juan Carlos ha sido encontrado muerto esta mañana en la casa de Angélica! Se repetían, no sabiendo más por el momento y contentándose con mirar las puertas cerradas de la tranquila vivienda.

—Dicen que debe haber venido a caballo, porque el potro se encontró ensillado y con las riendas cortadas, en los potreros que corta la línea férrea.

Alguien más informado, agregaba:

—Angélica dicen que está enferma, que no vuelve de un letargo que le dió. Y a medida que avanzaba la hora, se reunía más gente venida hasta de los fundos vecinos a esa especie de fúnebre fiesta.

—Quien lo mató. ¿Cómo lo mataron?

—Eso es lo que no se sabe; eso es lo que averiguará la justicia.

—Dicen que ha sido una venganza, agregaban otros misteriosamente. Había hecho ya tantas el finado,—terminaba una comadre con tono entre piadoso y satisfecho, con los dedos pulgar e índice poniéndole cogen a su bardilla laxa y pálida.

Hubo un revuelo en el grupo, y se oyó que se decía:

—El juez! El juez!

Y como por encanto se abrieron las puertas misteriosas, y penetró el juez a la casa de Angélica, seguido del secretario, el médico, dos policías y Pedro, el mozo del muerto.

El juez preguntó a la abuelita:

—Nadie, señora, ha entrado a esta pieza después de lo sucedido?

—Nadie, señor—respondió la anciana serena y triste.

—Bueno, que venga entonces acá la señorita Angélica, a declarar.

Mientras el secretario se aprestaba a escribir, llegó Angélica, más pálida que de costumbre, con los ojos más profundos y misteriosos, y al ver el cadáver tendido en medio del salón, se cubrió los ojos con horror.

Habló el juez, un hombre cuidadosamente peinado y rasurado, de ropa gastada pero limpia :

—Relate Ud. todo lo que sabe hasta el momento en que huyó de la pieza a las habitaciones de su señora abuelita.

Con voz dulce y lenta, dijo Angélica :

—Juan Carlos se había despedido de mí y de la abuelita en este salón. Como de costumbre, lo conducimos por el pasadizo hasta la puerta, como siempre lo hacíamos. Se despidió nuevamente aquí de nosotras; yo volví al salón, a tocar el piano, y la abuelita se fué a acostar. Terminaba de tocar "El Claro de Luna", de Beethoven, cuando veo que una mano dá un golpe a la lámpara y la apaga. Voy a ponerme de pié, y siento que unos brazos potentes me cogen por la cintura. Dí un grito; quise desasirme, no pude, y con profunda estrañeza siento entonces que esos brazos me abandonan, como si otras manos poderosas los desprendieron de mi cuerpo con facilidad admirable, y luego, no sin antes percibir claramente el jadear de una respiración de hombre que parecía luchar desesperadamente con una fuerza superior a él; corrí a la pieza de la abuelita, y ya no supe más, señor juez, porque me desmayé.

El juez interrogó a la sirvienta :

—Después que las señoritas despidieron a don Juan Carlos, ¿está Ud. segura que nadie entró a la casa?

—A los pocos momentos que hubo salido el caballero, volvió a entrar. Le conocí los pasos.

—Por qué no avisó Ud.?

—Porque creí que al caballero se le había olvidado algo, como otras veces.

—Pero después, ¿está Ud. segura que nadie a entrado a esta casa?

—Segura señor. Cuando oí el grito de la señorita, me vestí ligero, y vine al salón, y encontré entonces muerto al caballero. Nadie a entrado ni ha salido, señor, mientras yo me vestía.

El juez se dirige a Pedro :

—Dice que Ud. esperaba a su patrón en el bosque?

—Sí, señor.

—¿No vió Ud. a nadie por los alrededores; nada que le llamase la atención?

—Cuando se apagó la luz, nadie se ha acercado a la ventana de la pieza en que estaba la señorita. Lo único que me extrañó, fué que el potro de don Carlos, al poco rato que se apagó la luz de la pieza, empezara a resoplar, como a espantarse, como si viera alguna cosa misteriosa, hasta que cortó las riendas y se me fué de las manos, y lo mismo hicieron los otros dos caballos...

—Ese ha sido el momento en que mataron a tu patrón... Piensa algunos segundos el juez, escudriña la pieza; todo en orden, tan solo rota la pantalla y el tubo de la lámpara.

—Pero ¿quien ha muerto a este hombre, sin dejar huella de su paso, sino tan solo la profunda mordedura que tiene el cadáver en el cuello, que comprometió la aorta y causó la muerte?... A ver, guardia, descubra el cuello del cadáver.

Aquel hombre, no sin cierta timidez, descubre la profunda herida, que de nuevo examina el juez y que el doctor asegura ser una terrible mordedura hecha por boca humana...

—Quien mató a este hombre, no ha salido ni ha entrado a la casa durante el tiempo de lo sucedido. Luego está dentro de la casa... Pero donde está?

—Señor secretario,—agrega—vea de nuevo y minuciosamente si hay alguna huella, alguna impresión digital en los muebles, en los objetos.

Se inspecciona por vigésima vez: todo en su sitio, todo en orden. De improviso dice el secretario, creyendo haber hecho un hallazgo:

—Esta mascarilla está apenas sujeta de un clavo, pronta a caerse... aquí hay un indicio de lucha.

—Es la mascarilla del gran Beethoven—explica el juez, y acercándose la observa minuciosamente; enigmática, ciega, como mirando un mundo interior, y con estupor dice a todos los que le rodean:

—Que extraño: tiene el mármol entre los labios una gran mancha de sangre...

Angélica ábregos horriblemente en una interrogación muda, y luego deja caer vencida la cabeza sobre el pecho, como sintiéndose cómplice de un crimen...

---

## EL ROSAL DEL CONVENTO

—Veo que tienes un ejemplar de rosa, magnífico, raro, único talvez.

—¿Verdad? Estoy encantado. Si supieras tú que esas rosas representan toda una historia un poco dramática, un poco fantástica, pero de fondo dulce y consolador.

—Rosas albas con cinco manchas rojas, que son verdaderas lágrimas de sangre. ¿De dónde has sacado esto? No había visto algo parecido. Corolas amarillas con manchas rojas, sé que las hay; pero esto, tan significativo, tan hermoso, me sorprende.

—Como me sorprendió a mí.

—¿De qué jardín son?

—De no muy lejos, del jardín del convento vecino. Y lo más grato para mí es que me han regalado un ingerto; es decir, fué lo más grato, pero luego este entusiasmo se ha vuelto una desilusión, porque es el caso que, parece que estas rosas sólo se cultivan dentro de los muros del claustro, y lo que es más extraño, en un solo rosal que las mon-

jitas le llaman el Rosal de la Inmaculada. Ingerté con entusiasmo el mogrón en otra planta magnífica de Francia, y resultó una rosa vulgar, blanca, desvanecida, sin estas manchas que son, como has dicho tú, verdaderas gotas de sangre.

—Es extraño!

—Y lo más extraño es la historia de estas rosas; cómo nacieron. Porque es el caso que las rosas, antes de lo que tú sabrás, no eran así; eran rosas blancas sencillamente, y nada más.

—Me intrigas. Cuenta eso.

Y mirando aquellas rosas que se inclinaban como para besar algunas cuartillas escritas del periodista coleccionador, éste empezó la historia a la claridad tamizada y dulce de aquella tarde de otoño.

—Un día visitaba yo el convento vecino y mostrándome la Superiora su colección de rosas, me admiró profundamente encontrar un rosal en que florecían estos ejemplares. No los había visto nunca y me entusiasmaron. La Superiora sonrió, y me dijo que a todo el que las veía le pasaba lo mismo. Espera un momento... Siento el timbre y debe ser el Capellán de las monjitas, que todas las tardes viene un momento a hacerme compañía a esta hora, calculando que ya he terminado mi artículo del día.

—¿Quién es él?—me preguntó mi amigo.

—Padre Antonio, ese viejecito tan santo y tan benévolo con todo el mundo, para el cual no hay pecadores, sino tan sólo pobres ovejas descarriadas. El dará a esto que te voy a relatar, mayor interés... Su presencia en estos momentos, prestará más ambiente a mi relato...

Un anciano de mirada dulce y sonrisa de niño, penetró a la sala y depositó en el florero en que agonizaban las rosas, otras frescas que lucían gotas de rocío. Las puso

en el cacharro con exquisito cuidado, y luego se inclinó cortésmente ante mi amigo.

—Padre Antonio, un hombre que debiera estar en un retablo—presenté.

—Oh!, por Dios, don Angel, es Ud. exagerado. Un pobre pecador y nada más. Permaneció de pie esperando una indicación, que le hice golpeándole el hombro con todo cariño, porque aquel sacerdote me enternecía, me interesaba en todo momento profundamente.

—Con el permiso de Ud. continúo, padre Antonio. Se trata de una historia... Como te decía la Superiora sonrió ante mi extrañeza por aquellas rosas y me contó la historia...

—Pero está hablando de eso, don Angel!—interrumpió el padre Antonio, con visible inquietud y mirando las rosas y un tanto pálido, se dispuso a oír resignado, con exquisito tacto de hombre de mundo. Agregó, respetuoso y temblándole los labios entre sus barbas de ermitaño:

—Quizá al señor no le interesen estas historias, don Angel.

—Mucho, padre Antonio, y por esto se la cuento...

—Y Ud. es un narrador delicioso. Yo a pesar de lo que Ud. sabe, lo oigo a Ud. siempre encantado. Y calló como si su espíritu volase a regiones distantes. Parecía orar mientras yo hablaba.

—¿Has oído tú hablar de la novicia Sor Inmaculada de la Concepción, que dicen que murió en olor de santidad?

—Precisamente en el convento de las rosas—me respondió mi amigo.

—Ella es la protagonista de esta historia de amor y sacrificio.

—¿De amor? ¿Amor mundano?

—Amor loco, de esos que sienten sólo una vez; amor que todo lo arrastra, que todo lo desquicia y que sirve en la vida para perder una alma o para llevarla al cielo. ¿Verdad, padre Antonio?

—Pero padre Antonio, entornados sus ojos y acaso húmedos, no respondió, talvez arrobado por la oración.

—Junto al convento de mis monjitas, lindando con los tapiales del jardín conventual, vivía hace muchos años un muchacho loco, simpático, uno de esos individuos que llevan en la mirada y en todo su ser como un soplo magnético que encadena las almas y los cuerpos. Un día vió a la novicia regando el rosal, que era una enredadera enmarañada, como una cerca de agudas espinas y el mejor guardador de los espíritus que se quisiesen rebelar ante las reglas de la orden. El muchacho aquel, cuya sola preocupación en la vida era el amor, enloqueció por la novicia. Dicen que esta tenía ojos azules, o que se le habían vuelto azules a fuerza de mirar el cielo, y una garganta y unos labios en los cuales la oración no había marchitado las rosas de la vida, sino que tan solo les había dado un tinte algo más romántico y seductor...

—Pintas todo un tipo de mujer!

—Llegaron las horas de las confidencias, las largas horas silenciosas que aprovechaba la novicia mientras las monjas iban a sus oficios en la iglesia. Ella charlaba y charlaba con el amigo, que a horcajadas en la tapia lindera, le hablaba con un lenguaje que para ella, ave sencilla de claustro, sonaba a cosas inquietantes, sabía a mieles que ella jamás había gustado. Todo ese lenguaje era tan dulce como una oración matinal, pero una oración dicha por los labios jóvenes de un hombre que sabía decir tan adorablemente todas esas invenciones. Los diálogos aquellos se tenían que desarrollar a la distancia, porque el ro-

sal, que las monjas llamaban el rosal de la Inmaculada, porque en él había una imagen de la Virgen, les prohibía acercarse. Esto quizá influía aun más en el interés de ambos. La Superiora, religiosa al fin, no me contó ciertos detalles, los que precedieron al drama, pero yo me los imagino o más bien, los deduzco de las medias palabras que me contó la monjita.

—No los escatimes.

—Se supone que en noches de primavera, a la luz de la luna, cuando las rosas tenían más perfumes y los cálices de éstas, mieles más puras y ardientes, los enamorados se veían, charlaban en el silencio, se decían mil cosas que sólo ellos oyeron. Cuenta la Superiora que por aquel entonces la novicia, empezó a enflaquecer, a sentir insomnios, a quedarse mayor tiempo en oración. “¡Huye conmigo!—le decía el enamorado con sus palabras más tiernas.—Abandona el convento para que seas mía y para siempre.” La novicia entonces clamaba al cielo, a la Virgen, para que la ayudase en tan terrible tentación, y sólo rezaba y rezaba, mientras las palabras cálidas fluían de la boca amante. Cayó enferma, como vencida por una lucha horrenda, pero a los pocos días volvió al rosal. La primavera avanzaba, esa terrible cómplice de los que se aman, y en una de esas noches el enamorado le propuso una fuga. Era necesario que ella rompiera el cerco de rosas que le atajaba el paso “¡Ven, ven!”—le decía el amante con su voz más dulce, y ella pugnaba y pugnaba por romper aquella enrredadera tupida que a cada esfuerzo parecía estrecharla más y más... Gotas de sangre manaban de sus brazos, de todo su cuerpo inmaculado de novicia, y manchaban las rosas y éstas estrechaban más su cerco, como defendiéndola de un peligro.

La novicia hacía nuevos esfuerzos estériles, y ya sentía que su aliento faltaba y que de su cuerpo corrían arroyos de sangre que amenazaban manchar todo el rosal, correr por la tierra, embeberse en élla, como en arena ardiente. Y la voz del enamorado gemía siempre “¡Ven, ven amada mía!”, y ella hacía nuevos esfuerzos a costa de su sangre, que parecía vaciarse como de un cántaro trizado...

Y la lucha duró toda la noche, a la luz de la luna, hasta la mañana siguiente en que encontraron a la novicia agonizante, presa en aquel cerco de rosas, que al ser tocado por las monjas, se entreabrió dulcemente, entregando aquel cuerpo exangüe a sus celosas cuidadoras...

Padre Antonio tiene los labios apretados y parece elevar al cielo una oración. Poco a poco se ha acercado a las rosas y coge algunas con sus dedos...

—¿Y el final?

—Muy sencillo. Poco duró la vida de la novicia, dos o tres años más, que los consagró a la penitencia, durmiendo todas las noches en un lecho de espinas que recogía en el mismo rosal del convento, que una noche inolvidable la salvo, redimiéndola para siempre. Dice la Superiora que poco antes de morir la novicia, que ya era monja profesa, ésta le dijo que esa noche en medio de su angustia, vió que los dedos de la Virgen cogían las guías más espinosas y las ponían a su paso murmurando como una oración... Sor María de la Inmaculada Concepción, murió en olor de santidad, y el rosal del convento, empezó a dar rosas manchadas de sangre, como estas que ahora ves, ejemplares rarísimos y exquisitos, corolas rociadas con la sangre de una santa...

—Y el seductor, ¿qué fué de él?—preguntó mi amigo.

—Calla,—le respondí en voz baja, mirando a Padre Antonio...

—Entonces, ¿él...?

—Se conmueve profundamente cuando oye la historia, que conoce mejor que nosotros...

Padre Antonio había cogido febrilmente el manojito de rosas, y las deshojaba, apretándolas contra sus labios, que hacía temblar un sollozo profundo y resignado...

Marzo de 1918.

## SON CELOS

*Salón de baile. Solange y Enrique se encuentran entre todas las parejas. Una de las orquestas acaba de tocar un shimmy, y otra empieza, lánguida y amorosamente, la popular canción titulada: "Son Celos". Aquellas notas penetrantes parecen enardecer los espíritus.*

Solange.—¿Oye Ud., Enrique? Tocan "Son Celos", su canción favorita:

"Me daba vergüenza decirlo y callarlo,  
Pero hoy ya no puedo ni debo ocultarlo..."

Enrique.—La oigo, Solange. Pero no sé qué velada intención adivino en sus palabras. ¿Por qué mi canción favorita...?

*Sol.—Porque es Ud. horriblemente celoso, y lo que es peor, oculta sus celos. Esta frase musical, corresponde a esta letra:*

“Perdóname, hijito, no intento ofenderte,  
Sin duda exaltada de tanto quererte,  
Estuve un momento dudando de tí,  
Ya vez, y qué tonta, y cómo sufrí!...

Enr.—¡ Ah! ¿ Alude Ud. a lo del año pasado? Comprendido... .

Sol.—Sí, el año pasado, yo; ahora Ud. ¡ Todo se paga!

Enr.—Pero lo que Ud. hace ahora es estudiado: es una vulgar venganza por lo otro.

Sol.—Y si lo fuera, ¡ qué justa, qué sabrosamente justa!

Enr.—(*Con ironía y ánimo de humillarla*). ¿ Tanto sufrió usted?

Sol.—Mucho, y no lo oculto. No tendría por qué ocultarlo, cuando Ud. lo supo, y se gozaba con saberlo, y resolvía en mi herida.

Enr.—Nó, eso nó. Eso nunca. Pudo ser un devaneo, pero todo no pasó de eso.

Sol.—¡ Un devaneo! ¡ Qué fina palabra escoge Ud. para calificar su acción! Fué todo estudiado, para castigar mi orgullo. Si hubiese yo visto sinceridad en todo lo suyo; que su maldad, era maldad a pesar de Ud. mismo, lo habría perdonado, habría olvidado por lo menos, pero las circunstancias fueron agravantes, estaban tondas en contra suya. ¿ No recuerda Ud?

Enr.—Aquella mujer, a quien alude Ud. no me interesó nunca.

Sol.—Si fuese verdad eso, peor todavía...

Enr.—Me ofende Ud. suponiéndome un veleta y un fanfarrón...

Sol.—Oiga Ud., que ahora dice el estribillo con música y todo:

“No, no, no te enfades, si no estoy celosa,  
¿No ves como río? ¿No ves como río?  
Te veo a mi lado y soy muy dichosa,  
Llamándote mío, llamándote mío...”

Así también lo decía yo no hace mucho tiempo, y Ud. reía; Ud. se divertía viéndome sufrir.

Enr.—¡Maldita orquesta que no calla! ¿Va Ud. a glosar toda la canción? Se mortifica Ud. porque quiere. Y me mortifica gratiutamente...

Sol.—Sí, sufrí, mucho, como jamás había sufrido en mi vida...

Enr.—Sol, no te tortures, por favor...

Sol.—No me trate Ud. de tú, que me parece que ese tratamiento, trae a mi recuerdo otros días, los crueles días de su traición.

Enr.—¡Palabras! ¡Palabras!

Sol.—¡Hechos! ¡Hechos! Recuerde Ud. En varias cartas me decía Ud. lo mismo, que yo convenciese a mi padre para que me llevase a Viña, que Ud. no podía abandonar sus quehaceres. No se qué me avisaba el corazón; no sabía qué era lo que pasaba entonces. Quizás las extrelíneas de esas cartas emanaban ya un aliento de traición negra. Pero Ud. insistía siempre, como Ud. sabe insistir, con algo de súplica infantil, con un no sé qué de ternura, que parece no ser suya, porque de todo tendrá Ud. menos de hombre que sepa sentir ternura.

Enr.— Mi insistencia era sincera. La echaba a Ud. de menos. Ud. sabe que tuve que marcharme de su lado

antes del tiempo que yo había dispuesto. Mi última carta, fué seis días antes de su llegada...

Sol.—¿Y en seis días pasó todo lo que pasó? Tenía Ud. mucha prisa. Es casi imposible suponerlo. ¿De dónde salió ella? Jamás Ud. me habló de ella

Enr.—No la conocía. La conocí, precisamente aquella tarde cuando eché al correo aquella última carta en que decía a Ud. que convenciese a su señor padre para que fuesen a Viña.

Sol.—Hasta donde llega su sinceridad, Enrique?

Enr.—Va Ud. a verlo, Solange. Lo recuerdo todo perfectamente, y al pensar en ello, me parece un sueño, una cosa vivida fuera de esta vida misma. Marchaba sólo aquella tarde, fatigado de una pesada labor del día. De improviso alzo la vista, y ella, frente a mí. Me mira; la miro. Era... No se como era... pero la sigo... Anduve mucho. ¿A dónde iba aquella mujer? No sé... Se detiene junto a la playa. Como el día era un poco frío, el paseo, de ordinario, tan concurrido, estaba solo aquella tarde. Me acerco a ella. Busco un pretexto para hablarla. Supe que era argentina, que había venido a veranear a nuestras playas, y nos hicimos amigos. Era viuda. Treinta años. Y nos vimos todos los días... Un golpe de sangre, Solange, uno de esos malos golpes que tenemos los hombres, del cual me ví libre cuando ella me dijo adiós, cuando partió de nuevo allende los Andes... De todo eso, sólo un recuerdo, un recuerdo que me hace mucho daño, que me pone muy triste...

Sol.—¿Qué recuerdo es ese?...

Enr.—Aquella mirada suya de reproche, cuando nos vimos por primera vez en la playa, cuando Ud. me vió con ella... Y después de esa mirada, la impresión de su rostro, un rostro como perdido, un rostro que miraba hacia

aquel cielo de tarde, desolado, como si preguntase algo horrible hacia lo alto...

(*La orquesta, en ese instante ataca la frase musical de la canción que dice:*)

“No puedo negarlo, lo estoy, sí que quieres!...  
 Paréceme verte entre otras mujeres,  
 Que a fuerza de mimos melosos y sabios,  
 Me roban la vida que bebo en tus labios.  
 Y cierro los ojos temiendo ver más.  
 ¿Por qué no me dices que nunca lo harás...?”

Sol.—(*Después de una pausa, en la cual oyen el estribillo de la canción, que el violoncelo, rima como un lamento de amor*). Y sabiendo todo eso, adivinando en mí todo ese horrible drama, ¿no me dijo Ud. nada, y me dejó sola, expuesta a las miles de preguntas que me hacían mis buenas amigas respecto a su desvío...?

Enr.—Mi propia falta, me daba una especie de rabia, provocaba en mí una especie de crueldad exacerbada por la situación, y seguía impávido, como si durmiese un mal sueño. Digo sueño cuando aquella noche y otras no dormí, pensando siempre en aquel rostro suyo que en la playa interrogaba al cielo.

Sol.—Imagínese Ud. mi estado de ánimo. Fué primero una nerviosidad intensa. Luego un decaimiento, luego un no saber qué pasaba a mi lado. Me parecía que caminaba por encima de la tierra, pero con un peso enorme, mi dolor auestas, mi desengaño insoportable que me agobiaba.

Enr.—Le diré a Ud. todo, para que entre nosotros no quede secreto alguno. Luego que dejé a esa mujer... Sí, a “esa mujer”, que nada ha significado en mi vida, como no sea una curiosidad malsana... fuí hacia su casa

de Ud., a aquel jardín, por entre cuya reja, en noches de verano, tantas veces charlábamos sintiendo el aroma de las cinerarias. Miré su ventana... Cerrada. Pero había luz adentro. ¡Oh! Si ella se asomase—pensé— la llamaría, la hablaría, para explicar mi actitud. Y Ud. abrió los postigos, y sacó todo el busto fuera del balcón. Me pareció que buscaba Ud. un poco de aire que faltaba en la alcoba. Pero mis labios callaron, y mis piernas empezaron a temblar, y no me atreví a moverme. Ud. estuvo algún rato en aquella posición, como si me hubiese visto, fija la mirada en el sitio en que yo estaba...

Sol.—Fijaba un recuerdo, sencillamente, el recuerdo de otros buenos días, y mis ojos iban hacia el sitio amado de aquella reja.

Enr.—Y me fuí, como sonámbulo, pero no a casa, a la de la otra, como si tratase de ahogar con un nuevo pecado, la pesadumbre de mi pecado.

Sol.—¡Ud. a casa de la otra! ¡Y yo qué noche! Dios mío! Fué al principio como una desesperación y después de haber estado mucho rato con excitación febril, me senté en la cama. Hice un esfuerzo, recapacité, y me dije, así: "El me ha hecho una traición horrible, la más horrible de todas, y no debo ser una imbécil en afligirme, y no debo afligirme". Y ¿sabe Ud? Me sugestioné, y secándome las últimas lágrimas que había derramado, busqué el sitio más fresco de la almohada, y el sueño reparador me cogió poco a poco. Al siguiente día, mi cuerpo cayó en una laxitud infinita, y cuando leí su carta, su famosa carta, en la cual Ud. me decía: "A pesar de todo la amo a Ud... Es Ud. a quien amo yo solamente... Perdone mi locura, mi terrible locura..."—pensé que en realidad debía Ud. estar loco, y tuve valor para enviarle aquellas flores, como otras veces lo hacía.

Enr.—Que me hicieron mucho mal, por el contraste que suponía su delicadeza con mi corazón, y por aquel adiós dulce, resignado, por aquel perdón que Ud. supo poner entre las frescura de aquellas rosas.

Sol.—Lo que le prueba a Ud. que yo no sentía celos, sino una pena infinita al sentirme traicionada.

Enr.—Y yo los siento ahora, ¿verdad? Eso me quiere Ud. decir? Sí, es verdad, los siento con toda la fuerza de que soy capaz, con toda la fuerza y la pasión con que siempre he tomado todas las cosas de la vida. Cuando supe por primera vez que Ud. tenía un flirt, dudé, supuse que eran chismecillos de salón, cosas que se dicen, nada más, pero cuando me convencí de la verdad, de los hechos, ya fué distinto.

Sol.—¿Pensó Ud. matar? ¿No es verdad? Los hombres, sienten siempre lo mismo: matar cuando aman y matar cuando no aman...

Enr.—No sé lo que sentí. Pero fueron también noches insoportables, con ese fantasma delante de mí, como un peso que me ahogaba, que lo llevaba en el pecho. Cuando encontraba a ese hombre por la calle, lo hubiese querido abofetear, despedazarlo, pero me acordaba de Ud. que había de ser la primera en gozar con este sufrimiento mío... Ríe Ud. y ríe con razón de mis locuras...

Sol.—¡No, gozo con los compases de esta canción. Oiga Ud. Qué bien rima el violoncelo el estribillo:

“Y cierro los ojos temiendo ver más...

Por qué no me dices que nunca lo harás?...

Enr.—Eso, y cerraba los ojos en mis noches insomnes, y siempre esa duda, ese pensar que era a otro a quien Ud. amaba, a otro a quien había de decir Ud. lo que sus la-

bios a mí me habían dicho. Y salía a la calle a altas horas de la noche, y andaba, andaba, hasta cansarme, hasta que mis piernas ya no podían más, y me sentaba en un banco cualquiera, y ahí me estaba muchas veces hasta que me sorprendían las luces del alba. Y regresaba a casa, rendido, derrotado, y me asustaba yo mismo al ver en el espejo de mi alcoba mi rostro que era una pobre máscara de condenado.

Sol.—Tenía Ud. siquiera ese consuelo, el poder cultivar su pasión malsana, el poder dar rienda suelta a sus sentimientos, mientras que yo, me llevaba a la soledad de mi alcoba todas mis desilusiones y toda mis amarguras para morderlas contra mi almohada.

Enr.—Cuando fuí invitado a este baile, dudé si venir o nó. Pero algo me impulsaba a venir, quizás ese raro instinto de la crueldad aunque sea ejercida en contra de nosotros mismos. Y vine, y la ví a Ud. danzar toda la noche, hasta este momento, con aquel hombre. Varias veces tuve la intención de acercarme a Ud., pero podía más mi orgullo, mi vanidad herida, mi amor propio mortificado. Y lo más curioso del caso, es que pensaba que nada había en mi conducta que pudiera ser censurable ante Ud.

Sol.—Y su acción pasada, ¿no contaba para nada en usted?

Enr.—Tan poca importancia le daba, tan poca significación ha tenido en mi vida sentimental, que me parecía que no había existido. Con decirle a Ud. que me he dado cuenta de ella, no por ella misma, sino por las consecuencias que me ha acarreado ante Ud.

Sol.—Su instinto ahogaba en Ud. entonces su reflexión?

Enr.—No lo sé, pero es el caso que nada me parece que hay en la vida después de Ud.

Sol.—¡Comedia!

Enr.—¡Drama, en este caso!

Sol.—Que aún no ha tenido desenlace.

Enr.—Pero todavía queda tiempo para que lo tenga.

Sol.—Siempre que no sea calderoniano...

Enr.—Sabe Dios de que género será.

Sol.—¿Es una amenaza?

Enr.—Es un temor a perder lo que más he querido sobre la tierra... (*Enrique se muerde los labios, tiembla su barbilla, y se diría que una leve humedad ha pasado por sus ojos*). Sí, no miento, como jamás he mentado, porque he sido sincero hasta dentro de mi propia falta...

(*La voz tiene una sombra de profunda pena, que conmueve a Solange, quien mira a Enrique, y se acerca más a él, diciéndole muy bajito, temiendo ser oída por las parejas que circulan a su alrededor*).

Sol.—No sé ya qué pensar de tí, si me dices la verdad o si me engañas, pero sea cual fuese tu pensamiento, necesito perdonarte, porque de otra manera me parecería que me faltaba algo. Así soy yo, así somos casi todas las mujeres.

Enr.—Eres la bondad...

Sol.—Soy más que eso quizás; soy en amor, el perdón, el eterno perdón, que en esta vida parece que fuese el amor mismo. ¿No oyes ya la canción?... La orquesta, como fatigada, la murmura en sordina:

“Me daba vergüenza decirlo y callarlo,

“Pero hoy ya no puedo ni debo ocultarlo...

Enr.—Sí, me has dicho tú todo lo que has sufrido; te he dicho yo también todo lo que por tí sufrí...

Sol.—Y como han hablado los corazones, sin malicias, con noble franqueza, como quien dice de palpitación a palpitación, vuelve el amor... ya todo pasó, todo!... Y entona ahora conmigo, muy bajito, los últimos dos versos del apasionado estribillo:

“Te veo a mi lado y soy muy dichosa,  
“¡Llamándote mío... Llamándote mío...!”

*Terminan los violines, como una queja de amor y de pena, que ahoga el susurro de las sedas y el blando aletargo de los abanicos.*

# LA TRISTEZA DE AMAR

## I

Inquieto esperaba, Oscar Monteverde, en la Plaza Sotomayor de Valparaíso. Era la primera cita que tendría con aquella mujer a quien sólo conocía por cartas; que le había enviado su retrato, que se manifestaba como una gran admiradora del pintor retratista.

El ir y venir de la gente que entraba y salía del correo, de la que también iba a esperar los trenes a la estación del puerto, solía entretenerlo, pero volvía luego a su preocupación. Un sol de principios de estío, ponía gloria de luz en todo, hasta cegar. La brisa del mar, de tiempo en tiempo refrescaba el aire, gratamente. Había ido a Valparaíso, casi exclusivamente por conocerla. "Me esperará Ud. en la Plaza Sotomayor; me reconocerá Ud. por una flor que yo llevaré prendida al pecho. Yo le conozco a Ud., así es que de su parte no hay necesidad de señal alguna. Tomaremos un tren o un tranvía para Viña y en aquel sitio hablaremos".

Habían convenido a las diez, y ya la hora se había pasado. Oh! Qué angustioso era esperar a una mujer, pe-

ro angustia con un fondo agradable, tanto más cuanto que todo en aquella cita sería una sorpresa. De improviso, por entre un grupo de personas que salían del correo, una mujer que llevaba al pecho una flor. No era exacta al retrato conocido por él, pero era ella, que le había reconocido. Los hombres la miraban codiciosos. Esto halagó al pintor en su vanidad de hombre preferido.

Subió ella a un tren local que pronto partiría para Viña del Mar, y él la siguió, constatando que tenía una pierna de línea delicada. Lucy, como ella firmaba sus cartas, ya instalada, le indicó con franqueza que se sentase a su lado.

La miró a la cara, la observó atentamente: ojos oscuros, profundos, cálidos. Boca pequeña, de labios frescos, muy rojos, sensuales, pero sin exageración. Cuando sonreía, aquel rostro un poco altanero y displicente, se iluminaba con luz que parecía brotar de la dentadura pareja, cuidada, en la cual había un puntito de oro al extremo de un agudo colmillo. Era guapa, en una palabra, con guapeza morena y fuerte. Cuerpo erguido, de alto pecho; tez morena, punteada de lunares pequeños, que ponían en el rostro como graciosas salpicaduras de pimienta.

Charlaron al principio de cosas vagas, indiferentes. Puesto el tren en marcha, pudieran hablar con más libertad.

—Hasta dónde vamos?—preguntó el joven.

—Hasta la estación vecina.

—Y cuando volveremos a vernos?

—Ya no nos veremos más.

—Por qué?

—Porque será mejor así. No cree Ud. que si nos conociéramos demasiado, el ideal, la ilusión se podría rom-

per? Si, alejémonos de nuevo; que llevemos, Ud., y yo, el recuerdo de este instante... nada más...

—Entonces, este viaje mío por conocerla, únicamente por conocerla, va a terminar así...?

—Si, es mejor que termine así...

Estaba roja; azorada. Lo miraba por instantes a los ojos y luego dirigía su vista al camino. De tiempo en tiempo, entraba por una ventanilla suave brisa de mar, que refrescaba el ambiente bochornoso del vagón.

—Yo me resigno a lo que Ud. diga... Ah!... pero, cómo se llama Ud? Porque yo solamente la conozco por su pseudónimo...

—En una carta se lo decía...

—El nombre, si, Lucía... pero, qué más?

Sonrió ella maliciosamente, y le dijo:

—Lucía D'Abril, de... Quiere Ud. saberlo todo?

—¡Todo!—acentuó tristemente Monteverde.

—Bueno, de... lo que Ud. quiera...

—Entonces es Ud...

—También se lo dije en una carta...

—Ah! Si... Qué imbécil soy! En fin... Vamos a llegar... No quiere Ud. verme más?

—No!...

—Recuerda lo que le dije yo también respecto a nuestra amistad?

Ella le respondió lentamente:

—Ud. convence cuando dice ciertas cosas. Su filosofía, en ese sentido es peligrosa...

—Pero le gusta a Ud. mi escuela filosófica...?

—No sé... pero la temo.

Monteverde guardó silencio, disgustado. Después de un momento, insistió, dulcemente, en tono de súplica.

—Lucy... Yo quiero verla una vez más... Muchas veces más... Mi vida es triste, créamelo Ud., triste. No tengo otro consuelo que el arte. Soy un hombre desencantado, aunque no lo parezco, y esta ilusión, era mi novela para no morirme de tedio entre mis pinceles y mis pastas.

—Sufre Ud?... ¡Y es Ud. un triunfador!

—La gloria es felicidad, cuando tiene por premio un corazón de mujer...

Ella lo miró al fondo de los ojos, como hacía un momento, con una mirada como si buscáse en el verde de las pupilas del pintor, la esmeralda de una esperanza, y le dijo:

—Pero donde nos vemos de nuevo...?

—Yo no sé... Donde Ud. quiera...

Pensó ella un momento:

—Yo le contaba en una de mis cartas, un paseo que hice con amigas...

—En el cual había pensado Ud. en mí...

Ella sonrió:

—Quizá... Está lejos de aquí el sitio... Se va en automóvil.

—Entonces allá... A qué hora? Cuando?

—Hoy, a las tres. Nos encontramos en el mismo sitio de hoy.

—Oh! Dios mío! Qué feliz me hace Ud!

Interrumpió el diálogo un amigo de Monteverde que venía en otro vagón. Era un tipo inocentón y pesado, que al verlo dió un grito y se le fué encima en forma de abrazo. Rápido el pintor, comprendió la situación, y presentó:

—Una amiga, discípula mía, artista pintora.

La conversación rodó fatigada y estúpida. Ya no les sería posible cruzar una palabra más en la intimidad.

El amigo le dijo:

—Yo no te deajo. Tu almuerzas hoy conmigo. Poco gusto que no va a tener mi mujer al verte!

—Perdona; tengo quehaceres, muy pronto.

—Nó y nó; tú te bajas aquí, con permiso de tu discípula; y lo cogió de un brazo arrastrándolo. Monteverde se resignó, y ella, rápida, viva, le dijo casi en secreto, en un movimiento de labios que el otro no vió:

—A las tres.

Este detalle, esta viveza, hizo que Monteverde sintiese por ella mayor simpatía, haciéndolo pensar con satisfacción:

—“Esta mujer tiene talento”; ¡Con cuánta tranquilidad se ama a una mujer así!

II

Puntual lo esperó a las tres en punto.

En Viña, tomaron un auto que se lanzó rápido por las avenidas hacia Reñaca. Al enfrentar a otros, ella se arreglaba el velillo del sombrero, subterfugio para esconder el rostro. Iba bien vestida, y este examen satisfizo al artista. Se lo dijo, a lo que ella respondió:

—Todo lo confecciono yo.

Llegaban al campo; luego cerca del mar. Monteverde guardaba respetuosa distancia, pero a cada movimiento del auto su brazo se juntaba al de ella, y este contacto se repitió muy amenudo. Habló él de arte, y ella le oía en silencio. El pintor observaba hacia adelante, sin querer mirarla a la cara. Veía de reojo sus dientes que blanqueaban al través del velillo, los labios rojos y húmedos, muy húmedos, mordidos de tiempo en tiempo.



—Cuando pienso que lo que hacemos es de una audacia inconcebible, me entran temblores... —apuntó Lucy.

—Oh! Qué buena es Ud. conmigo... Cómo agradecerles este sacrificio!

—Calle Ud...

—Ha reparado en el tratamiento que nos damos?... *de usted*. Y en nuestras cartas nos tratábamos de tú.

—Y fuí yo la primera que lo hice. Qué pensaría Ud. de mi?

—Pensé que Ud. me hacía muy feliz... Ya vendrá de nuevo el *tú* a nosotros, a sorprendernos dulcemente. Y agregó:

—Vive Ud. en el pueblo vecino?

—Sí...

—Hace muchos años que...

—Varios. Fuí dueña de casa cuando era demasiado chiquilla... La vida no debe ser así... Me adoran; pero hay en mi alma una nostalgia de ilusiones sin nombre... Me considero casi feliz, pero hay horas...

—La vida es eterno desear de lo que no se tiene, y por lo tanto es tristeza, dulce tristeza de amar. Pero Ud. ha de ser admirada, por muchos. Ha de vivir entre una corte de admiradores...

Lo miró ella entonces, fugazmente a los ojos, y le dijo con deliciosa franqueza:

—Sí, quizá... pero hay tan pocos que tengan como yo la chifladura del sentimentalismo. Además, soy exigente...

El chauffer les dijo:

—El camino sólo llega hasta aquí. Volvemos?

Ella advirtió:

—Es ahí, ese bosquecillo de pinos...

—Espérame—dijo el pintor al chauffer, y descendieron buscando por entre los alambrados, una entrala al bosquecillo, porque aquello parecía ser una posesión particular. Olía a pinos y a brisa marina.

Monteverde, despejándose de la americana, la tendió en el suelo para que ella se sentase más cómodamente.

—Sopla brisa fresca. ¡Qué grato!—dijo el pintor anotando este detalle de chala vulgar, para abrirse la puerta a discreto más íntimo.

Ambos se sacaron los guantes, y esto hizo sonreír a Monteverde, por la coincidencia de pensamientos. Apuntó:

—Ya pensamos de la misma manera.

—O mejor dicho: ya coinciden nuestros pensamientos en un mismo punto,—y sonrió ella mirándolo fijamente...

—Nada hay tan dulcemente angustioso como una mirada de mujer en ciertos instantes. Ahora la suya, casi me ha hecho daño...

Hubo un silencio pesado, torpe, de espíritus que luchan para emprender juntos, en seguida, un vuelo largo y libre, sin poderlo conseguir. El artista comprendió que un momento más de timidez, sería censurable y tonto en ese instante y dijo de improviso, con tono de dulce mandato:

—Deme Ud. la mano...

Lo miró ella sorprendida, y como obedeciéndole contra su voluntad, pero ante la lentitud de la obediencia, insistió Monteverde con absoluta tranquilidad y firmeza:

—No quero yo cogerle la mano. Sería invadir una voluntad. Quiero que Ud. me pase la mano... Se lo ruego!...

Y antes de terminar la frase, sintió que una mano de ella caía flácida sobre la suya y con la otra se arreglaba un detalle del velo para disimular inquietud y fingir in-

conciencia de la acción. Le dijo él entonces a media voz, con cálida entonación de actor de teatro:

—Tiene Ud. la mano helada... Mano adorable, Lucy—y muy lentamente la llevó a sus labios, besándola primero en el dorso, luego en la palma y por último en la yema de los dedos. Ella tenía la vista fija en un punto distante e indeterminado.

—¿Qué mira Ud?—le preguntó él.

—No sé; algo que no veo, muy lejano e impreciso... Y Ud. qué mira?

—Yo no miro; siento...

—¿Qué siente?

—Una pena muy dulce que quisiera que no se terminase jamás.

—Pena de qué... por qué?...

—La pena y la tristeza del amor que pasa... que ha de pasar... y que no podemos retenerlo...

—Me encanta esa manera de hablar... que traduce con tanta precisión lo que yo a veces he pensado, sin haberse-lo dicho a nadie.

El pintor, acarició con delicadeza la mano que tenía entre las suyas, alzándola y juntando sus labios a la piel más delicada de la muñeca, en la cual la palpitación del pulso le trajo como un lejano eco del corazón de Lucy.

—Siento los latidos de su corazón en mis labios...

Los ojos cálidos, oscuros, se clavaron tenazmente en los suyos. El momento era propicio para insinuarle una súplica, y lo hizo:

—Estamos solos. La vida nos ha traído hasta aquí, alejándonos de todo y de todos. Seré franco, sincero. Quiero pedirle un beso.

—Nó.

—Por qué?

—Porque no, como los niños—pero al mismo tiempo empezó a alzarse el velillo con coquetería; sonrió un momento, se puso seria luego y palideciendo ligeramente, cerró los ojos y esperó, y los labios del artista se posaron suaves, casi cándidos, en aquellos otros que recibieron la caricia sin entreabrirse, casi inertes, como si hubiesen dormido para una eternidad. En medio del silencio que siguió, oyeron rumor de ramas a sus espaldas. Se volvieron rápidos, riendo en seguida con algazara, pues el susto de una posible sorpresa, lo había producido una vaca que los miraba fijamente con sus ojos dulces y grandes, como si les preguntara qué había entre ellos. Pronto, el buen animal, como satisfecho de la inspección, sacó la cabeza de la cerca y siguió paciando tranquilamente.

—Creía que era alguien—dijo ella.

—Yo también—respondió él.—Pequeñas inquietudes que dan mayor encanto al momento.

—¡Qué momento! ¡Cómo me juzgará Ud!...

—Me temía la pregunta, la misma que se hizo Ud. en una de sus cartas. Estas cosas no se juzgan: se sienten. Además, por qué esa preocupación del juicio mío respecto a nuestra situación? Las mujeres son perspicaces, sutiles, y ya Ud. se habrá formado concepto casi cabal de mí.

—Dice Ud. bien; casi cabal, pero ese *casi* me da miedo... Me da miedo Ud...

—Por qué?

—Por su misma discreción, por esta manera de afrontar las situaciones... por su misma delicadeza, peligrosa...

Monteverde se limitó a sonreír largamente, mirándola a plenos ojos. Y le dijo ella:

—Ve Ud? Esa misma sonrisa me desconcerta. No sé si tomarla como ironía o como burla...

—Como la tomase Ud. siempre resultaría en mi contra. Tómela como una sonrisa vulgar, nada más—y le cogió de nuevo las manos como si se tratase de una niña. Luego, ella dijo que era tarde ya, que debían irse, y al bajarse de nuevo el velillo que semi-alzado le daba un aire de favorita de serrallo, él le pidió con los ojos una última concesión. Ella miró largamente esas pupilas que suplicaban y entonces sus labios se entreabrieron en dulce abandono y pasión... Monteverde tembló por la primera vez.

Ya en el auto, de regreso, se trataron de tú, sin que ellos se dieran cuenta.

—Por qué no me dices nada?—le preguntó Lucy, ante el silencio prolongado del pintor.

—Estoy triste, con una tristeza muy particular. Es la misma tristeza que experimenté en mi niñez, una noche que oí una música lejana de acordeón en la calle, después de un día en que una amiguita de la infancia, me dijo que yo tenía los ojos claros y yo le había dicho que ella tenía los labios desabridos...

En una vuelta del camino apareció el mar, iluminado por el sol de la tarde, cuyos reflejos en la playa tenían tonalidades de seda lila desleídas entre pinceladas suaves de oro que se desvanecían en la arena oreada.

—Cuando una tarde pasé por aquí, pensando en tí, nunca me imaginé que volvería a ver este sitio en tu compañía...—le dijo ella.

—Quienes te acompañaban entonces?

—Unas amigas, unos amigos, y mi...

—Basta!...

—No seas malo!—y golpeó con ternura el dorso de la mano del artista, que en ese instante descansaba ingenuamente sobre sus finos muslos...

—Vamos a llegar a la ciudad—dijo él—así es que, antes, en el último...—y sintió en sus labios la sensación de la malla del velillo y una ráfaga cálida y dulce de aliento femenino...

—Cuando nos volveremos a ver, Lucy?

—Nos lo diremos por carta. Escíbeme adonde tú sabes—y al despedirse, en voz alta, le dijo él:

—Adiós, señora.—Y ella:

—Adiós...

Y el chauffer, sonrió maliciosamente...

### I I I

Aquella noche Lucy estaba nerviosa. Reía por todo; iba de un lado para otro, recorriendo todas las piezas de su casa sin saber lo que buscaba.

Una voz varonil, le preguntó desde una pieza que tenía la puerta entornada:

—No te acuestas? Van a dar las doce.

—Ya. Dispongo los quehaceres para mañana.

Entró a su alcoba. Encendió primero todas las luces; pero aquella claridad le pareció insultante. Apagó tres. Siempre había mucha claridad y dejó sólo la del lavabo. Se miró enseguida al espejo. ¡Qué rojos tenía los labios, como si hubiese mordido una fruta ácida! Los besos! Entreatrió la boca para mirarse los dientes. Impecables, parejos. Luego se dió polvos y se arregló con coquetería el pelo. Se encontraba mejor que nunca esa noche! De buenas ganas, no se acostaría, pensando que al no hacerlo, prolongaría las horas de aquel día. ¡Aquel día!—se repitió golpeando el mármol del lavabo con una horquilla y quedándose con la vista fija en un punto. Una arañita subía cautelosa por la porcelana del jarro del agua, y ella seguía y seguía, aquella ruta del

insectito, hasta que éste llegó a la sombra oscura de una rosa pintada y desapareció en ella.

Miró luego a todas partes: cuanta soledad y qué dulce esa soledad! El lecho blanco, la esperaba, entreabierto, albísimo con sus sábanas de encajes y sus fundas de grandes monogramas. La luz blanca, demasiado blanca, de la bombilla eléctrica, también la molestaba. La apagaría y encendería la pantalla roja de su velador. Oh! Qué dulce penumbra, de intimidad, de misterio adorable! Miró un cuadro pintado por ella y pensó con cierto rubor: "*El lo juzgaría como un mamarracho. El que pintaba esas cosas tan adorables: Oh! Si ella pintase algo parecido, siquiera para mostrárselo*". Descolgó el cuadro volviéndolo hacia la muralla. Quedó luego vacilando sin saber que hacer, en medio de la pieza. Luego se sacó el vestido y fué al ropero por una bata. De paso se dió un vistazo al espejo. Parecía más alta, así en combinación. Y ahora, qué hacer? Puso el oído atento a los ruidos. Profundo silencio. Todos dormían ya. De la calle llegaban rumores amortiguados por las cortinas. Qué será de la arañita? Bah! Tontería.

Ah! Una idea! Hermosa idea! La puso en práctica. Fué al ropero y del fondo de uno de los compartimentos interiores, sacó un atado de cartas que dejó sobre la cama. Echó luego llave a las puertas y se arrodilló a orillas del lecho, para leer. Seis, diez, veinte cartas... Leería la primera... Nó... la tercera, en la cual le comunicaban, la impresión que había causado su retrato. Leyó lentamente, modulando las palabras, esas frases que para ella tenían una música extraña, un dejo de melancolía que la encantaba, y a medida que leía, sus ojos iban rodeándose de puntitos irisados, como gotas de rocío iluminadas por sol de mañana, hasta que esos puntitos se reunían, y una gota grande y tibia caía al papel, humedeciendo y borrando

alguna palabra... Qué tonta! No lloraba? Y por qué? Si se sentía tan feliz!

Apoyó la cara sobre las cartas y quedó así un largo rato, como embriagada. Volvía la ronda de los recuerdos, los más lejanos, los más perdidos: Ella niña, allá en un pueblo de provincia. Su corazón que empieza a soñar las primeras locuras de amor; la luna de miel, la vida que se muestra tal cual, es el corazón que pide cariño; ansias secretas de no sabe qué. En seguida, los hombres que la cortejan, la vulgaridad aborrecible de todos aquellos hombres; el tedio de su alma; la tortura de sus sueños irrealizables, su espíritu artista que anhela ensueño y un día de improviso, en un viaje, un hombre que entra en el vagón, que la interesa. Pregunta por él, y resulta ser el artista que ella más admira, *su* artista... Y pasa un año pensando en él, viendo sus cuadros en casa de sus amigas, hasta que se decide a escribirle, como una admiradora.

Ah! La noche aquella que redactó esa carta, noche silenciosa y solitaria, como ésta. No encontraba qué escribir, con qué frases insinuarle para que no la juzgase mal, y le dice que ella también pinta, y que le admira desde lejos... Y, luego la espera inquieta de la respuesta, y la lectura de aquella carta, que leyó muchas veces, hasta aprenderla de memoria, y por último, la tercera de él, cuando le decía que la amaba, que amaba ya ese retrato pequeño e insinuante que era ella, ella... Sí, esta carta, ésta—modula Lucy recogiendo entre todas, el pedazo de papel arrugado y estrechándolo contra su corazón, imaginándose que era algo del alma de *su* artista, que ponía junto al calor de su carne de mujer enamorada.

—“Ei! Ei! Triste como yo, desencantado de la vida, también como yo!”

Y aquella noche, ya cuando el pálido resplandor de

ópalo se filtraba por las cortinas de su alcoba, despertó, viendo que se había dormido sobre las cartas adoradas. Una campanita distante que tocaba a la primera misa, la hizo rezar una oración, que pedía a Dios blandura para sus penas, felicidad para aquel imposible adorado...

## I V

Monteverde pinta aquella tarde en su taller. Está empeñado en terminar ese retrato que le pagarán espléndidamente. La modelo posa inquieta:

—Termina ya?

—Un momento más; no sea Ud. impaciente. Ya su flirt, sabrá esperarla. Algunos toques en los ojos. Son difíciles sus ojos. Míreme Ud!

La modelo, que es una mujer elegante y hermosa, ante la última frase, se levanta de su asiento, sin querer posar más. La broma de Monteverde, dicha en tono irónico, la ha herido sin saber por qué. Siente fastidio hacia ese artista, siempre ecuánime, que cuando dice una galantería, parece burlarse de lo que dice.

—No quiere Ud. que trabajemos más?

—Nó. Esperaré aquí, mientras pasa el calor; Ud. arregle lo que le parezca.

—Es Ud. una mimada insoportable!...

—Cómo?...

—Insoportable, pero adorable, Ana...

—Es decir, adorable para Ud?

—Adorable para todo el mundo, quizá también para mí.

—Ese quizá.

—Es miedo que tengo de que Ud. me parezca demasiado adorable...

—Por qué?

—No tiene Ud. derecho a preguntármelo!

Ana sintió frío y rabia. Ese hombre que corta siempre la conversación cuando quiere y ella que no puede tener calma en su presencia... Va de un rincón a otro. Parece buscar algo que le esconden.

—Qué busca Ud., Ana?

—Me extraña que una artista como Ud. no tenga en su taller, un retrato de mujer...

—Y todos esos pintados?

—No: me refiero a retratos que se tengan por otra intención que la artística. Como dicen que es Ud tan enamorado!

—La han engañado a Ud., miserablemente. Yo he querido muy pocas veces.

¡Qué deseos tiene ella de preguntarle a quien, pero no lo hace para que no traduzca su pregunta por celos, y qué humillación para ella sentirlos; para ella la mimada de todo el mundo, la que desdeña siempre, la que triunfa siempre! Si le dan deseos de sacar a ese hombre de su calma imperturbable, rompiendo la sombrilla de encajes en su cabeza! Y se sienta como abrumada, echando con desenfado la pierna arriba. Ve el pintor de reojo que la media de seda transparente una carnación mate y limpia, que aquel dibujo es fino y poderoso, pero finge trabajar. No la mirará. Esa mujer, como otras, como muchas, cuando empezaba su carrera, desdeñaron al muchacho que era poco conocido todavía; le hicieron sentir el frío de una superioridad estúpida, y sólo se acercaron a él, ya cuando era solicitado por todos, o por egoísmo o por decir que trataban con intimidad al afamado retratista.

Y a la verdad, aquella mujercita perfumada, elegantísima voluble y soñadora, le atraía con cierto secreto encanto que estimulaba muchas veces sus sentidos. Aquellos ojos grandes, febriles, de párpados delicados; aquel cuerpo fino y lleno, acariciaban dulcemente su visión de artista, pero no se doblegaría, no accedería a las coquetterías exageradas de esa cliente distinguida.

—Oiga, Oscar, no ha amado Ud. nunca?

—Sí, he amado, y amo. Tengo un amor de ensueño.

—Alguna aventurita.

—No me pregunte Ud. más.

—Y qué tipo femenino prefiere?

—No tengo predilección; me agradan todas las mujeres bonitas.

—Todas, quiere decir ninguna.

—Eso es: Por amarlas a todas, no amo a ninguna.

—Es Ud. un desencantado.

—Sí, pero un desencantado que ama siempre.

—No le comprendo.

—Ni falta que hace.

—Hombre hermético.

—No, Ana, hombre que sufre.

—Explíquese Ud.

—Verá. El amor es para mi una tristeza. Sufrí mucho en mis primeros años. Amé en silencio, sin ser correspondido. Luché por la vida, con todos los obstáculos. Vi intereses creados por todas partes, y esto hizo nacer en mi una tristeza infinita. Hoy día, cuando veo una mujer que me gusta, pienso en todo lo que ha de durara ese amor. Ilusión al principio, dulces sueños; los primeros besos, una locura; luego el desencanto: que todo es enteramente igual sólo con diferencias de matices; que la posesión de un sueño traerá siempre el tedio de la saciedad.

Ana lo miraba fijamente, como si sus párpados no fuesen a cerrarse jamás, y le dijo con modulación íntima y tierna:

—Dice Ud. cosas interesantes, pero muy desgarradoras...

—Las que siente mi corazón.

Puso ella el oído atento, a unos pasos que se aproximaban, lentos, y le dijo ansiosamente, como si esperase algo que debía solucionarse antes que ese rumor estuviese junto a ellos:

—Oscar... llega alguien...

Entonces el artista, levantó lentamente la cabecita de la odorable modelo y le dió un beso blando y triste, que ella recibió con los labios húmedos por una lágrima, y ante esa actitud pensativa y melancólica, le dijo con modulación de desencanto sonriente:

—Ve Ud. como el amor es triste?

Al despedirse, le advirtió seriamente:

—Vuelva mañana. Pintaremos algo más.

Y cuando al siguiente día volvió ella, y de nuevo se quedó sola con el pintor, trató de guiar la charla al recuerdo del día anterior, pero Monteverde asumió una actitud respetuosa, como si jamás entre él y élla, hubiese pasado nada. Con cierto despecho de mujer herida le dijo:

—Ayer cometí yo una ligereza que no me perdono...

—No fué Ud: fuí yo.

—Por qué?

—Porque creí ser feliz, y lo fuí; pero ahora sufro

—Pero con un dolor que talvez puede tener compensación...

—Comprendo lo que Ud. me quiere insinuar... Pero nó, imposible... Somos de distinta raza y tenemos otros ideales... Aquello será para mi una página más, del poe-

ma que todos secretamente escribimos... Acaso esa página se la he robado a Ud; perdone por eso; por todo.

—Qué hombre más extraño es Ud!

—Soy sincero, sencillamente.

—Y cruel...

—No...

—Si... Lo es... Conmigo.

—No me ha contado Ud. alguna vez que uno de sus gustos preferidos es jugar con el amor?

—Si...

—Pues, al hacerlo, imagínese cuantos corazones de hombre no habrá despedazado Ud!

—De los cuales es Ud. el vengador...

—No... Lo es la vida y sus compensaciones...

—Recuerdo en este instante, la primera vez que le conocí. Fué una noche de teatro. Estaba Ud. en una butaca junto a mi palco...

—Y yo, recuerdo mejor aún; yo la miré porque la adoraba en silencio, porque me parecía que alcanzar una mirada suya era llegar al cielo... Y Ud., con sus amigos se burló de mí, y me hizo desprecios y fuí su hazmereir...

—Pero, entonces era yo una niña...

—Y yo un niño... Pues bien, ese niño fué el que ayer juntó sus labios a los suyos imaginándose que Ud. era siempre aquella... El hombre de hoy la adora, pero en el recuerdo...

—Hagamos las paces... Seremos amigos...

—Si, hagámoslas...

Y el artista besó con ternura, a la modelo que se iba, las palmas de sus manos.

—Nos veremos?

—Si la vida quiere.

.....

Fatigado de pintar se tendió en un diván, encendió un cigarrillo y miró sus cuadros.

—“Dicen que soy un buen pintor, ahora; que recuerdo no sé a quien!...”

Buen pintor. ¡Ahora! En realidad, estaba convencido que pintaba mejor antes, pero antes nadie lo conocía y muchas veces hubo que hacer largas antesalas para vender un cuadro por un precio ridículo. Oh! Las amarguras de aquellos tiempos: el sufrir pensando que muchos que valían menos que él, figuraban, eran respetados, bien pagados y hasta enalzados por sus estupideces. Pensar que su gloria empezó por casualidad. Un día una gran artista de teatro, extranjera, lo vió en un salón, se enamoró de él, del hombre, y para tener ocasión de tratarlo, le encomendó un retrato que pintó con el desaliento más grande de su vida, y esa obra hecha casi por fuerza, sin cariño, gustó, entusiasmó, se le buscaron cualidades, se la juzgó hasta genial, y de la noche a la mañana se sintió agasajado por todos aquellos que querían hacer méritos a los ojos de la célebre estrella.

Oh! Qué cosa tan cómica era a veces la humanidad!

—Luche Ud; luche Ud! Decía siempre a los que se presentaban a su taller en busca de una ayuda. La vida es de los fuertes que saben amarla, pero luego recapitaba, juzgando que había dicho una estupidez. ¡Cuántos había en la vida, felices y triunfadores que no habían luchado, ni tenían talento, sino que habían subido porque sí, por una casualidad. Como él, por una casualidad! Porque a no dudar que había muchos que tenían más talento que él, y ¿por qué no triunfaban? Por falta de pequeñísimos detalles que reunidos concurren al éxito. Oh!, que amargo era pensar en todo esto!

Se quemaba los dedos ya con el cigarrillo. De imprevisto, dió un salto. No se había acordado de lo principal. Esa tarde debía tomar el tren para la cita definitiva con Lucy. ¡Lucy! Había llegado a amarla; había ella conseguido hacer vibrar su alma y su cuerpo.

Recordó la última vez que la vió. Hora cálida e inolvidable! Y ya sentado comodamente en el vagón que lo llevaba de nuevo a ella, hizo recuerdos. Se juntaron aquella tarde en la misma avenida de otras veces. Habían intimado más, se conocían más también... Ella siempre con un poco de timidez, que en una de sus cartas le había explicado: "Tienes tú, a veces, unas maneras y unas frases que me desorientan, que hielan, entre tú y yo, todo lazo de intimidad. Quiero que seas conmigo distinto a como eres con los demás, como tuve ocasión de comprobarlo, la vez cuando te encontraste con aquel amigo en el tren. Estoy acostumbrada a que me mimen siempre..."— terminaba con intención infantil.

Apenas estuvieron en el auto se cogieron de las manos. El le habló de su hastio, de cosas tristes, y ello lo hizo callar diciéndole: "Hablemos de nosotros!" Y llegaron al sitio que habían elegido aquella vez.

Y aquellos instantes le parecían al artista de un aturdimiento delicioso, como muy pocos había tenido en su vida.

—Nó—le decía ella—eres muy práctico en estas huídas. Lo revelas en tu manera, en tu modo de conducirte, fruto de un profundo conocimiento del corazón femenino.

Pero él negaba, y con razón. Era la verdad que creía conocer algo la psicología de la mujer, pero sin ir más allá.

—Nó, nó,—insistía Lucy—y le apretaba dulcemente las manos queriendo retenerle junto a ella para toda la vida!

Descendieron frente a una casita de labradores.

Pidamos agua y descanso—le recomendó ella, y las gentes sencillas se los dieron y el pintor dió dinero a dos muchachos sucios que los miraban curiosos y se resistían a recibir la dádiva.

Luego se internaron en la posesión campesina, buscando soledad. Un penetrante y dulce olor a pastizales recién regados, los invadió. La tierra de cultivo estaba blanda por el riego y tenían que hacer milagros de marcha para sortear los pequeños pantanos, hundiendo a veces los pies hasta los tobillos. Se sentaron entre el herbazal.

—El paisaje, no es muy hermoso como para pintarlo; pero ya se sabe que la belleza de él depende de nuestro estado de alma, le dijo el pintor.

Por el camino, que divisaban por sobre los sembrados y los afalfaes, pasaban automóviles, que por sobre la verdura, apenas mostraban sus toldos empolvados, como caparazones de insectos que saliesen de una cueva. Ella se ocultaba al paso de ellos por precaución.

—Será la última vez que nos veamos?

—Si—le respondió ella.—No dices tú que te vas?

—Entonces... Y la miró acariciándola con sus ojos, indicándole discretamente un deseo. Lucy se alzó el velillo, dejando libres los labios, que humedecía con la lengua varias veces, con coquetería. Y fué un beso largo, de infinito abandono que hizo crujir los dientes y que en su amistad no conocían. Monteverde abrió los ojos y vió los de ellas velados por las negras y rizadas pestañas, entre las cuales, la pupila, como muerta, nadaba semejando un filete finísimo de luna nueva muy pálida engastada entre los párpados ligeramente violados.

—Lucy!...

—Oscar!...

Luego él murmuró algo, sintiendo los ojos humedecidos.

—Oscar!... Nó... Nó...—le dijo ella suplicándole piedad. Y él, como en un renunciamiento de todo su ser, lloró sobre el hombro de Lucy, como un niño...

Al regreso, Oscar venía más desolado que nunca. Ella lo mimaba con palabras de esperanza, tomándole las manos como a un niño pequeño. Luego el pintor habló mucho, mucho, como para aturdirse, pero a cada instante parecían punzar su alma agudamente el recuerdo de aquel beso de profundo abandono, que no olvidaría jamás en su vida.

Y se dejaron de ver, por mucho tiempo. Se escribieron a menudo. En una de sus cartas ella le decía: "Antes, cuando te escribía, trataba de hacerlo con cierta cruel coquetería. Ahora no puedo, aunque lo intente. Te has sabido adueñar de mi corazón que sólo vive para tí."—Y le agregaba en otro párrafo: "Nunca olvidaré la expresión de tus ojos aquella tarde, más claros que otras veces, con un color que jamás les había visto, y tan tristes, tan dulcemente desolados. ¡Cuánto quiero yo tus ojos, amor mío!"

¡Amor mío! Qué dos palabras tan sencillas y con un mundo de elocuencia! Las leyó muchas veces, repitiéndolas con el tono con que élla las diría.

"Que nuestro amor sea tan sólo una cadena espiritual de ternuras soñadas. Que la materia no nos traicione jamás, porque mataría todo ideal, todo consuelo, secando para siempre la fuente del cariño", le había escrito élla no ha mucho.

Pero Lucy, a instancias reiteradas de él, había consentido en verlo una vez más, y esa vez sería el final de ese cruel poema de ansias, largo tiempo estimuladas.

Monteverde se durmió en su asiento, mecido por los recuerdos. Cuando despertó, la campana de la locomotora

anunciaba la llegada. Se inquietó, miró a los pasajeros adormilados como él, y luego bajó en la estación.

Finales de otoño. Silencio adormecedor en el aire. Por las avenidas, temblando las últimas hojas amarillas.

Lucy, lo esperaría a las tres. Todo estaba combinado, sitio seguro, discreto, casi una tumba.

¡Una tumba!, se repitió Monteverde, agregando: Tumba también de esperanzas, de ilusiones, final de un poema... Quizá final de una vida...

—Nó,—se dijo, deteniéndose de improviso, arrugando el ceño, y dió fuerte con el bastón en la tierra húmeda, y se quedó con la vista fija, viendo como con la contera de la caña había transpasado una hoja amarilla que tenía la forma de un corazón...

## V

En la pequeña pieza, que al través de sus visillos dejaba pasar tamizada la triste claridad del día, Lucy, hacía mucho rato que esperaba inquieta. Tres o cuatro veces, se había mirado a su espejito de bolsillo. Estaba intensamente pálida, sin conciencia, casi desvanecida. Sus pies la habían llevado hasta ahí sin que ella se diese cuenta de sus actos. No había querido quitarse el sombrero, porque si él no venía... Había contado todos los ramos de flores del papel; había observado minuciosamente, todos los muebles, detalle por detalle. En una especie de mesita escritorio, grabadas con la punta de un alfiler, quizá, vió cuatro iniciales y una fecha, una fecha algo lejana. Ponía el oído atento al pasillo, para cerciorarse si venía alguien. Silencio absoluto. Una inquietud insoportable; luego deseos de gritar para romper el mutismo de todas aquellas cosas que la rodeaban.

—Cuánto tarda! Ya debió haber llegado!—y esta frase le dió una conciencia clara de la situación. Había accedido por fin a aquella cita. Se resistió al principio, por miedo; luego porque así lo sentía, pero las frases de él, podían más que nada para ella en la vida. Las últimas energías se habían ahogado en medio de una tempestad de ruegos; ya no tenía voluntad; era como una autómatas que podían llevarla adonde quisiesen. El día que lo comprendió, fué al sentir de una modelo del pintor, unos celos enfermizos, más fuertes que toda su vida, ella que jamás había sentido celos. Fué una verdadera enfermedad que duró varios días, un amargor de boca, una tortura insoportable como si una llama silenciosa le quemara el corazón. Luego después, sus ojos se cegaron y su alma como repleta de lágrimas, que era necesario llorar, la condujo hasta ahí, sin saber lo que hacía. Oh! Las noches en vela cuando en medio de la obscuridad se imaginaba escenas espantosas y le era necesario encender la luz, beber agua, leer una de esas cartas en las cuales él le decía que la adoraba por sobre todas las cosas, y después un ansia de ternura por él, un deseo de llorar hasta deshacerse en lágrimas, y así se quedaba dormida sobre la almohada húmeda por un llanto ardiente y silencioso.

—Oh! Lo adoraba por sobre todas las cosas de la tierra; por sobre su vida misma! Sabía que aquella cita sería la muerte de todo cariño, pero él lo había querido, él que era fuego en su corazón y raudal de ternura en sus labios. Más, era necesario que viniese pronto, porque ya esa espera la amedrentaba, le daba un miedo muy extraño.

Oyó pasos cautelosos en el pasillo. ¡El! Lo miraría al través del visillo. Para hacerlo, tuvo que afirmarse en la muralla porque su corazón parecía arrancársele, y sus piernas flaqueaban. Y quedó con los ojos muy abiertos, es-

pantada, inmóvil. Un muchacho recadero traía una carta. Golpeó discretamente:

—La señorita Lucy?

Ella sacó el brazo para recoger el mensaje y se quedó con él en las manos, volviendo a cerrar. El corazón le volvía a golpear fuertemente. Con los ojos cerrados rasgó el sobre, y se decidió: No veía las letras; no podía leer. Se acercó a la ventana y por fin leyó:

“Adorada Lucy:

Me esperas de seguro; has sido para mí, siempre tan buena y bondadosa. Cuando iba a reunirme contigo, he pensado en lo que tú más de una vez me dijiste: “Procuraremos que nuestro amor, no toque jamás la grosera realidad. No matemos el ensueño, que la tristeza sería eterna e irremediable.” Te escribo estas líneas a la luz de este día en que parece cernirse en el aire una pena infinita de amor; te las escribo adorándote más que nunca, y ellas te llevarán la libertad de lo que tú, acaso más de una vez creíste que era una tiranía cruel de mi parte, en pago de tu amor. Perdóname en nombre de tus besos que han bebido mi alma y que no va a tu lado porque no quiere probar la más horrenda de las tristezas, aquella que yo llamaba en nuestras horas de ensueño, la infinita tristeza de amar.—*Oscar*”.

—“No viene! No viene!” Se dijo primero ella con secreta alegría, luego que hubo leído la carta. “No viene, no viene; el poema continúa, la ilusión florecerá siempre intacta”. Pero después de un momento miró a todas partes, vaciló; se restregó los ojos como si de ellos quitase una nube, dió algunos pasos, se quedó con la cabeza echada

atrás, y dió salida entonces a un sollozo desgarrador, desesperado, y cayó como una flor tronchada, mordiéndose las manos y repitiendo en una queja profunda:

—No viene!... No viene!... Acaso porque ya no me quiere!..., sí!... Porque ya no me quiere!... ¡Dios mío!... Dios mío!...

## V I

Han pasado varios años. Es una noche de verano, en pleno océano. En el barco que navega rumbo a Europa, después de la fiesta que se celebra al pasar la línea ecuatorial, todo el pasaje reposa tranquilo. La cubierta está solitaria, viéndose abandonadas las sillas de lona que conservan la huella de los pasajeros, que en ellas han dormitado.

Sube a ese sitio un hombre triste, de intensa palidez, en cuyo rostro hay como una huella de profunda melancolía. Se afirma en la borda y contempla las espumas fosforescentes de las olas. Una mujer se acerca, con paso cauteloso. Aquel hombre se fastidia, porque desearía estar solo; de improviso, siente un golpe al corazón. Ese rostro, esa manera de andar!...

—Lucy!...

—Oscar!... Tú!

—Cómo!... Aquí?...

—Me embarqué en Buenos Aires... Todos estos días he pasado mareada en mi camarote...

Hay un silencio profundo. Luego él dice, conmovido:

—Perdóname!... Fuí malo contigo!

—No sé si hayas sido malo o bueno; pero lo cierto es que he sufrido mucho... Te he recordado siempre... Por qué te portaste así, conmigo?...

—Mira, no sé... Un capricho talvez; no sé... No sé... Pero siempre te quiero.

—Te quiero, te quiero... Y por quererme así, casi me nas muerto!,—le dice acariciándole la cabeza como a un niño mimado...

Oscar le responde tragándose las lágrimas:

—Perdón!... Ya me siento viejo... Ya no soy el de antes...

—Sí, el afortunado, el triunfador... El mimado de todas las mujeres... Mejor así... Serás sólo para mí... Para mi sólo... Qué pálida tienes la cara!... Cuantas arrugas!... Los ojos son siempre los mismos... Mis ojos, mis dulces ojos tristes de otros días...

—Me he acordado mucho de tí... ¡mucho!... mientras viví en Europa por tanto siempre...

—Y por qué no fuíste nunca hacia mí?... Por qué no me dijiste que fuera yo hacia tí?...

—Por la torpeza de ser consecuente con mi falta, Lucy!

—Niño grande!... Porque eres nada más que un niño grande!

.....

—Adónde vas tú ahora?...

—No sé: sin rumbo... Estoy sólo en la vida... Quizá viajaba por encontrarte... Yo también estoy vieja... No me ves?

—Más seria, si; más grave... Tu boca... Tu boca es la misma de antes... la de aquellos días...

Sin saber ambos lo que hacen, han descendido por las escalas, y entre el suave murmullo de frases que rememoran viejos y amados recuerdos, llegan a la fila de camarotes. Lucy abre el suyo, que emana dulce aroma, como para adormecer la vida... Es como un nido cándido y dis-



creto que mecen las olas; un resplandor suave de luz blanca amortiguado por las bombillas, da a todo aquello un misterioso encanto. Lucy le dice lentamente:

—Buenas noches...

—Lucy, no me dejes sólo...—dice él en tono de súplica...

A lo que ella responde con ternura:

—Y tu tristeza de amar...?

Y él sintiendo como el peso de una culpa, y el primer temblor frío del invierno que llega al corazón, después de haber marcado su paso con huellas de nieve en la cabeza, responde:

—Hoy día es más tristeza que nunca, porque es tristeza de amor que huye para siempre... ¡Para siempre!...

—Para siempre, nó, niño grande, que imaginaste como yo, que la vida se disponía como uno de tus cuadros, cuando en realidad, es la vida la que dispone de nosotros...

Y en el fondo de aquel nido blanco, entre encajes y metales pulidos, el artista siente como en dulce sopor, que unos dedos delicados acarician su cabeza cansada, y que unos labios se acercan a los suyos blandamente, ahogándolo en gloria de pasión y de vida!...

---

# MALA LOCURA DE AMOR

## I

El empleado del tren anunció la última estación de la ruta. Guillermo limpió el vidrio del ventanillo del vagón, empañado, para reconocer donde estaba.

—Vamos a llegar a Valparaíso, se dijo,—y empezó a arreglar su equipaje, exíguo, apenas compuesto de una maleta pequeña y un maletín. Un pasajero vecino, abrió otro ventanillo, y una ráfaga fría de mar, se coló en el vagón, cuyo aire cargado podía cortarse. La campana de la locomotora eléctrica empezó a sonar, mientras se veían desfilar las calles rápidamente, como vistas de cine. Casi por encanto, la locomotora se detuvo, y entonces el viajero sintió que le palpitaba fuertemente el corazón. ¡La iba a ver, después de dos meses de ausencia! Iba a volver a oír aquella voz musical, aquellos ojos tristes, aquellos labios de los cuales por el momento, estaba pendiente su vida.

Asomó la cabeza por el ventanillo, para ver si ella había ido. Ya le parecía oír aquella manera familiar de nombrarlo, "Guimo", y se puso a examinar a todos los

que pasaban a su lado. Después de un momento se desalentó:

—¿Qué habrá pasado que no ha venido la “Nené”?  
—nombre también familiar con que la trataba en la intimidad. Dejó su equipaje en el andén y siguió esperando hasta que todo el mundo se fué, oyéndose entonces más claro el ruido del mar en los bloques de las dársenas. El le había puesto un telegrama, le había escrito además, y recordó en ese momento sus cartas anteriores de élla, en las que le decía con insistencia:

—‘Ven, Guimo, ven que no soporto la vida sin tí’...

—¿Un auto, señor?—le dijo un muchacho, empleado de la estación.

—Si, un auto. Lleva esto también.

En la gran plaza Sotomayor sintió más frío y esa soledad que produce la lluvia que empieza. Cuando el chofer le preguntó la dirección, no supo qué decir, porque había olvidado la pensión, donde vivía ella, desde que estaba en aquel puerto. Hizo un esfuerzo de memoria, y dijo por fin: “Colón 108”.

—¿Y la propina, señor?—le preguntó el muchacho cargador.

—¡Ah!...—y le pasó tres monedas.

Sus ideas eran vagas, confusas. ¿Por qué no habría venido? ¿Estará enferma? Ella, que siempre fué tan atenta con él, tanto, que hasta muchas veces le daba pesar por no poder corresponderle como le debía, con algo material, concreto, que fuese una demostración más de su cariño, y de su agradecimiento hacia ella. ¡Y no había ido a esperarlo a la estación! Sacó de uno de sus bolsillos la última carta, pero no pudo leerla por falta de luz, pero ahí, en los últimos párrafos le rogaba Nené, que hiciera ese viaje. Podía servirle de descanso a sus rudas tareas en la

oficina. Y con dificultades de dinero, de todo, realizaba por fin, ese anhelo: diez días de permiso, rogándole a uno de sus compañeros que le hiciese su labor en la oficina en que trabajaba. Empezó a sentir un malestar extraño, un miedo a no sabía qué cosa, hasta que el chofer le indicó:

—Aquí es, señor... Número 108.

—Espérate... Preguntó en la puerta, a una chica que salía, por la señorita Granada.

—No está en este momento aquí. En el teatro la encontrará Ud., señor.

—Gracias. Había olvidado que ella le había dicho que se había ocupado de dactilógrafa en la oficina del teatro principal de la ciudad.

Hizo subir su equipaje para que lo instalasen en una pieza, y luego fué al teatro. El malestar aumentaba en él. "Nada había dejado dicho ella en la pensión por si él llegaba... ¡Qué extraño todo aquello!"... Su última carta, que de nuevo leyó ahora a la luz de un farol, databa sólo de ocho días atrás, y rogaba siempre ese viaje, como una suprema dicha para ambos.

—"Acaso hizo mal en haber ido? Pero sea lo que fuese... Adelante!" Así decía en el fondo de su espíritu, pero el miedo aumentaba, una impresión fría, helada, ese hielo de desilusión que llega a nosotros no sabemos de donde. El portero del teatro lo dejó pasar, cuando él preguntó por la señorita Granada.

—En la oficina del representante,—le indicó.

Un visillo enmarcaba la figura de Nené, en los momentos que sentada ante la máquina de escribir revisaba una carilla. Sin que ella lo viese, pudo observarla. ¡Qué tranquilidad, qué abstracción, como si a nadie esperase! "Un poco más gruesa que hacía dos meses... Sí, un poco

más gruesa. . .” Y experimentó vivos deseos de irse, de regresar a su ciudad, sin decirle ni una sola palabra. Pero quedó ahí como clavado, sintiendo un profundo pesar por haber hecho aquel viaje. Se sabía extraño a aquel ambiente, que él desconocía, con olor de papel engomado, con figuras en las paredes, de artistas que él había oído nombrar en corrillos de amigos.

En ese instante se percató de la presencia al lado suyo, de un señor alto, como él, feo, vestido con afectación, pero de maneras sueltas, que revelaban al cómico de profesión. Sin hacer este caso de Guillermo, llamó desde la puerta:

—Cuando termines, Nené, te espero, para que vamos a tomar un chocolate. . . Y se fué sin mirarlo. Ella entonces alzó la vista, y al ir a responder, vió a Guillermo, cuya palidez se acentuaba.

—¿Ud? . . . ¡Tú! . . . ¿Cuándo llegaste? . . . Pero siéntate! . . .

Con un dedo puesto en la última tecla de la izquierda, y la mano derecha caída, inerte casi, lo quedó ella mirando, sin atreverse a hacer ningún otro movimiento. Era inteligente, era lista, y también sabía perspicaz a Guillermo, así es que esperaba una palabra de él, para saber el rumbo que iría a tomar la conversación una vez que este había oído lo que le había dicho el otro. Guillermo anduvo dos o tres pasos y se dejó caer en una silla sin hablar. No se habían dado la mano, no se habían saludado, porque desde ese mismo instante parecía haberse roto para siempre toda la intimidad, toda la confianza que había entre los dos. Ella con más sangre fría, más disimuladora, rompió el hielo, diciendo:

—Termino en seguida esta carta, y luego charlamos. Y se volvió para seguir escribiendo.

—Espérate. . . Terminas de escribir y luego vas a la

invitación que te han hecho... Te veré mañana. Hoy estoy muy cansado del viaje...

—¿Dónde te alojas?...

—En tu pensión, como tú me indicaste... Buenas noches!

—Pero, oye Guimo...! No te pongas así!...

Ante aquel nombre, ante aquella intimidad, que parecía traer friamente las dulces horas de otros días, Guillermo sonrió irónicamente, y con dificultad, y sintiendo amarga la boca, pudo apenas repetir:

—Buenas noches!...

Y salió. Luego en la calle, recapacitó, se sintió más aliviado por el aire fresco, con olor a hojas húmedas. Había dejado de llover y las estrellas temblaban en una atmósfera de cristal, como si de un momento a otro fuesen a desprenderse. Le parecía que no pisaba, que iba en el aire, que su cuerpo y su alma estaban vacíos, que era otro, otro muy distinto, que lo habían cambiado de pies a cabeza. En realidad, no sufría. ¿Era eso verdad? Se detuvo un momento en la acera, solitaria a la una de la mañana, y ratificó lo que había pensado:

—No sufría nada... Nada...! Qué extraño! Solamente esa sensación de absoluto vacío en su cabeza, que le parecía que iba a caerse. Pensó un momento. ¿Qué había hecho ella por retenerlo? Lo cogió del brazo, lo remeció, le dijo dos o tres cosas que él no oyó bien. Y debió decirse las muy cerca de la boca, porque sintió un perfume conocido, el de otros tiempos, el de hacía dos meses, aquel origan que le impregnaba a tal punto los labios que luego toda la comida le sabía a ese sabor, a ese olor, como si él por todos sus poros rezumase de aquella esencia francesa.

Se pasó maquinalmente la mano por la boca, como si quisiese borrar de ahí una huella ya un poco vieja... un

poco antigua. Nuevamente se puso a hacer el análisis de su estado. El, que creyó siempre que en un caso así... iría a desesperarse, quizá a matarse... Y he ahí que nada sentía; más bien un dulce sopor, una dulce melancolía, una grata piedad por todo lo que veía, una ternura tan grande, tan infinita, que se prolongaba hasta aquellos puntitos azules y rojos que colgaban allá arriba, tan lejanos y tan bellos!...

Al pasar por una confitería, quiso entrar a servirse un te, pero luego pensó que "ellos" pudieran ir ahí, y su papel iba a ser desairado... Pasó un auto en el cual iban cantando, alegremente, hombres y mujeres. Su vista, vaga, lo siguió hasta que la luz roja del farol del número se borró como una mancha de sangre ennegrecida por el tiempo.

—¡Nada! ¡Nada! ¡Qué tranquilidad lo invadía! Si pudiese amanecer así, si pudiese quedarse dormido así,—pensó mientras se desvestía en la pieza pequeña de la pensión. El espejo del lavabo lo invitaba a mirarse. No. Era un poco vanidoso, y no sabía por qué su cara lo haría pensar demasiado en todo lo acontecido. Pero ¿qué era lo acontecido?...—se preguntó, quedando inmóvil, mientras se desabotonaba el chaleco. La inmovilidad duró algunos minutos hasta que, lentamente, con movimientos muy pausados, terminó de desvestirse.

—Me engaña...—se dijo en voz baja primero, como si sus sentidos, sus nervios, probasen el efecto que iría a hacer aquella palabra. Pero, sus sentidos no respondieron, y entonces, casi con dulzura, se repitió, más lentamente, como si saborease aquellas ocho letras:

—Me engaña!...

Y, como por milagro, se quedó profundamente dormido a los pocos minutos.

## I I

Despertó temprano, pero la poca luz le dió la sensación de una hora falsa. Eran ya las ocho y parecía que recién amanecía. Día de invierno, un cielo bajo, una luz medrosa que tocaba aquellos muebles modestos de la pensión con beso helado. Trató de poner orden en sus ideas. Su cuerpo lo sentía pesado como si lo hubiesen apaleado. Cuando le trajeron el café, por primera vez sintió que sus ojos se le llenaron de lágrimas que no pudo contener, y todo eso ante un detalle casi pueril: el olor del café, que le trajo la imagen de ella, cuando lo bebían juntos, allá en la capital, en mañanas de invierno como aquella. El golpe había sido imprevisto, rudo, un mazaso, y en sus oídos repercutió de nuevo aquel nombre de "Nené", pronunciado con arrogancia, por aquel hombre feo, y un poco desvergonzado...! Qué ridículo todo eso y qué terriblemente desolado.

Una historia corta, de apenas un año; la misma historia de muchos amores en la cual él puso toda su ternura y su confianza. Había creído en ella, en sus juramentos, hasta en sus sacrificios y luego aquello... aplastador. Y lo más extraño, era que en aquel momento, él todavía la quería. Pero era lógico. ¿Cómo poder borrar sólo en una noche, la novela de todo un año?

La vería esa mañana, para que ella se explicase. Pero antes, salió a la calle y compró un ramo de violetas, las primeras de la estación. Se las dió a la criada de piezas para que las llavase diciendo a Nené, que la esperaba para hablar.

Cerca de las once, ella salió de su pieza. Conversaron en la galería solitaria, de la casa pensión. Se miraron a

los ojos y luego ella, con la vista baja, humillada, sólo le dijo estas palabras:

—Haz de mi lo que quieras, soy una loca; no te merezco...

—¿Y ese hombre?...

—Yo te hablé de él alguna vez; es el que me seguía...

Y después de una pausa le dijo ella llorando, muy cerca de su boca:

—Pero a quien yo quiero, es sólo a tí!... ¡Sólo a tí!..

No comprendió Guillermo, porque su espíritu no estaba acostumbrado a esas raras complicaciones, y la miró a los ojos: la vió muy pálida, un poco corrido el colorete en la cara marchita. Sólo conservaba fino y selecto su perfil, la línea de su rostro... Sintió compasión, infinita compasión, y le dijo:

—¿Te entregaron unas violetas?...

Ella las traía en la mano y las besó repitiendo:

—Te juro que sólo a tí quiero, que sólo a tí he querido... Vamos al saloncito, que aquí pueden imponerse de todo esto...

Pero él tuvo miedo de ir. No quería encontrarse a solas con ella, tenía miedo a su seducción, y firmemente se negó...

Pero ella insistió, seductora en aquel instante, echando mano de todas sus argucias femeninas.

—Ven!, te lo suplico en nombre de ese cariño que decías tenerme. Es para que hablemos más tranquilos, más a solas, no aquí, en este pasillo, en que la gente pasa a cada momento.

El la miró un instante. Ella sonrió, entonces, entre triste y resignada. Vaciló el joven; temía estar a solas con aquella mujer, no se sentía lo suficiente fuerte para luchar con ella, con sus seducciones, porque de seguro una vez que

estúviesen en la salita, ella iría a colgarse de su cuello, y todo lo echaría entonces a rodar, y de seguro la perdonaría.

—Nó!, no voy, no tengo para qué ir! Todo está terminado entre nosotros!

Dió ella entonces una rápida mirada al pasillo. Nadie! Todas las puertas cerradas de los pasajeros que dormían. Se atrevió entonces a cogerlo por un brazo, haciendo presión, e insistió:

—Sí, ven, te vuelvo a suplicar! Yo te explicaré, porque necesito explicarte muchas cosas. Si no quieres en el saloncito, vamos a mi alcoba, entonces.

No supo por qué tembló cuando ella pronunció la palabra alcoba. Recordaba que una vez, poco después de haberla conocido, durante las primeras intimidaciones, una mañana, por casualidad, entró a su pieza, allá en Santiago. Qué impresión de más profunda voluptuosidad, de sensualidad! Aquel aroma tibio, mezcla de carne femenina y de colonia, casi lo había aturdido, y más tercamente se negó a ir. No, no quería, pero aquel brazo hacía presión dulcemente en el suyo, como en otros días, cuando en momentos de charlas en el teatro, durante los primeros tiempos, ella sin darse cuenta, lo cogía del brazo para advertirle algo. Y se dejaba llevar a pesar de su negativa, a pesar que con todas las fuerzas de su espíritu se negaba a ello. En la puerta misma de la alcoba, al sentir aquel aroma indefinible y tibio que parecía penetrarle hasta las venas, se detuvo por última vez, pero ya en forma débil, y llamando en su ayuda sus últimas energías, procuró desacirse de ella con violencia, diciéndole:

—Nó! No quiero entrar; no necesito tus explicaciones. Ya todo está explicado! Qué más?

—Entra, entra!... Es que tienes miedo, es que te sientes débil ante mí, es que luchas contigo mismo sin ne-

cesidad. Eso prueba que haces lo que no sientes, y no sé por qué lo haces!...

Sus ojos estaban fijos en los ojos de Guillermo; su boca entreabierta, anhelante, y todo aquel cuerpo fino, admirablemente bien formado, tendido hacia él, tendido hacia sus labios, en una irresistible entrega. Y sentía su aliento fresco, de boca recién aseada, con olor a menta; aquellos dientes engastados en encías pálidas, firmes, dientes devoradores como de animal joven de presa. Una pequeña vacilación de sus piés, y se sintió entonces en medio de la pieza, sin que él mismo se diera cuenta de aquello, y ella cerró entonces, con llave, y quedaron frente a frente, un poco jadeantes ambos por el esfuerzo.

Dé improvviso, ella se echó a llorar, sobre el lecho, que se mostraba entreabierto, sugestivo, conservando las sábanas el pequeño hueco de su cuerpo redondo y fino. Guillermo pudo irse entonces, dejarla así, abandonada, pero instintivamente un sentimiento de piedad lo hizo quedarse, y cogiéndole la cabeza, la levantó entre sus manos. Lloraba con los ojos cerrados, brotando las lágrimas con dificultad, por entre las largas pestañas, mientras su cuerpo era estremecido por los sollozos.

—Vamos, no llores! No quería que tú llorases. Explícate tranquila.

—Pero es que no te podría explicar, es que soy una loca, sí, una loca... Y yo misma no me doy cuenta de lo que he hecho, y me parece un mal sueño, del cual despierto en este mismo instante...

Se incorporó "Nené" en el lecho, y suavemente cogió una mano de Guillermo, la que él tenía apoyada en su cabeza, acercándose más a él.

—Dime que me perdonas!... Dime que me perdonas!...—insistía en medio del llanto. Si a quien yo quiero

es sólo a tí, sólo a tí!... Tú no puedes explicarte, porque yo misma no me lo explico claramente!...

—Todo me lo explicaron cuando en la contaduría del teatro, te oí nombrar en la forma como te nombraron anoche: "Nené"... como yo te decía... como yo creía que era el único que te decía...

—¡Perdóname!

—No puedo ahora... El tiempo lo dirá!...

En ese instante, con sutil adivinación femenina, notó ella un momento de debilidad en el muchacho, que aprovechó y saltó entonces a su cuello, anudando a su nuca ambas manos como una tenaza de hierro, y procurando acercar sus labios a aquellos otros que permanecían cerrados; fríos, casi impasibles.

Sintió él entonces que todo aquel cuerpo se unía al suyo, en un solo plano, de la cabeza a los piés, y sintiéndose que ya desfallecía, que iba a sucumbir a la seducción de aquella mujer cuyos encantos conocía, desesperado llamó en ayuda a las pocas fuerzas que le quedaban, recordando la infidelidad gratuita, el capricho criminal, el devaneo imperdonable, y trató de desacirse de los brazos que lo anudaban, y luchó breves instantes procurando no hacerle daño, evitando aquel cuerpo femenino que tan débil y frágil, amenazaba sin embargo, hacer sucumbir el suyo, hasta que sin que él mismo se diese cuenta, vió que aquel manojito de ropas tibias, rodó sobre la cama, arrollado, vencido, dejando al descubierto en la caída, un muslo blanco, delicado, de carne lechosa e incitante, que él miró sólo un segundo, para correr luego, para huir, pero la visión aquella pareció clavar-se en sus pupilas, y ya en la calle, y por mucho rato, sólo vió aquel muslo delicado, que por extraña asociación de ideas, le trajo más cruel y persistente la injustificada traición...

Y durante aquel triste viaje de regreso, la odió con todas las fuerzas de su alma, como jamás había odiado, y le pareció que el cielo, en la lluvia, lloraba todas las lágrimas que él no había podido llorar por no aparecer ridículo ante sí mismo...

## I I I

—“En la compañía dramática que debutará el día 7 del actual, viene como dama cómica Nené Granada, actriz cuyos primeros pasos en el arte, los dió en nuestro país...”

—Cómo dices? ¿Quién viene como actriz cómica?—preguntó Guillermo a su mujer.

—Nené Granada. La has conocido?—preguntó ésta a su vez a su marido, mirándolo fijamente.

Dudó al principio si decirle o no la verdad, y optó luego por responderle vagamente. Lola quedó pensativa, y se dedicó a revolver su café. Terminaban de comer y ambos guardaron silencio. No sabía ella qué de misterioso había traído el nombre de aquella mujer, y empezó a atar cabos sueltos, frases de antiguas confidencias que su marido le había hecho cuando novios, de un gran desengaño, de una gran desilusión y hasta recordó también que más de una vez, ante sus juramentos que ella le hacía de fidelidad eterna, él se había sentido conmovido, y le había hablado de su pesimismo, de su miedo ante la vida, de una mujer que le hizo saborear el acíbar del más cruel y terrible de los desengaños. “Sería esa? Habría algo más en aquella historia. que un simple desengaño espiritual?” Todo podía ser, pero el hecho era que Guillermo la adoraba, dedicándole su vida por entero. Era un alma buena, perdonadora, sin rencor, como más de una vez había tenido ocasión de probarlo en los tres años que llevaban casados. Lo miró de

nuevo, a hurtadillas, y lo vió como hundido en los recuerdos del pasado. Pero aquel aroma de café, aquel ambiente de hogar, ponía paz en su espíritu y esperó algo más de su marido, una confianza que pusiera más en claro lo que significaba aquel nombre que ella había leído en el periódico.

Guillermo había sentido, de improviso, ante aquel anuncio que volvía el dolor pasado, como si en esos momentos despertase de un sueño. Durante aquel tiempo en que había tratado a Lola, no pensó jamás en la escena lejana. La ternura de aquella muchacha que conoció tan casualmente, en un tranvía, proporcionándole él, dinero "sencillo" para pagar, la sinceridad y el encanto que emanaban sus ojos glaucos, borraron de su recuerdo la imagen de la otra, y vivió entonces como hundido en un sueño de amor, como en otro mundo, hasta ese instante en que ese nombre traído al hogar daba vida de nuevo, y con una fuerza extraña al drama de su pasado, al único que había en su existencia, algo opaca y gris, de empleado modesto.

—Qué otros nombres figuran en el elenco?, preguntó a Lola.

Esta cogió el periódico con desgano y leyó toda la lista. Al pronunciar un nombre de actor, Guillermo tembló. Venía "el" también, "el otro", por quien lo engañaron. Deducía de todo aquello que Nené, se había hecho actriz por seguir a aquel hombre, y sintió de nuevo el rencor, la sed de venganza que sintiera al regreso de aquel viaje que ahora le parecía reciente. Todo lo recordó hasta en sus menores detalles; la invitación insolente de aquel sujeto en su presencia, su manera petulante, en la cual se veía un poco al chulo afortunado; la sorpresa de Nené, su turbación que no pudo ocultar su gran talento de simuladora.

—“No, no era posible que todo aquello, tan lejano ya, pudiese turbar su alma en aquella forma tan fuerte y extraña!”—pensó.

No se daba cuenta cabal, porque aquel golpe había sido tan recio y sorpresivo que le hizo perder la clara conciencia de las cosas, pero aquella conciencia volvía ahora, avasallándole poco a poco, impulsándole a obrar. Miró de nuevo a su mujer y se sintió culpable, como contraste ante esa bondad, que lo miraba un poco compasiva a través de sus grandes ojos azules y serenos.

—Dime, Guillermo, con franqueza, esa mujer, ¿es aquel desengaño del cual, alguna vez me hablaste vagamente?

—Sí, Lola,—respondió sincero ante la mirada serena de sus ojos.

—Y no has perdonado, verdad?

—Creí perdonar, pero veo ahora... que me engañé.

—Acaso todavía la quieres...

—No, te lo juro; la odio más bien. Fué muy grande el daño... Cuando yo era casi un niño, tan confiado, tan noble... Nunca creí que se pudiera engañar así...

Lo vió pálido, fatigado por el trabajo abrumador de todos los días; recordó sus desalientos, los minutos de intimidad cuando le pedía a ella que le diese fuerzas para la lucha, y pasándole suavemente la mano por las sienes, que empezaban a grisear, le dijo echándole el aliento sobre la frente:

—¡Olvida!... ¡Perdónala! No me tienes a mí? Tú sabes perdonar. Iremos juntos al estreno de esa compañía y puede ser que los dos aplaudamos...

Había en este deseo manifestado por ella, una curiosidad muy femenina: el hacer comparaciones ante esa supuesta rival, e insistió con mimo:

—Olvida... Piensa que sin el desvío de ella, quizá no nos hubiésemos conocido...

Y mientras de nuevo unos dedos suaves se paseaban por sus sienes, como si despejasen nubes, Guillermo se veía de nuevo en la helada contaduría de aquel teatro, y que una voz aborrecida de hombre, decía:

—“Cuando termines, Nené, te espero...”

Y poniéndose de pié, temblando, como si sintiese de nuevo el frío de aquella madrugada inolvidable, le dijo a su mujer:

—Sí, iremos al estreno...! Te lo prometo!

## I V

Tomaron dos butacas de primera fila. ¡Un lleno! Esa ansiedad de todo debut, esa inquietud del público por ver a las nuevas figuras que se anunciaban con bombo, con el bombo de siempre, en toda propaganda bien hecha, como se dice en jerga de teatro. Como la tercera señal se retrasase, el público empezó el pateo acostumbrado: “ta, ta, ta... ta, ta, ta...” Por fin, el timbre de la tercera señal repercutió en el teatro. El público se arregló en sus asientos. De improviso, cuando ya se hacía el silencio, un actor abre la cortina y se adelanta a la batería:

—“Respetable público: por enfermedad repentina de la primera figura de la compañía, y no queriendo la empresa suspender la función, se hará cargo del papel protagonista, la señorita Nené Granada, quien solicita benevolencia del respetable!”

Acogió la advertencia, un murmullo de desagrado, de descontento, porque la obra de debut, requería a la primera figura. “Rosas de Otoño” de Benavente, era comedia difícil, de matices. Bueno, a ver qué pasaba.

Se alzó el telón, en medio de un absoluto silencio. Guillermo sintió latir su corazón, no sabía claramente por qué; si por el miedo a un fracaso, o por la presencia de aquella mujer, que había sido su amor, entregada en aquel momento al juicio de todo un público exigente de día de estreno. Miró a las butacas vecinas, y vió a los de siempre, a todos los de las primeras representaciones. Lola dió también una mirada a su marido, rápida, para que este no advirtiese el lógico espionaje de que lo hacía objeto.

—“Es casi la misma... Nó, un poco más gruesa... Y menos bella también”,—pensó Guillermo cuando vió a Nené, en escena. Pasado el primer golpe de emoción, le pareció que entre esa mujer que actuaba, que hablaba bajo, como temiendo al público, no había habido jamás la más pequeña intimidación entre él y ella. Luego fijó más su atención, y pudo comprobar que flaqueaba, que su dicción era borrosa, que apenas se oía. Su voz acariciadora de otros tiempos se hacía opaca en aquel momento.

Desde la galería, se oyó entonces, esta insolente advertencia:

—“¡Qué hable más fuerte!”.

Algunos “chits” respondieron de la platea. Pero luego el mismo individuo de las alturas, insistió:

—“¡Qué no grite el apuntador!”.

Pero el apuntador seguía chillando, ya que le era preciso ayudar a aquella actriz, que por la primera vez improvisaba el tipo de Isabel, de la comedia. La advertencia insolente de “paraíso”, puso en guarda a las plateas, y empezó a sentirse cierta atmósfera de descontento, que pronto fué acallada por otros “chits” rotundos de las plateas y palcos. Guillermo miró de nuevo a Nené. Estaba pálida, con la actitud del prisionero entregado a las furias de las masas. En ese instante le pareció que indirectamente toda

la exigencia de aquella gente, lo vengaba sabrosamente, ampliamente, y siguió observando a la mujer que poco a poco iba debilitando la voz, hasta parecer que iba a caer desmayada.

—¡Pobre muchacha!—apuntó Lola, agregando:

—¿Verdad, Guillermo?

La comparación había sido hecha ya por la esposa, y esta, compasiva, serena, tranquila, como siempre, hacía esa pregunta, mitad despectiva, y de compasión humana. Guillermo no respondió, porque no lo habría podido hacer. Le palpitaba fuertemente el corazón, porque había oído ese ruido característico de un teatro, ruido de tempestad que se avecina, sobre aquella mujer que en el tablado amenazaba derrumbarse. El ruido creció, apagó la débil voz de Nené...

—¡Qué se calle!—gritó alguien.

—¡Fuera!—apuntó otro, en ese momento, de los balcones.

Ya la tempestad estaba desencadenada. Guillermo permanecía mudo, clavado en su asiento, heladas las manos. En ese instante un vecino profirió:

—¡Es una estafa! ¡Esto no se hace!...

Nené, al mirar al que esto decía, se encontró con los ojos de Guillermo. Fué una mirada larga, profunda, de desconsuelo, de perdón; unos ojos húmedos, muy tristes, perdidos, los mismos que alguna vez le dijeron entre cerrados:

—“¡Amor mío, no te olvidaré jamás... jamás!”—y le pareció a Guillermo que volvía a sentir cerca de sus labios el calor de un beso, de un beso de ella, de esa mujer acorralada e impotente ante la furia que se desencadenaba. Lo seguía mirando, y seguía él también, oyendo las veces de:

—“¡Que se calle!”... “¡Fuera!”... “¡No hay derecho!”...

La había amado, había vivido con ella, horas muy dulces... Pero también lo había engañado... De los ojos de Nené se desprendió una lágrima y quedó paralizada luego como en medio del escenario, baja la cabeza, pálida como una muerta... Le pareció entonces a Guillermo que le decían en sus oídos, muy bajito, como en tardes muy dulces de abandono:

—“Guimo... Guimo!... Sálvame!” Entonces ya no supo lo que hacía y lanzó en medio de la platea, levantándose de su butaca, un grito vibrante:

—¡Imbéciles!... ¡Imbéciles!... Cobardes!

Lola le cogió de la americana, para que se sentase, pero él no oyó nada más, sino que tan solo sintió un fuerte golpe en las sienes que lo derribó sin sentido, y como algo muy lejano, ajeno a todo aquello, voces que se apagaban poco a poco hasta desaparecer por completo, y hacerse la obscuridad a su alrededor. Y luego la inconciencia, una paz dulce; luego nada... nada.

## V

—¡Ah! Es usted, señorita? Venía...

—Como siempre: a preguntar por el enfermo. Estuve ayer y anteayer, no se acuerda usted?

—Sí, señorita. El enfermo sigue un poco mejor. Es decir, es lo que dice el médico, pero la fiebre no disminuye, y delira siempre. La herida fué grave, en las sienes... Perdió mucha sangre el caballero,... y es natural...

Nené tembló ante aquel dato que ella ignoraba, porque en las visitas anteriores, se había marchado después de pre-

guntar y nada más. Pero ahora una fuerza secreta la clavaba en aquella puerta y hacía esfuerzos por atreverse a poner en práctica lo que pensaba: ver a Guillermo, estar un momento a su lado, obtener el perdón que ella deseaba para su tranquilidad moral. Buscó una disculpa, un subterfugio, y penetrando en el vestíbulo de la casa para resguardarse un poco del frío de aquella neblina invernal, insistió:

—Pero peligro, en realidad, no hay ¿verdad?

—Si no sigue la fiebre, no lo hay señorita. ¿Conoce Ud. al caballero, señorita? ¿Vió Ud. como pasó la desgracia del caballero?

—Si le conozco! Somos buenos amigos. ¿La desgracia? Se turbó ante esta pregunta, pero luego dijo a la criada:

—Por casualidad me encontraba yo en el teatro. Silbaban a una actriz, y el como es bueno, muy bueno, quiso oponerse a la silba. Parece que insultó a los vecinos de platea y uno de ellos, más impulsivo que los otros, le dió un golpe que lo derribó, golpeándole la cabeza en la barandilla de la orquesta. De ahí lo sacaron sin conocimiento, según supe después...

Había hecho un esfuerzo supremo; estaba palpitante, al contar el hecho del cual le parecía tener una directa responsabilidad. Por un impulso extraño agregó:

—Mucho habrá sufrido la señora, su esposa...

—Mucho!, señorita. Se quieren tanto! Ahora está más tranquila. Ha salido a misa, a rogar por el señor.

Se asió entonces Nené a este dato, y afrontó la situación en forma franca:

—Vea usted... Si no fuera violento... Me consentiría Ud. verlo?

Vaciló la criada, porque tenía prohibición que nadie entrara a la pieza del enfermo, pero ante la actitud que

tenía aquella señora, que decía conocer el caballero, dudo artes de responder. Nené, aprovechó esta pequeña debilidad, e insistió:

—Sería, un momento, un minuto; nada más...

—Pero es el caso que el señor está mal... Delira siempre, y cuando algien se acerca a él, le habla de cosas extrañas... Nombra a una persona que yo no conozco... Pero si es un momento tan solo... No va a reconocer a a la señorita...

—No importa... Permítame Ud...

La criada hizo pasar a la desconocida y se quedó en el umbral de la alcoba que tenía Guillermo. Nené reconoció el sitio, avanzó luego hacia el lecho y vió en él, un rostro extenuado, unos ojos entreabiertos brillantes por la fiebre. Al oír pasos, el enfermo quiso incorporarse y habló:

—Eres tú... Lola...! Siempre a mi lado! Qué buena eres!... ¡Tú si que eres buena!... ¡Tú me perdonas!... Sí!... Lo que hice! fué un impulso de mi corazón!... Tú querías que la perdonase...! Y qué mejor perdón!... !La defendí, la habría defendido aún en peores circunstancias... Sí, Lola, acércate!...

Nené avanzó temblando, emocionada, y no pudo contener las lágrimas. ¡Y ella había engañado a ese hombre que yacía en el lecho herido por su culpa! Y le dijo muy bajo, a media voz, para para que no oyese la enfermera:

—¡Guimo!... Guimo!... soy yo... Nené, aquella Nené que te hizo tanto daño...! Qué viene a pedirte perdón!... Y cogiendo una de las manos afiebradas del enfermo, la mojó con sus lágrimas...

—Lloras?... Por qué lloras? ¡Si ya estoy mejor, Lola! Qué paz y dulzura hay en mi corazón ahora que he perdonado!...

Nené entonces, ansiosa, aprovechando aquel delirio del enfermo, esa semi inconciencia que estimulaba la fiebre, preguntó tierna, apasionada:

—¿Y por qué? Por qué la perdonaste?

No respondió enseguida Guillermo; movió los labios al principio sin decir nada, y luego balbuceó:

—Porque al no perdonarla, me parecía que todavía la amaba... Que este rencor que yo guardaba en mi corazón, era locura... mala locura de amor!...

—Y ahora?...

—Ahora?... Nada!... Nada!... Murió ya para siempre!... Para siempre!...

Nené lloró amargamente entonces sobre aquella mano afiebrada, y el enfermo buscó la que apretaba la suya, y la besó, diciendo:

—¡Lola!... Lola!... Para siempre!... Para siempre!...

Nené al abandonar la alcoba se encontró con la esposa. Las dos mujeres se miraron, mudas, desafiantes, y al querer hablar, ambas se sorprendieron con este mismo pensamiento, mirando el lecho del enfermo:

—¡Silencio!...

---

## MASCARAS TRISTES

—Mira, vamos al aile que ofrece Marta noche. Es el último día de Carnaval y puede ser que despejemos esta tristeza, que desde tanto tiempo nos invade.

—Verdad, dijo él, con acento fatigado. Y luego añadió: —¿Y por qué estamos tristes?

Ambos se mimaron a los ojos largo rato. Hacía dos años que se habían casado queriéndose mucho. Poco a poco, insensiblemente, algo había ido muriendo entre ellos, sin que lo notaran. Permanecían mucho tiempo, a veces en la intimidad del boudoir, que iluminaba de rosa la pantalla de encajes, en silencio, entreteniéndose puerilmente, mientras sus almas volaban muy distantes, en ver cómo se reflejaban en los espejos las cortinas de felpa y las acuarelas que él había regalado a Enima cuando soltero.

—Sí, Oscar, vamos al baile, le repitió con tono mimoso como en los buenos tiempos.

—Yo tengo ahí, en mí guarda-ropa dos antifaces: uno negro y otro rojo, dos trajes también: de "pierrrot" para tí y otro de "dominó"... ¿Te acuerdas? Los trajes que llevábamos aquella noche cuando pensábamos conquistar al mundo con nuestro amor. Y hoy.

Fué hacia el guarda-ropa y pasó a Oscar, un amplio traje de "pierrot" mientras ella, con renuevos de alegría, como ave que vé volver la primavera, se metía apresuradamente en el "dominó".

—Que se vaya, por fin, esta pena. Es noche de máscara para nosotros y hay que reir.

Cuando se anudaba el lazo de seda al cuello, encontró un pedazo de serpentina.

—Mira, la cinta de papel azul con que aquella noche intentaste ahogarme.... Dogal color de cielo!...

Y se reía de la ocurrencia, arreglándose los pliegues para que cayeran con soltura, la capucha cubriéndole un pedazo de la frente, las rosas de seda anudadas con coquetería, todo hecho con una alegría loca, de enfermo que siente la vida en un rayo de sol.

El, en un espejo distante, se abotonaba el casacón de payaso con cierto desmayo de fatiga... Un payaso triste, pensó.

—Ya está, dijo por fin, puesto ya el antifaz que, sobre la palidez de su rostro de mujer nerviosa, aparecía más negro.

Querían engañarse mutuamente, el de clown y ella con el traje con que se hacen todas las locuras.

—Quiero mirarme al espejo contigo. Y lo condujo ante la inmensa luna biselada que llegaba al suelo, apoyándose en su hombro con abandono de enamorada.

—¿Qué tal?

—Parecemos dos mortajas de distinto color.

—Siempre eres así, pesimista, y alcanzándole la frente para besarla, repitió:

—Vamos pronto, ya es tarde y ponte la careta. Se acabó nuestra melancolía, las máscaras es lo mejor para olvidar penas.

\* \* \*

En el baile, cuando los violines rumoreaban risas de amor y las serpentinas de colores vagos culebreaban en el aire saturado del aroma que los polvos de los dominós desprendían, hicieron recuerdos, porque recordar dichas pasadas les pareció que sería lo mejor para despertar fuego en el corazón.

Bebieron champaña, espumas de champaña, al borde de la misma copa.

—¿Te acuerdas?... ¿te acuerdas?...

Era la frase que a cada instante se repetían, queriendo de recuerdos hacer amor presente. Al través del antifaz sólo se veían las pupilas como adormecidas, sin una llamarada; pupilas que parecían mirar muy lejos, talvez las perspectivas iluminadas de otros tiempos y de otras noches como esa.

—¡Qué suave el vals que toca la orquesta! ¡Quiero bailar! le insinuó ella con timidez.

Al principio fueron cinco o seis compases tranquilos. La orquesta seguía como modulando una caricia íntima que melancolizaba el llanto de los violines.

Emma se abandonaba mecida por el ensueño. ¡Qué lejos veía ya aquellas noches cuando regresaba a su casa fatigada dulcemente por el baile, invadida de recuerdos, de promesas que, como aves blancas, parecían desprenderse de las gasas de su cama para bajar a su frente afiebrada por los sueños de los veinte años. La música seguía arpastrándose tenuemente, amortiguada por la sordina. Y volvía a evocar en los brazos de ese payaso, que era su marido, su Oscar, a quien tanto adoró, ese pasado en que flotaban tantas cosas queridas.

—¡Qué felices son, como novios!, decía Marta, la amiga íntima de Emma, que sólo veía sus trajes arlequinescos.

Felices en el recuerdo de lo que no había de volver ya más, ni aún en esa noche de máscaras a que habían ido en busca de alegrías.

Como locos en el torbellino de trajes que crecía, seguían siempre en la danza, para ahogar la vida, para embriagarse de música y de fiebre, ya que en la soledad de la alcoba parecían dos tristes turiferarios que acompañaban las exequias de un mismo muerto.

Acaso como tantos, se habían equivocado de ruta...

—Fué así nuestro último baile de solteros. Tan alegre... Pero tú estás siempre con esa cara de dolor. ¿Qué no me quieres ya?... ¿qué no quieres a tu "dominó" pálida, como antes sabías decirme?...

Siempre la misma queja, el eterno reproche que ambos se decían para volver al frío silencio desesperante.

Insensiblemente el desencanto había entrado al alma. era el enemigo oculto que no podían combatir y que avanzaba sembrando de ruinas el corazón.

—Sí, te quiero siempre.

Para decir esta frase tenía que hacer un gran esfuerzo.

Ella no había perdido nada de su belleza, era la misma seductora de siempre, con su gracia fina y sus ojos inmensos color de agua parda tranquila, hechos más profundos en la palidez atormentada del rostro. Sólo en sus labios delicados había un desgarrón de amargura.

—¿Estás cansado?

—Me fatiga esta alegría loca que amenaza ahogarme con tantas serpentinas.

—Fíjate en mí.

Mostraba sus hombros cruzados de cintas multicolores, y con algunos pétalos de rosas blancas que se prendían al raso negro como copos de nieve.

Quería seguir haciendo la comedia de la alegría con gracia infantil y luchaba por aparecer feliz.

—No me sacaré nada de esto que me adorna. Lo desprenderás tú, después, mañana, en nuestra casa. ¿Verdad?

Mimos y frases en que temblaba la desesperación.

—Mañana, no. Luego. Fijate en esa ventana por donde entra un hilo de luz.

Miró ella el reflejo lechoso de la alborada del Miércoles Ceniza, que penetraba al salón amortajando de palidez el fondo de los espejos. La luz eléctrica se volvió livida como una perla sin oriente. Los violines fatigados apenas murmuraban un último compás, como cansado llanto de súplica.

—Vamos.

Ya en el carruaje, silenciosos cruzaron las calles solitarias, a las que la blancura de la mañana prestaba lejanías fantásticas. Al pasar por el frente de una iglesia ella se estremeció.

—Los Padres Franceses, la iglesia en que nos casamos, apuntó apenas, como con temor...

Miró la torre. Creyó volver a oír el repique de las campanas, como en aquel Domingo ya lejano en que ella apareció, en el ábside, a esa hora solitaria, radiante, entonces bajo la claridad de Septiembre.

—Oscar, ¿qué piensas?

—¿Y tú?

—En nosotros dos...

Y se cubrió los ojos con el chal lila. Pero no dijo que habían ido a buscar alegría y traían sólo algunas horas más de desengaño.

No se guardaban rencor, iban siempre juntos como buenos amigos, sin separarse nunca; pero no había ya fuego en el corazón para encender un beso.

—La luz se nos quedó encendida, dijo ella al llegar. Apágala.

La claridad blanca del alba que avanzaba, cruzó el stor y bañó la pieza con un resplandor dudoso de gruta.

—Despréndeme las serpentinas y los pétalos que me quedan.

Cruzando él la pieza alcanzó a verse en un espejo la ridícula figura de un payaso triste. Empezó a desenredar las serpentinas de los hombros, a sacar uno a uno los pétalos que fueron cayendo, todo aquel difraz de carnaval. Luego la capucha de seda crugió al ser corrida hacia el cuello, dejando que el pelo invadiera la frente como pesado crespón. A cada movimiento que él hacía, sonaba el cascabel de pierrot melancólicamente.

—Ahora quítate tú el antifaz.

Brillaban los ojos al través de la seda.

—Tú también.

Ambos permanecieron quietos, como temiendo algo.

Cayó la careta de ella y un sollozo inmenso la estremeció. El se desprendió la suya nerviosamente y dos lágrimas rodaron sobre su traje de clown.

—Oscar...

—Emma...

Querían buscar refugio en la alegría, empezar de nuevo el ensueño, resucitar lo que ya había muerto para siempre, y sólo conseguían ser dos máscaras tristes de la vida!

Febrero de 1906.

# LA BUENA INTRUSA

## I

El enfermo había pasado muy mal. Aquella tos, lenta y cansada como siempre, lo había molestado toda la noche. Hacia la mañana, una mañana clara de principios de Septiembre, Antonio sintió ese reparador alivio que todos los enfermos graves experimentan cuando los primeros resplandores del alba se filtran a través de los intersticios de las puertas.

—Hoy creo que tendremos un bien día—le dijo Amparo, su mujer, abriendo una de las ventanas que daban a los bajos tapiales musgosos de un huerto vecino mientras sacudía los modestos muebles del pobre mobiliario: dos sillas desvencijadas, una cómoda, que había perdido el barniz, y un veladorcito sin tirador. Después agregó, mirando los árboles que asomaban sus ramas teñidas de rosa y de blanco por la Primavera que llegaba:

—Creo que hoy, si el día continúa así, hasta podré sacar tu silla de brazos al patio, para que mires los árboles. Fijate. Ya tienen flores los duraznos y los almendros.

—Si, si, es verdad. Ya tienen flores...

—¡ Si supieras tú cuanto me acuerdo del cortijo de la tierra!...

El enfermo, irguiéndose con dificultad en la almohada, miró con sus grandes ojos de tísico aquellas flores rosadas que caían pétalo a pétalo sobre la tapia musgosa, sobre la tierra húmeda todavía por las últimas lluvias de aquel estrecho patinillo que parecía más limitado aún por las ropas puestas a secar, que caían con la pesadez de la tela húmeda, la gran artesa llena de espuma de jabón que se irisaba al sol con tintes rosas y azules, y el barril gastado, en donde eternamente caía una gota de agua que daba frío al enfermo.

—Hoy creo que me podré levantar. Si hay sol, aunque sea bien abrigado...

—Vamos a tener un día muy bonito—le dijo ella, poniendo en orden algunas cosillas de la pieza y canturreando como para comunicar un poco de alegría a su marido:

“No cantes más la Africana,

“Vente conmigo y no temas”.

.....

—Cómo me encuentras?... Mirame la cara...

—Casi mejor que ayer...

“Africana, Africana...”

“Nacida muy cerca”...

...y luego que el doctor te dijo que con cuidado...

“Vente conmigo y no temas,

“Estos lugares dejar

“Que la que aquí es prima donna...”

—Amparo... oye...

—“Africana, Africana”... ¿Qué hay?

—No sé qué será... Pero hoy me he acordado más que nunca de allá... de España... ¡Ah!... ¡Cuando se nos ocurrió venirnos!...

El plumero hecho de trapos, dejó de sacudir ante aquella exclamación de nostalgia, y luego dijo ella:

—Qué quieres?... ¡Estaba todo perdido!... Acuérdate que muchas veces nos costó encontrar con qué comer y venirnos a Chile en calidad de emigrantes, con lo que nos prometían, era mucho mejor que vivir así, que no era vivir!... Y a embarcarnos enseguida. Que tu te hayas enfermado no quiere decir nada; luego sanarás. Como todavía nos quedan algunos ahorrillos de lo que vendimos... se puede pasar.

Y alegre, con esa máscara de contento que es una caricatura de la alegría, bajo la cual corren silenciosas lágrimas, fué hacia la cama del enfermo, para darle un beso en la frente, que le dejó en los labios el sabor salado de aquella eterna transpiración que le pegaba a la piel algunos manojos de cabello lacio y opaco.

—¡Se puede pasar!...—repitió el enfermo con los ojos húmedos y con dulzura agregó:

—Y Consuelo? Has sabido de Consuelito?...

Hubo silencio. Pareció que aquel recuerdo los entristecía a ambos profundamente.

—Ayer en la tarde, cuando fuí a dejar esa ropa, pasé a verla a San Borja. Está bien. Luego la darán de alta, según me dijo la "hermana". Además, ¿sabes?... te reservo una sorpresa...

—Qué? ¡Dilo!

Antonio se incorporó. Por su cara que la tisis a los cuarenta años, había marchitado, arrugándola como una hoja, pasó un resplandor de alegría que la iluminó.

—Di pronto.

—¡Qué hoy, hoy mismo, ya vuelve a casa Consuelito! Es probable que de un momento a otro.

—Ayúdame a vestirme... para que me vea mucho mejor, a mi también.

De pronto, mientras buscaba sus zapatos, se detuvo desalentado. Era verdad que era muy grande su contento al ver a su hija después de un mes de ausencia; pero ella representaba ahí en la casa lo que se llama vulgarmente "una boca más", que vendría a concluir más pronto el exíguo dinero que les quedaba. Este pensamiento de amarga y aplastadora realidad, lo anonadó dejándolo con la vista clavada en un punto indeterminado.

—En qué piensas?

—En nada, mujer... o más bien, pensaba en Consuelito...

—Oyes?... Alguien llega; será ella?... La "hermana" me dijo que hoy...

Quedaron en suspenso.

Un andar lento y vacilante, se acercaba, se detenía para continuar con indecisión...

No es ella, Amparo; no son sus pasos... No, no es ella!...

El enfermo clavó la mirada profunda en el claro de la puerta.

Una mujer muy pálida y flaca, se dibujó a contra luz. En su cara fina, parecían quedar huellas y sombras de pasados dolores, y en su boca como el desgarrón amargo de un llanto contenido. No hablaba. Sus ojos grandes y ojerosos de convalesciente parecían decirlo todo: Que había vuelto por fin; que había sufrido mucho; que volvía!... Pero no como era antes, la inocente Consuelito, sino una sombra de ella, un recuerdo desolado de lo que fué... A los dieciocho años, el sufrimiento había puesto en su ros-

tro prematuros crepúsculos de desengaños, que no se merecía...

—¡Padre!...—murmuró acercándose al lecho.

—¡Consuelito!... Mi Consuelito!...—respondió Antonio abrazándola y llorando.

—¡Cómo lo encuentro!... Qué cambiado!

—Y yo también a ti!... Bien decía que no eras tú la que llegabas!

Se miraron ambos a la cara. En la ausencia de un mes, qué distintos se encontraban!

—Te sientes bien?

—Y usted?... Mamá me había dicho!...

—Sí, ya lo sé... Te había dicho!...

El diálogo fué interrumpido por la pequeña María, que ignorando la llegada de Consuelo venía a advertir que el agua estaba hirviendo para el desayuno.

—Consuelo!... Tú... aquí!...

Su hermana menor le cogía las manos mirándola con extrañeza: qué distinta aquella Consuelo a la otra, que era alegre, vigorosa, risueña. Parecía también más vieja. ¡Qué ligero se envejecía!

Cuando supo María—que tenía sólo ocho años—que Consuelo se había ido al hospital, su hermana era muy distinta y ante todo no tenía aquella cara color de cera, y esos ojos con tanta sombra, y aquellas manos tan flacas que ella sentía entre las suyas muy heladas...

Y mientras tomaban el desayuno, los cuatro, reunidos. en el pequeño patió iluminado de sol, pensaron que lo mejor era volver a la patria, a la querida España, que hacía meses abandonaron.

El agente de emigración le había dicho a Antonio que si antes de cumplido el año, contado desde la partida de España, no encontraban una buena colocación, el Gobierno

daba gratis el pasaje de vuelta, con todos los gastos relativos al regreso.

—A ver, dijo Antonio pensando. Van corridos diez meses. Nos faltan dos para que se cumpla el plazo. Y en estos dos meses, yo me he de mejorar...

Un acceso de tos le ahogó la palabra y el enfermo esputó un poco de sangre.

—Es de la garganta... Como hago esfuerzos...

Se hizo un silencio pesado, durante el cual Amparo y Consuelo se miraron con desesperanza, como acordes en un mismo pensamiento.

—¡Ah, volver!... ¡volver!, repitieron con nostalgia Amparo y Consuelo, mientras a sus pies volando del huerto vecino, caía una lluvia de pétalos de duraznos y almendros en flor que la brisa volubre desgajaba, dejando algunos de ellos color rosa, sobre la nevada espuma de la artesa.

## I I

Antonio recordaba siempre con tristeza aquel viaje, cuando embarcándose en el inmenso transatlántico que enfilaba su proa a las costas de América, había forjado un mundo de ilusiones y esperanzas de mejor vida.

—Se dice que en América, con un poco de esfuerzo, todavía se puede recoger mucho dinero, hacer un fortuna!...

Esto comentaban sus compañeros de viaje, apiñados en la cubierta de aquel barco que los llevaba a la conquista de una mejor vida. Iban todos alegres, mirando con ojos inquietos y escudriñadores, el horizonte marino de entre cuya bruma, de un momento a otro surgirían, como un sueño, las playas anheladas.

Fué verdad que al perderse el último pedazo de tierra de la querida España algunos se enternecieron, y otros hasta lloraron, afirmados en la borda de la cubierta, para dar el adiós, acaso eterno, a la tierra que aunque ingrata, se la amaba con el mejor de los cariños.

Antonio recordaba que no pudo contener las lágrimas cuando del terruño se perdió todo bajo el mar, no quedando tan solo, sino una fajita gris e inmóvil desvaneciéndose poco a poco.

Pero luego, llegaron horas alegres a bordo, canciones risueñas, recuerdos lejanos rimados por aquellas guitarras españolas que parecían cantar nostalgias hondas, o por el susurro adormecedor y quejumbroso de los acordeones de sus compañeros, que las olas acompañaban con sus chasquidos en el casco, como extrañas castañuelas melancólicas.

Se comía apresuradamente, se dormía poco, y cuando el recuerdo era más intenso y amenazaba hacer saltar las lágrimas, entonces ¡Venga un rasgueo de guitarra! un trago, o una apasionada jota bailada en pleno mar y bajo el libre cielo!

Muchas veces los sorprendió el baldeo del alba que hacían los sirvientes en el barco, en plena fiesta. En una de esas mañanas, Antonio se sintió con pequeños calofríos, que pronto aumentaron. Bah! No sería nada. Tal vez la brisa helada del amanecer que le cogió mal. Ya pasarían cuando tocaran en el Brasil, al contacto de ese clima tibio que recordaba el de la Patria.

Fué verdad que se sintió mejor al recalar en América. Pero había que continuar viaje hasta Chile, y según había oído, la pasada del Estrecho de Magallanes, era peligrosa. Este recuerdo lo hizo temblar con ese frío que volvía.

¿Se habría enfermado en realidad? Lo atacaría tal vez una de esas fiebres palúdicas de que había oído hablar a sus compañeros?... Olvidar todo! Serían aprensiones!

—Papá...? Se siente mal?—le preguntaba Consuelo cuando lo veía melancólico afirmado en la borda contemplando con insistencia el mar... Y no lo abandonaba ya durante todo ese día.

En plenos dieciochos años, aquella españolita traía revolucionado el elemento masculino del pasaje de cubierta. No muy alta, flexible, tenía en su cuerpo esas elasticidades graciosas que hacían exclamar a los hombres: “¡Ole, la real moza!” y ella sonreía mostrando sus dientes apretados y blancos, y parpadeando sus rasgados ojos oscuros en donde se adivinaban todos los apasionamientos de las tierras levantinas.

—“Antonio tiene un tesoro en Consuelo! Qué muchacha, qué ojazos”—exclamaban los hombres codiciosos y enardecidos por la brisa salada.

Y aquellos ojazos que fingían a veces modestias desconcertadoras, se bajaban velándose por unas largas pestañas rizadas, que les comunicaban más sombra y más pasión.

Junto a su padre, cuando lo veía asaltado por aquella tristeza se volvía una chiquilla inocente y mimosa: “No había que estar así. Animo! Pronto llegarían a trabajar! Lo que él sentía era tan solo pena, vamos, esa pena que se nos mete muy adentro, cuando dejamos lo que se ha querido...”

Pero lo que Antonio sentía ahora, al final de aquel viaje, era un malestar tan grande, agravado por aquella tosecilla maldita, que lo cogía al levantarse.

Al término de la larga travesía, una de esas mañanas brumosas que envuelven los malecones de Valparaíso, de entre cuya atmósfera, penden tristes y pesadas las insig-

nias de los buques y los mástiles asoman oscuros como ramazones invernales, Antonio y su familia descendieron la escala del barco para embarcarse con rumbo a tierra en el pesado lanchón negro y sucio que los conduciría.

Aquel adiós a sus compañeros tuvo tanta melancolía como aquel otro, mudo y hondo que dieron a la Patria al partir. Hasta ese momento habían estado juntos, formando en la cubierta del barco una íntima y cariñosa "Patria Chica" que terminaba ya en ese adiós.

Las guitarras descendían enfundadas asomando en la punta de los mangos y unidas a las clavijas, cintas gualdas y rojas que evocaban a la Patria en aquella atmósfera tristona y gris. Los acordeones sin funda que habían alegrado la travesía, se mojaban en medio de la neblina acuosa, sonando alguna nota perdida que sus fuelles emitían, como un quejido en la precipitación de la bajada.

Consuelito, en la popa del lanchón, aparecía como una nereida. Una toldería de pañuelos de los que quedaban en el buque, decían adiós y entre ellos, algunos ojos desesperanzados dirigidos a aquella muchacha que durante todo el viaje no quiso corresponder ni con una mirada.

Algunos iban tristes; otros alegres piropeando a la chiquilla, que ahí en la popa del lanchón, parecía más seductora.

—¡Qué nos volvamos a ver, Consuelito!

—¡Olé, la real moza!...

Un andaluz propuso que se desfundara una guitarra para dar un poco de sol a esa neblina. ¡Oh! No era conveniente. No estaban en "la tierra"... En ese momento, una tos se dejó oír en medio del alborozo que había levantado la idea de la guitarra.

—Antonio, abrígate; corre viento...

—Ya pasará eso, padre; no es nada...

Aunque Consuelito, acercándose cariñosa a Antonio, le decía que no era nada, sin embargo, por el lanchón había pasado un temblor extraño. Se iba la alegría, de improviso, y ante aquella tos de enfermo, volvían los temores de futuras desgracias, volvía la pena, la nostalgia de la tierra, las caras se inclinaban como plantas doblegadas por una tormenta, y en la lancha que avanzaba con crujimientos ásperos, se hacía un profundo silencio.

Cuando atracaron al muelle, todos descendieron mustios, y en medio de la melancolía de aquel desembarque se produjo un ruido extraño como de algo tenso que se corta, al mismo tiempo que Antonio ahogaba una tos en el pañuelo.

Todos alzaron la cabeza, interrogadores, averiguando aquello.

—¡Qué ná, hombre, qué ná! La prima que se cortó!... —dijo un andaluz rapado, y con persianas mostrando su guitarra con la cuerda cortada recogida a las clavijas como serpentina.

—¡Ah!...—prorrumpieron todos, como si hubiesen aliviado de una duda.

Y aquellos emigrantes españoles, tocaban tierra en país extraño, con una jota ahogada en la garganta y con una cuerda rota en la guitarra...

### I I I

Habían pasado cinco meses de su estada en Chile, y la suerte de Antonio no prosperaba. Al principio, recién llegado, consiguió colocarse como hortelano en uno de los fundos de los alrededores de Santiago.

Empezó a trabajar con entusiasmo y constancia. Aquella tos había disminuído algo, mostrándose tan solo algu-

nas mañanas en que Antonio se levantaba al clarear el alba, para la recolección de las legumbres.

—Esto marcha bien—decía a su mujer—y en poco tiempo más, hasta podré tomar en arriendo la hortaliza.

Una vez en una de aquellas madrugadas, tuvo un acceso de tos más fuerte que lo obligó a dejar la picota con que trabajaba... Había escupido sangre, si... no se equivocaba: a la pálida claridad del alba, imaginó un reptil extraño, dispuesto a acecharlo. Y entonces, al levantar los ojos con desconsuelo, le pareció que aquella luz opalina y suave que clareaba la cordillera, tenía también manchas rojas que se agitaban...

Al otro día, el doctor, prohibió las levantadas temprano y cualquier trabajo pesado.

—Pero esto no es posible,—decía él, a Amparo. Venir a este país en busca de sustento más fácil y encontrar esto; tan solo esto: una enfermedad... en fin, una enfermedad que me obliga a estar metido en casa!

No valían para él los consuelos, las promesas de mejores días. La realidad era eso: un hombre inútil que iba enflaqueciendo a pasos agigantados.

Cuando el doctor le dijo por fin una mañana, con agradable sonrisilla y arreglándose el nudo de la corbata, que aquello iba mal y que era necesario renunciar a toda esperanza de trabajo, por lo pronto, o más bien para siempre, se reveló en su silla de enfermo, quiso apretar los puños y luego quedó tan sereno como si nada hubiese oído. Qué otra cosa iba a hacer, cuando en ese fugaz instante de ira, sus músculos no habían tenido fuerza ni para una mezquina contracción?

Era necesario que trabajasen ellas, Amparo, la niña... Consuelito. Si, que Consuelo fuese a trabajar para su padre. Cuando propuso esto a su mujer, tuvo que hacer es-

fuerzos para no llorar. ¡Su Consuelo lejos de él, con extraños, expuesta a quien sabe, qué cosas!... ¡Su Consuelo! que lo más pesado que había hecho allá en la tierra de España, era acompañarlo al cortijo para que cuando él dejara la picota o el azadón, darle un beso que lo resarciera de la fatiga, después de todo un día de labor.

Luego que Consuelo hubo dejado el hogar para ocuparse como sirvienta en casa de un señor italiano, Antonio se reagravó. Ya apenas podía dejar su silla y dar algunos pasos por el estrecho patinillo para desentumecer las piernas.

Su hija iba a verlo a menudo. Antonio notaba en ella cierta inconfesada tristeza, que había desteñido en su cara los frescos colores de antes, para cambiarlos por tintas mustias, y al preguntarle por su nueva vida, ella respondía con palabras incoherentes, como si pugnara por brotar a los labios una confidencia grave. La visita terminaba siempre con un "hasta luego", dicho a media voz, y por un beso en la frente.

Una tarde, una vecina, se presentó sigilosa, preguntando por Amparo. Hablaron ambas muy en secreto y agitadas, y por toda revelación de aquello, Antonio oyó sólo un "infame" que pronunció su mujer.

—Sucedé algo?... Qué pasa?

—Nada. Una historia que me contaron... ¡Nada!... --Y la pobre luchaba por fingir tranquilidad. Pero cuando llegó el día de la visita que Consuelo acostumbraba hacer a su padre, éste preguntó intrigado.

Ya no se le pudo ocultar. Fué una mirada muda que dió Amparo al enfermo, una mirada llena de lágrimas, seguida de algunas palabras:

—...Que Consuelo... Dios mío!... Que Consuelito está en el Hospital...

—Por qué?... preguntó ansioso Antonio, abriendo sus ojos de tísico, hechos más sombríos por la duda terrible...

Se estremeció el enfermo, alzó los puños apretados y luego los bajó desfallecido por un acceso de tos.

Y ahora para Antonio, no tenían otro interés los días que preguntar a su mujer por Consuelo. La había visto? Estaba mejor? Cuando volvería a casa? Cuanto deseaba volver a verla!

Sin embargo, aquella mañana del regreso de Consuelo, sintió pesar por su deseo. Mejor habría sido no verla más, conservar de ella el dulce recuerdo de aquella Consuelito risueña, llena de vida, que tantos mimos sabía hacerle y no ver acercarse a su cama aquella sombra dolorosa...

—Cómo se siente Ud. hoy? Está mejor?

Se volvía Antonio en el lecho, alzaba su brazo descarnado para acariciarla, y al ver aquella palidez, aquellos ojos en cuyo fondo parecían desfilar sombras del pasado, quedaba inmóvil y su mano detenida sobre aquella frente, como cobijando una urna con cenizas de recuerdos...

En cierta ocasión, Amparo y Consuelo, se sorprendieron con una misma pregunta:

—A qué fecha estamos?

—Diez de Septiembre...

Y más bajo, Amparo calculó:

—Diez de Septiembre... a Octubre, uno... el veinte de Octubre se cumple el plazo para volver... Mes y medio más o menos...

Miraron ambas a la cama del enfermo y quedaron contemplándose al fondo de los ojos, como poseídas de un mismo pensamiento horrible... Sin agregar una palabra más, se retiraron.

Desde ese día pareció que vivían en una perpetua inquietud. Se acercaba Amparo, al borde de la cama de Antonio, y le preguntaba:

—Cómo te sientes hoy?

—Hoy?... lo mismo... Este cansancio!...

Consuelo, siempre tímida, silenciosa, tal como si tratara de pasar desapercibida. Antonio la llamaba a su lado, preguntándole por qué se ocultaba, cuando de lo que pasó, ella no tenía ni la más lejana culpa. Estaba siempre flaca, muy pálida, con una palidez profunda, de espanto. Y en esos momentos, juntos a su hija, recordaba un poco del pasado, los días a bordo, cuando se sentía orgulloso de su hija, que era la reina del pasaje de cubierta. Dónde estaba aquella Consuelo? Qué extraño fenómeno se había operado en ella? De toda aquella gracia y exhuberancia de vida quedaba en los ojos un encanto entristecido de ruina y en sus mejillas la palidez de rosas sin sol. Aún ahora, cuando sonreía, cuando se mostraba contenta, aquella sonrisa se apagaba con un dejo de fatiga y aquel contento era como la alegría de un cómico viejo en escena.

—Tu crees que mejoraré?—Dímelo—insistía cogiéndole las manos con ansiedad—dímelo tú, porque Amparo no me dice la verdad... El doctor, no les ha dicho algo?...

—Sí... mejorará... si... el doctor dijo que con cuidados...

Formular estas pocas palabras era para ella un suplicio, porque en realidad, lo que había dicho el médico era que Antonio moriría fatalmente. No precisaba cuándo, pero aquello llegaría luego...

—¡Yo quiero mejorar!... A lo menos un poco, para hacer el viaje... para volver. Tienes tú deseos de volver allá?

—Sí; pero antes... que Ud. se mejore... Si, quiero volver... pero que Ud. se mejore!...

No continuaba el diálogo. Ambos callaban.

En una de estas ocasiones, el enfermo preguntó inquieto:

—Cuánto falta para que se cumpla el plazo dado por el Gobierno?

—17 Días,—contestó rápida Amparo, como si aquella cuenta fuese para ella muy familiar.

Antonio las miró espantado. ¡17 días, y él todavía lo mismo!

Amparo agregó con timidez:

—Ayer he gastado el último dinero que nos quedaba. Hoy para almorzar, tuve que mandar la cómoda al montepío...

El enfermo guardó silencio y no habló más en aquel día.

Hacia la noche, se reunían todos a la orilla del lecho. Un respirar cansado se oía bajo las sábanas.

Qué iría a pasar? El término del plazo se aproximaba. Uno, dos, cuatro días... que acercaban aquel veinte de Octubre inquietante. El doctor había dicho que la muerte se produciría en pocos días más. La vida que quedaba en ese cuerpo, se reducía a un poco de brillo en el fondo de aquellos ojos que cada vez parecían abrirse más, como ante un fantasma que se aproximara... Y si moría, después de la fecha aquella?... Un día después por ejemplo?... Qué vida más miserable les esperaba en una tierra extraña para ellos, si esto sucediera!

Se acercaban al lecho con cautela, Amparo y Consuelo, para oír la respiración... A veces ésta era tan ténue que se necesitaba un oído muy fino para percibirla.

—No respira?...—se preguntaban con ansiedad que amenazaba detener sus vidas, y se aproximaban más a la sábana que perfilaba la nariz aguda de Antonio. Parecía que no respiraba... En la penumbra chispeaban las pupilas, con resplandores de esperanzas... Más cerca aún, sin hacer ruido, y levantaban una punta de la sábana. La cara del enfermo parecía cadavérica, llena de cortes violentos trazados por los huesos sin carne, y las alillas de la nariz con su cartílago enjuto y seroso, moviéndose pausadas.

—Respiraba!... Estaba vivo aún!

Se retiraban silenciosas de la cama a su rincón. Consuelo lloraba a veces. Por qué la asaltaban tan a menudo esos pensamientos y deseos terribles? Por más que ella quisiera desecharlos, ahí estaban como una pesadilla atroz. Se volvía más tierna con su padre, más cariñosa, y en medio de aquellos mimos sinceros, pensaba en el viaje, en el regreso ansioso por sobre todas las cosas, pero luego, volvían aquellos deseos terribles, avasalladores, que le hacían estremecerse con un frío intenso.

Cuando ella y su madre se acercaban en la noche a ver al enfermo, para cerciorarse de aquella respiración que era tan solo como un temblorcillo de mariposa, se miraban un segundo, para ocultarse luego como cómplices de un crimen.

—Faltan sólo nueve días para que se cumpla el plazo—dijo una noche Amparo, después de un largo silencio.

—Y si el papá, se muriera luego?... podíamos irnos—exclamó una vez, ingenuamente, la pequeña María.

—Oh! ¡ Por Dios!—dijeron ellas al mismo tiempo y la hicieron callar y luego guardaron un profundo silencio, no osando mirarse.

A la mañana siguiente, el enfermo tuvo una hemorragia. Luego que ésta hubo pasado llamó a Amparo y Consuelo, para decirles:

—No me explico por qué, pero después de esto... me siento mucho mejor... Creo que hasta podríamos intentar embarcarnos. ¿Qué les parece?

—Nó. Nó. Había que cuidarse. Primero esta él. No importa que se perdiera el viaje.

Después de estas palabras, Consuelo se puso a llorar...

—Madre!... Madre!... No sé lo que tengo!... Pero me ahogo!—decíale ella a Amparo,—me parece que mi padre, cuando nos mira...

No terminaba su pensamiento y volvía a llorar.

Se acordaba de aquellos ojos tan profundos de Antonio, de esa mirada interrogadora, de esa dulzura intensa que hacía daño, de esa mirada que como asomándose desde el fondo de una prisión, pedía consuelo...

Oh! Aquellos ojos que tenían la serena y atrayente acuosidad de la muerte, parecían acusarla de algo, adivinar en ambas la complicidad de un deseo, de un deseo doloroso y absesionante...

Aquella mañana que sacaron a Antonio al patio, en su silla de brazos, rodeado de almohadas, para que respirara aire más puro y se alegrara mirando los duraznos floridos, Amparo dijo muy sigilosa a Consuelo:

—Tienes las uñas moradas... y el doctor dijo...—No concluyó el pensamiento para agregar:

—...Estamos a trece de Octubre,... faltan todavía siete días...—terminó rápidamente, y en su andar agil se notaba un no sé qué de extraño...

Consuelo nada contestó, y fué a sentarse al lado del enfermo.

La llamó Amparo, para decirle nuevamente:

—El médico dijo que cuando se le pusieran las uñas moradas la asfixia estaba muy próxima...—y volvió a marcharse a la cocina con aquel andar ligero y revelador...

Consuelo volvió al lado del enfermo. Ya no lo abandonaría ni un instante.

—¡Olé, la real moza!... ¿Recuerdas Consuelito... aquellos días?

Aquella expresión apasionada, dicha por esos labios sin sangre producía escalofríos. Los recuerdos volvían vagamente, apenas esbozados. Ella cogió esas manos huesosas, con ternura, como en una postrera caricia.

—Y el viaje?... moduló apenas, Antonio.

Aquella evocación renovó en Consuelo, las ansias de partir, de volver de nuevo a la Patria. Si, volver! No quedarse aquí donde habían sido tan desgraciados; volver a la Patria, que después de aquella larga ausencia tendría para ellos un poco de cariño y compasión. Ah! Volver! ¿A qué?... Por qué no podían volver?... Era eso tan fácil y tan sencillo!... Si ya le parecía verse en la cubierta de un inmenso transatlántico, respirando la brisa tibia y anunciadora de la tierra... Si ya le parecía ver de nuevo el cortijo que abandonara, los balcones de sus amigos, rebosando de claveles y verbenas!...

—Madre!... Madre!...—fué un grito de espanto.

Amparo corrió a su lado. El enfermo parecía que entraba a un período de inmensa tranquilidad. Aquel color amoratado de sus mejillas se trocaba por un tinte sereno de suprema paz, y la respiración, esa respiración que tantas veces ellas habían acechado, se concluía poco a poco, muy lenta, levantando apenas las alillas de la nariz... Las dos estaban inclinadas junto a él, con los ojos clavados en los suyos, pendientes sus vidas de aquel respirar imperceptible... Una brisilla leve agitaba los árboles, desgajando

pétalos... Y aquello llegaba lentamente, sin pavores, amable como una esperanza largo tiempo acariciada. Llegaba por fin la muerte, la buena intrusa entonces, a libertarlos para siempre, abriendo en el crepúsculo de una tumba, como el despertar de un bello día...

El enfermo hizo un movimiento más acentuado... Las pupilas de ellas parecían clavadas ante aquellas otras desvanecidas, acuosas, que empezaban a cerrarse, reflejando en su cristal vacío, las flores de los huertos, hasta quedar definitivamente en paz... Por las comisuras de los labios resbaló un lento hilillo de sangre desleída, como resto de una vacija que se vacía...

—Ah! Dios mío!...

Prorrumpieron ambas en un suspiro de supremo descanso y les pareció que ahora querían mucho más a ese pobre Antonio, que ya no era una molestia ni un fardo para nadie, y que inmóvil en su silla de enfermo, con la cabeza echada hacia un hombro, parecía dormir como en otros días, arrullado por aquella brisa que arrastraba hasta él frescas flores de durazneros...

---

# LA SED

(A Lucrecia Undurraga de  
Yáñez, con ternura).

—Que te parece el arreglo que he hecho en mi taller,  
Luz.

—Magnífico, con el buen gusto que tú pones en todo,  
Fernando.

—El retrato último, el recién terminado, como ves, está  
en el caballete del centro, ya que es la obra que quiero  
mostrar más visible a todos.

—Y es una maravilla de luz y de color.

—La luz es la de tu nombre; el color apenas es lo  
único mío,—terminó el pintor, acariciando a su esposa,  
que con ternura se acercaba a él, como buscando un refu-  
gio en esos brazos poderosos de hombre que había sabido  
vencer en todas las luchas.

Se quedaron silenciosos un momento, mirando a su al-  
rededor, como satisfechos ambos de aquel ambiente tan  
lleno de recuerdos. No hacía cinco años, apenas, aquel ta-  
ller era casi un simple galpón, que el trabajo y la pacien-

cia de Fernando habían ido embelleciendo poco a poco hasta convertirlo en un salón lujoso, sin que perdiera ese carácter de despreocupación y de intimidad que tanto ambiente presta a estos sitios de artistas.

—¿Te acuerdas, Luz, que el único sitio confortable que había aquí antes, era aquel rincón, el de la “otomana”, como tú decías pomposamente, por un sofá desvencijado, de viejísima sedería, en el cual había que hacer proezas para no chocar a cada instante con un resorte fuera de su sitio? ¡Y pensar que ese sofá está en muchos de mis cuadros!, y parece pintado con un color desvanecido, de lo más exquisito en cuanto a tonalidad.

—La otomana en que más de una vez, después de una larga sesión, y ya sin luz para pintar, anunciábamos la comida, y ésta se reducía a un trozo de queso, en los días afortunados, y pan no muy tierno, pero sin queso... la mayoría de las veces. Y tú más de una vez tuviste la debilidad de llorar, porque te parecía que yo tenía más hambre que tú, que yo estaba aburrida de soportar miserias. Pero yo tenía fe, profunda fe en ti, y veía cerca el día de tu triunfo definitivo...

—Y ese día llegó por fin... Cuando pinté aquel primer retrato, después de la medalla, mi mano temblaba. Temía echarlo todo a perder, y empezar de nuevo la vida de miserias. Tu estuviste siempre tras de mí... Cada vez que flaqueaba, oía tu voz, muy bajita, para que no te oyese la modelo, que me decía: “¡Qué bien está eso, qué carácter, qué color más hermoso!... ¡Adelante, Fernando!”.

—Y yo también temblaba, hombre, porque creía que no te bastarían mis palabras, y que ese pesimismo que te asalta a veces, te haría soltar paleta y pinceles. En realidad yo trabajaba entonces moralmente tanto como tú;

y quizás más que tú, y no sé por qué, pero es el caso que me pareció más de una vez que era mi alma la que calentaba tu mano y se asomaba a la punta de tus pinceles. Cuando firmaste aquel retrato, y la dueña de él sonrió de satisfacción, yo hubiera querido confundir a ambos en un abrazo, pero me limité a mirar todo aquello con cierto aire despectivo, como queriendo decirle: "¡Qué se había figurado usted!... Mi marido es capaz de mucho más!..."

—Luz, mucho de mi éxito te lo debo a tí!

—A tu talento; pero yo quiero creer que es a mí, porque así me parece que eres más mío, y que debemos marchar juntos hasta la muerte.

—¡Y más allá, si se pudiese!...

—¡Fernando!...

Se dieron un beso humedecido por una lágrima, en el cual parecieron fundirse tristes recuerdos lejanos, y horas de felicidad presente.

La holgura de vida había llegado por fin a aquel hogar, poco a poco, pero en forma segura y aumentando cada día. Se esperaba la coronación de la felicidad, siempre que al marido de la rusa Nicolajeva le gustase el retrato que Fernando había pintado últimamente, que siendo así, aquel hombre había de encargarse otro para su mujer, y además comprar al pintor un cuadro de gran composición que había optado, hace años, a la medalla de honor del salón, un asunto bíblico de difícil venta, antes que nada, por su precio. Aquel dinero reunido, daría a Fernando seguridad de vida, y le permitiría pagar la fuerte hipoteca de la propiedad de sus abuelos, en la cual vivía, y de la que por nada del mundo quiso él deshacerse jamás. Así, con un bien raíz libre de todo gravamen y con su prestigio hecho de retratista, la vida sería para ambos una perpetua felicidad.

—Dicen que la Nicolajeva es una mujer muy bonita y caprichosa—dijo Luz,—sacudiendo con un plumerillo liviano la obra de su marido puesta en el caballete.

—Eso dice Martín, pero tú sabes lo novelero que es Martín.

—Y además, que hay en su vida muchas historias raras, de amores trágicos, de hombres enloquecidos por ella, de hombres arrastrados hasta la locura.

—Nunca he comprendido al hombre que enloquece por amor. ¿Cómo será la locura por amor? Comprendo que se ame, pero sensatamente, sin perder la cabeza. Yo te quise mucho y te quiero, pero mi amor fué por ti una ternura muy grande, y cuando me casé contigo, me pareció que era un hombre más completo, que era más hombre y que tenía más confianza, en la vida. Pero amores locos, trágicos, sensuales, que hacen perder la razón, no los he comprendido jamás. Nunca, ante la vista de una mujer, por bella que haya sido, me he sentido en ese estado de estupidez cerebral. Ya tengo cuarenta años, y no creo que sentiré ese mal de amor tan repetido en las novelas de hoy.

Luz, lentamente va hacia Fernando, y con una actitud que jamás el pintor le había visto, le cogió la cabeza, le alzó la cara, y mirándole al fondo de los ojos, le preguntó con voz callada, como si quisiese que las palabras llegasen hasta el fondo de su corazón:

—¿Jamás quisiste a nadie más que a mí?... ¿Jamás un deseo turbó tus sentidos por nadie?... ¿Ni una sombra de deseo siquiera, de esas que suelen hacernos traición, a pesar de nuestra voluntad, a pesar de nuestros firmes propósitos?

—Hago memoria en mi vida, y no veo nada... nada... Aún más: te descubriré mi conciencia, diciéndote

que ni en sueños un deseo de mujer ha turbado mis sentidos... Mi arte y sólo tú son toda mi vida.

—Es extraño, Fernando, todo eso, con la imaginación ardiente que tienes, con unos nervios tan finos y una sensibilidad tan exquisita.

Hubo una pausa, y pareció que el artista, por primera vez en su vida, pensaba seriamente en aquello. Sus ojos lanzados fuera del taller, por una de las ventanas que daban al campo, parecieron quedarse fijos, nostálgicos, como si su mujer en aquella hora, de mutuas confidencias, abriese ante sus pupilas un mundo nuevo, así como las láminas de un libro pecaminoso dejan en suspenso y vagamente triste el corazón de un niño en la pubertad...

—Oigo voces—dijo Luz, interrumpiendo la meditación del pintor—y una de ellas es la de Martín, que guía.

—Sí, son ellos. Ten por seguro que Martín ya les ha hecho el "artículo". Pobre muchacho, tan bueno a pesar de su fracaso en el arte.

Ante la intención de su mujer que va a irse, le dice el pintor:

—No te vayas. Tú sabes que yo no tengo la suficiente tranquilidad para tratar con estas gentes. Soy un poco cerril en tratos mundanos. No te inquietes, que estás bien vestida.

—Me alegro, porque yo también quería quedarme. Quiero conocer de cerca a esa mujer

En ese momento hizo irrupción en el taller, la figura sanota e inquieta de Martín, con sus ojos ratoniles a fuerza de movimiento, y su nariz que hacía el efecto de estar buscando un olor que se le escapaba.

—¡Ya estamos, señores, en el templo del arte, en la torre de marfil del gran retratista! ¿Y dónde está ese hombre, ese trabajador cenobita?—gritó San Martín, mi-

rando hacia todos lados y viendo por fin a Fernando que, con cierta dejadez y respeto, se ponía de pie;—agregó: —Ecce homo, he aquí al hombre. . .

Se descubrieron las cabezas de los que entraban: la del ruso, un hombrón alto, con elegancia afectada, con unos ojos casi inmóviles que parecían luchar entre la grasa de los párpados, para poder fijar la imagen, y la de un jovencito, muy lamido, de guantes blancos, que con cierta afectación académica, se puso el sombrero de paja debajo del brazo, como si se tratase de un paquete. Presidiendo a estas tres personas, y como protegiéndolas con su belleza, la Nicolajeva, una mujer rubia, de un rubio rabioso, de ojos verdes felinos que parpadeaban rápidamente como si trataran de quitar de su mirada húmeda, alguna pajuela que los molestase. Después de la presentación, que se efectuó con una simple venia por ambas partes, dijo la Nicolajeva, mirando a Luz e interrogando a Fernando:

—¿Su esposa?—y en vez de seguir mirando a la esposa se fijó en Fernando, con insistencia, tenazmente, mientras los ojos de éste, no dándose cuenta de esa mirada, iban del ruso a su retrato, estudiando la impresión que la obra había hecho en el comprador.

—¿Cigarros?—pidió aquella mujer al jovencito, y éste rápido y obsequioso, le alargó una petaca de oro, de la cual sacó ella un cigarrillo egipcio, tan finísimo que hizo el efecto de perderse entre sus dedos de largas uñas cuidadas y muy agudos. Lo encendió sin apartar la mirada de Fernando. La primera bocanada de humo alcanzó la cara del pintor, que sintió en sus narices el dulce perfume del egipcio, mezclado otro más turbador, cuya procedencia el artista quedó ignorando, pero con la sensación de tener entre sus labios una cosa extraña, acre e insinuante

que había de acompañarlo durante mucho tiempo en su vida. Luego la Nicolajeva, retiró rápidamente la vista del rostro de Fernando, y la fijó en el cuadro que estaba en el caballete, para decir un cumplido en correcto francés, con un poco de acento.

Martín, que ya reventaba por hablar de las cualidades de su amigo, dijo por fin.

—Galanterías a las cuales está acomtumbrado este regalón de la gloria. ¡Qué digo galanterías, justicia, nada más, y justicia a que las mujeres tienen acostumbrado al gran hombre!...—¿Las mujeres?...—interrogó la rusa, acentuando mucho la palabra y volviendo a mirar a Fernando, que permanecía fija la vista en su cuadro como si esperase una sentencia. La Nicolajeva, en ese instante, tiró el cigarrillo, apenas quemado, y se mordió los labios, sentándose con desgaire, y echando hacia el respaldo del sillón su abrigo, cuyo forro hizo a su busto, exageradamente descotado, como un fondo de caprichoso y fuerte color.

Luz, fuera del círculo que miraba el retrato, parecía azorada, y con decidida intención de marcharse, ya que parecía que nadie reparaba en ella. Fernando, como buscando una ayuda a su timidez, llamó:

—Luz, ¿dónde estás? Ven acá; acércate. Dice este señor que mi obra le parece bien. Y al buscarla con los ojos, se encontró con la mirada verde de la rusa, se fijó en ella, con extrañeza, y pensó: “Hermoso modelo, interesante...” Pero luego su pensamiento rectificó: “No, no es eso... modelo no... Es algo extraño... algo extraño... Yo no he experimentado jamás en mi vida esta sensación...” Y sintió de nuevo en su boca y en sus narices, ese sabor dulce de cigarrillo egipcio y otro sabor que sus labios desconocían, y ya desde ese momento se sintió mal, y buscó apoyo en su mujer, que muy cerca de él le dijo con

ternura, estrechándole el brazo, como lo hacía en otros tiempos cuando Fernando estaba desalentado:

—¿Qué tienes? ¿Qué te pasa?

—Me siento mal... Esa puerta, quizás, que la han dejado abierta.—Y oyó como si llegasen de un sitio lejano, voces que decían: “La obra es magnífica... Pintará usted el retrato de que le hablé... No quedará por precio... Compró el cuadro bíblico... Es espléndido; es admirable... Arreglará usted el trozo de la izquierda...” Pero dominando a todas estas voces, que le parecieron ajenas a él, una mirada verde clavada en la suya, como una esmeralda de agudas aristas, que se hundía en su carne, torturándole y haciéndole gozar al mismo tiempo una delicia jamás sentida... y ahora en sus labios resecos, en su lengua pegada al paladar, una sensación de sed. de loca sed jamás sentida en la realidad, sino tan sólo en sueños, en días de fiebre, cuando era niño y soñaba que su boca se pegaba a una fuente cristalina, cuya agua se escurría al llegar a su garganta...

La rusa Nicolajeva sonreía satisfecha, desde su fondo de caprichosa fantasía, y con una pierna sobre la otra mostraba una de sus rodillas redondas y llenas, cuya piel se transparentaba insinuante al través de la seda tensa de su media... La miró el pintor, y ella con un rubor que no pareció estudiado, bajó su falda, y quedó con la vista fija en el techo, indiferente, casi fría. Luz, apretando el brazo de su marido, le preguntó:

—¿Qué te parece?

—Ella?...

—Nó, tu éxito...

—¡Ah... Imagínate! ¡Qué alegría!

Luz miró a Fernando, serenamente, bondadosamente, y éste bajó la vista, como sorprendido en traición, y no

supo por qué en ese instante pensó de nuevo en las palabras que su mujer le había dicho hace poco:—“¿Jamás quisiste a nadie más que a mí?...”

## I I

—¿Has terminado el retrato de la rusa?—le preguntó Martín a Fernando una mañana, después de un mes, más o menos, de la primera visita de aquella mujer al taller.

—Sí, y no sabes tú todo el esfuerzo que eso me cuesta...

No digas tonterías. Si te ha salido de un tirón, sin vacilaciones, sin cansar la tela. ¡Milagros del temperamento! Lo que a mí me habría sido imposible hacer, sencillamente, tú lo haces con una facilidad pasmosa. Es para sentir envidia, esa verdadera enfermedad de la envidia, esa tortura callada, tanto más amarga cuanto que muchas veces tenemos la cobardía de disimularla, lo que resulta peor todavía. Yo, como muchos, he sido envidioso, he sufrido por eso; pero no ha sido una envidia rencorosa, sino esa envidia hecha de pena y de impotencia ante la obra que se sueña y que no puede realizarse, ya sea por falta de dominio del oficio o por incapacidad, sencillamente. Y esta lucha es atroz, es horrible, porque sabemos que al final de ella hemos de salir derrotados, para toda la vida, para siempre...

—Tú tienes talento—consoló Fernando a su amigo, mientras rehacía uno de los trozos del cuadro bíblico.

—¿De qué me sirve, si no lo tengo para pintar, cuando lo que a mí me gusta es pintar? No sabes tú lo que es eso, no has sufrido tú esa infinita amargura de querer y

no poder, ese desaliento que dá el pincel lleno de pasta que tiñe may y se arrastra peor...

Su boca, siempre alegre, siempre dispuesta a la risa, pareció temblar; vaciló su voz ante la última frase, como si una lágrima la quebrase, y agitando la cabeza, como para sacudir toda la amargura que en quel momento lo asaltaba, se levantó del sofá, y mirando a su amigo, le preguntó:

—Te has quedado en silencio, como si tú también fueses un fracasado. ¿Qué tienes? Hace varios días que te veo raro. ¡Vamos, confiésate conmigo!...

Fernando miró a su amigo, largamente; soltó los pinceles, uno de los cuales manchó el lienzo con una raya roja como la de una herida, y le dijo quedo, después de cerciorarse de que la puerta de su taller estaba cerrada y nadie podría oír lo que iba a decirle:

—Martín, ¡yo soy un canalla...!

—Pero, ¿tú estás loco...?

—Sí, un canalla... un canalla...!—y cubrió su cara con sus manos, que se aferraron a las mejillas como garras.

—¿Pero qué has hecho para calificarte así? Explícate; que yo me dé cuenta del por qué eres un canalla.

—Mira, soy un canalla, porque...—Buscó la palabra, vaciló, con los ojos agrandados, como por un estupor extraño; tartamudeó alguna frase ininteligible, para terminar diciendo a su confidente:

—No sé... no sé... Es verdad que no hay una acción mía, un hecho preciso, a la vista de todos, para merecer ese calificativo, pero yo se que lo merezco, que lo merezco desde hace ya muchos días.

Y atrayendo hacia sí a su amigo, abrazándose a él, le dijo balbuciente:

—Pero, he luchado, Martín, he luchado horriblemente con la mala idea, pero ésta me ha vencido, me ha derrotado, y ya no tengo fuerzas para seguir luchando y me abandono a ella como un granuja cualquiera, sí, como un granuja que merece un puntapié...!

Sus últimas palabras fueron acompañadas por un sollozo reprimido de hombre fuerte, una especie de alarido, que pareció llenar el taller de un dolor espantoso que por la primera vez, oían esas murallas apacibles de aquel rincón de recogimiento y de trabajo.

—Cálmate y pongamos orden en tus ideas. Lo que tú tienes es un golpe de sangre, nada más.

—No, te equivocas, porque todo lo que hago es con perfecta conciencia de que hago mal. Me doy cuenta de mi granjería y no puedo evitarla.

—Tú estás enamorado, eso es todo, y no creo que sea mucho, y estás enamorado de Wanda Nicolajeva. Te la señalo con su nombre íntegro, para que no haya equívocos. No veo en todo ello la granjería que tú dices.

—Lo tomas con calma, porque tú no estás en mí, porque no sientes lo que yo siento.

—Además, te diré: Estás enamorado y deploras engañar a tu mujer, a quien adoras. ¿No es eso?

—No es todo... Si fuera eso sólo, eso que se dice "estar enamorado", no me afligiría, pero es que todo ello me acarrea una verdadera catástrofe a mi vida. Mira, Martín, tú eres un hombre de mundo, de experiencia de la vida, y voy a confesarme contigo. ¡Estoy loco por esa mujer, y terminaré haciendo una locura por ella...!

—Eso es ya más grave. Nada que vaya a herir a tercero, a causar un daño irreparable...

—Voy a herir, Martín, a una persona que adora en mí, a una mujer que cifra en mí la felicidad de toda su

vida, que ha sido mi compañera de infortunio, de pobreza, que me ha ayudado a luchar, que me ha ayudado a surgir.

—Remedio: separarte de las malas compañías. Ya sabía yo que esa Wandita era una pájara de cuenta.

—Te equivocas.

—El mal es más hondo que lo que creí. La defiendes, mala señal.

—Oyeme: nada ha hecho esa mujer para atraerme.

—Veámoslo.

—Vas a verlo: la vi por primera vez la tarde que tú la trajiste a mi taller. En el primer momento, sentí por ella un interés netamente artístico, pero luego, a la segunda vez y a la tercera, todo cambió de faz. Ella fué recatada conmigo, fué discreta, fué hasta señoril. Pinté su retrato con calma, al principio, pero había momentos en que me sentía turbado ante ella, experimentaba como esa vergüenza de los niños ante una persona a quienes ven por primera vez. Wanda lo comprendía, y trataba de disimular que ella, a su vez, estaba en el secreto de mi turbación. Varias veces en aquellos instantes de tentación, eludí su presencia, fingiendo cansancio, enfermedad, y la despedía, citándola para el día siguiente. Ella se iba, muy en silencio, despidiéndose de mí como con cierta pena por lo que me pasaba. Al día siguiente, empezábamos la labor con una indiferencia por ambas partes que duraba poco, porque en seguida me asaltaba un verdadero malestar físico, un sabor amargo de boca, un temblor a mis manos que no me dejaba pintar. Esquivaba su mirada y ella hacía otro tanto, pero esta lucha era inútil, ambos comprendimos que era inútil, hasta que una tarde, solté los pinceles, y como enloquecido y fatigado por esta lucha moral de todo mi ser, me dejé caer en ese sofá, y le dije:

—¿Le haría a usted un daño muy grande con interrumpir la labor de su retrato?

—¿Qué le pasa a Ud.?—me preguntó con ternura—¿se siente Ud. mal? Y como continuara yo en un estado como de idiotéz, se acercó a mí y con voz húmeda, insistió:

—Yo no quiero hacer a Ud. ningún daño. Yo no tengo derecho a entrometerme en su vida. No volveré a su taller y diremos a quien sea, que Ud. y yo, de acuerdo, hemos desistido de hacer este retrato.

Cogió su abrigo y se disponía a irse para siempre, cuando yo, como sugestionado por un demonio extraño, cogí sus manos, y le dije: “Soy un loco, Wanda, y no tengo derecho a ser grosero con Ud.” Nos miramos al fondo de los ojos... ¿Cuánto duró esa mirada?... No lo sé... Lo que sólo puedo decirte es que al tener conciencia de nuevo de mis actos, sentí en mi boca, más pronunciado que nunca, aquel perfume que me turbó la primera vez que ví a Wanda, y oí que ella me dijo en voz baja, alzándose un rizo de su peinado que se había venido a su frente:

—¡Locura!... sí... ¡la buena locura de la vida!...—y se fué sin mirarme. A los pocos instantes, llegó mi mujer al taller. La ví tan confiada en mí, tan buena, tan cariñosa, que hubiese querido confesarle a gritos mi falta, pero ya en la pendiente de mi culpa, fuí hipócrita, fuí cauteloso, y disimulé. Le dije que quería estar solo en el taller, para pintar un trozo inconcluso, pero en realidad quería estarlo para solazarme en el recuerdo de todo lo que había pasado. Me sentí otro, enteramente otro, con una capacidad de disimulo e hipocresía de la que yo mismo me admiraba. Ella me creyó sinceramente, y acercó su boca a la mía para darme un beso, uno de esos besos que me daba siempre cuando entraba al taller a preguntarme si

necesitaba algo. Correspondí su beso con más ternura que nunca, y tuve que hacer esfuerzos por no llorar. Te juro, Martín, que en aquellos momentos, quería más que nunca a mi mujer, sintiendo por ella una ternura tan grande como jamás he experimentado en la vida por ella.

—Y luego...

—Ya sólo en el taller, me puse a analizar mi falta. Me parecía un sueño todo lo que había pasado. Evocaba punto por punto toda la escena, hasta el momento de aquella mirada verde y pertinaz que pareció incrustarse en mi carne, hacerme perder la visión neta de las cosas, emborracharme dulcemente. Recuerdo un detalle, que ha quedado grabado en mí como un fuerte pantallazo: Cuando abrí los ojos, como para tener conciencia de que vivía, ví los ojos de ella cerrados, aleteando locamente sus pupilas bajo los párpados, como si luchasen por desprenderse de una visión, y que de entre sus pestañas largas y negras, fluía una lágrima que se hinchaba poco a poco...

—¿Nada te preguntó aquel día tu mujer?—inquirió Martín, muy grave.

—Nada. En la mesa hablé yo poco. Ella estuvo tan cariñosa como siempre, pero parecía que eludía mis miradas, con una discreción y un tacto exquisito. Al final de la comida, me dijo:

—Necesitas reposar. Ve a acostarte y no dibujes en la cama, que luego te desvelas. Ella se acostó después, y a los pocos momentos se quedó dormida. Ni una sombra en su frente, nada que revelase una duda o una sospecha de mí. Yo la veía dormir, y la he visto dormir muchas noches, con sueño apacible y dulce. Y he de confesarte que es en aquellas horas de serena intimidad del hogar, cuando más siento el remordimiento de mi culpa, cuando más deses-

perado me encuentro al ver a Luz, que parece ajena a todo lo que pasa en mí.

Después de un silencio, contó el pintor a su amigo otros detalles del estado de su alma: se había negado a recibir a Wanda varios días, pretextando cansancio, lecciones a sus alumnos. La había encontrado en la calle, y hasta le había esquivado el saludo. Ella parecía resignada, porque nada le había dicho en otra ocasión en que por casualidad la encontró en el teatro, acompañada de su marido. Pero era necesario recibirla por última vez, porque pensaba romper con ella de una vez por todas. Wanda vendría ese día a su taller. El la había llamado para poner fin a su amistad con ella.

—¿Estás tú seguro de terminar para siempre?—le preguntó su amigo.—¿Confías en tu fuerza de voluntad para que todo se acabe?

—Sí, confío en mí—le respondió el pintor, con firmeza.

—Si es así, puedes estar tranquilo. Triunfarás de ella...

Fernando bajó la cabeza, como si ante su amigo temiese descubrir su sinceridad. Este lo comprendió, y le dijo:

—Algo te queda por decirme; habla.

—Mira, Martín, no sé... no lo puedo asegurar.—Y con voz trémula, con acento de niño que teme algo, le agregó:

—Te he mentado... Soy un desgraciado; he caído, pero en definitiva. La sensación que experimento en mi ser es muy rara, pero tú me comprendes. Hace mucho tiempo vi en una colección del gran pintor Fromentin, un apunte a la acuarela que se titulaba La Sed. Era un viajero del desierto que, desesperado, acercaba su boca sedienta a un

jarro de agua que se le pasaba. Como fondo de todo eso, el Sahara, la arena caldeada, que parecía pedir al cielo una gota de agua para mitigar una sed horrible de siglos...

—Y tú te crees el viajero, ¿no es verdad?

—Nó, Martín: la arena sedienta que espera el agua...

Guardaron silencio trágico. En esos momentos se oyeron golpes en la puerta del taller.

—¡Ella!...—advirtió rápido Fernando, con la mirada ansiosa. Martín fué hacia la mirilla de la puerta, y corrigió:

—Nó, tu mujer.

—Es extraño. Jamás se anuncia, sino que sencillamente entra.

—Lo que te revela que por ahora teme ser indiscreta. Bueno, yo te dejo, adiós. Y fortaleza. Confío en ti. ¡Ah!, una pregunta: ¿te pagó el cuadro y el retrato el ruso?

—Sí. Con ese dinero pagaré la hipoteca de la propiedad, y aún me sobrará para vivir algún tiempo.

—Haz lo que piensas, mañana mismo.

—Lo haré—dijo Fernando con cierta dejadez, como si no hubiese aún en su cerebro una resolución definitiva.

Luz entró al taller y se sentó, como siempre, en el sofá de otros días. En su rostro nada revelaba una sospecha, ni que su acto de ir al taller a hora desusada fuese una especie de pesquisa.

—¡Qué grata la frescura que hay aquí!—fueron sus primeras palabras.

—Se está bien en el taller, cuando empieza a hacer calor afuera.

—¿Trabajabas o charlabas con Martín?

—Charlabo, le dijo sincero y le cogió la mano, correspondiendo ella con una leal y comfortable presión.

—Sé que te han pagado el cuadro y el retrato. No me lo habías dicho. Lo supe por un amigo del ruso.

—Sólo ayer. Pensaba decírtelo hoy.

—¿Y ese dinero es para pagar la hipoteca?; Si vieras qué contenta estoy, Fernando! Y además, nos quedará algo para comprar otras cositas que hacen falta en la casa.

Guardó silencio el pintor, pero sus manos apretaron más fuertemente las de su mujer. Le preguntó en seguida ésta:

—Veo que no pintas ni piensas hacerlo. ¿Esperas a alguien?

Pensó decir una mentira, pero la rechazó, explicando:

—Espero a la rusa, a Wanda.

—¿Algún detalle del retrato?

Con valentía, se apresuró a responder, para evitar de nuevo la mentira:

—No es para nada del retrato. Necesito hablar con ella, eso es todo.

Esperó que su mujer le preguntase qué era lo que tenía que decir a esa mujer, pero aquellos labios discretos, callaron; sus manos apretaron más intensamente las suyas, y con bondad, le dijo:

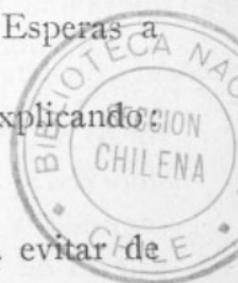
—Te dejo, entonces, para que hables, porque supongo que ha de llegar de un momento a otro.

—Te agradezco... Antes de irte, dame un beso.

Ella le besó con ternura en la mejilla y le miró antes de salir, dulcemente, con un dejo de melancolía. El alcanzó a decirle:

—Eres muy buena y muy noble, Luz.

Cuando la puerta se cerró, Fernando apretando los labios, mordiéndose con desesperación las manos, mascó esta frase: "¡Soy un granuja!... y lo soy con la mujer



más buena de la tierra... Y lo más amargo de todo, ¡Dios mío!, es que no puedo dejar de serlo!! Se paseó por el taller, conteniendo las lágrimas, alzando de tiempo en tiempo los brazos al cielo, mirando a todas partes, pero sin ver nada, y repitiendo como un sonámbulo: “pero ¡cómo... cómo, Dios mío!, ha pasado esto?... Estoy loco... estoy loco... No es posible... no es posible...”— y se echó como fatigado en el sofá, quedando en una especie de estado hipnótico.

Se oyeron en la puerta tres golpes leves de mano enguantada. Fernando se incorporó de un salto. De su rostro parecía que habían quitado una máscara de dolor. Aquellos golpes le habían transfigurado. Fué rápido a abrir, pero luego se detuvo. ¿Qué pensó en esos momentos en que se detuvo?... Ni él mismo lo supo, porque pareció que una segunda y poderosa naturaleza que había en él, se había puesto de manifiesto, y dijo con una satisfacción íntima y gozosa:

—¡Ella!...—y abrió.

## I I I

Después de quitarse su echarpe de pieles, fué Wanda hacia Fernando y le puso las manos en los hombros, luego en la frente, y mirándolo al fondo de los ojos, ojos oscuros y ardientes de artista, le dijo con cierta melancolía:

—¡Malo!... ¡Malo!... Los remordimientos, que te alejan de mí... Los veo en tus ojos, los veo desde hace ya varios días. Acabarán por arrancarte de mi lado—y como desalentada, dejó caer sus brazos, y quedó junto al pintor, con la vista fija en el suelo.

—¡Wanda, perdóname! ¡Sí, sufro mucho, mucho, como jamás había sufrido!

—Pero dime, ¿por qué?... explícate claramente de una vez por todas lo que te pasa.

—No me comprenderías...—y cogiendo aquellas manos finas y heladas, cuyas sortijas siempre le molestaban en la caricia, le contó todo lo que sufría. ¡Locura, su amor, sí, pasión, avasalladora, hasta el punto que si ella se fuese, no tendría para él objeto la vida! Y al decirle ella que todo eso no era verdad, porque si tanto la amára, la pasión todo lo ahogaría, el pintor insistía con una especie de frenesí, para hacer comprender la lucha que libraba su corazón.

—Pueden oírte, Fernando—advirtió ella, observando la puerta.

—¿Crees tú que mi mujer puede estar ahí? No la conoces, es noble, es leal, no se parece a nadie.

—¡Cuánto la amas!... Más que a mí... Sí, no lo niegues, más que a mí... Nunca en nuestras conversaciones íntimas, te he oído para ella el más pequeño reproche. Me resigno...

Pensó decirle Fernando que eran dos amores distintos, pero calló, porque era verdad que jamás en sus relaciones con Wanda se había atrevido a sobreponer el nombre de la amante al de la esposa. La rusa quitó sus manos de las del pintor con cierto resentimiento, y fué fingiendo despreocupación, a ver uno de los cuadros del taller. El la atrajo de nuevo hacia sí y cogió sus manos con más ardor, con más intimidad que hacía un momento.

—¡Déjame! Debemos terminar todo... Sí, todo! Yo no soy una aventurera que quiera arrebatarse un hombre a nadie. Soy una mujer que te he querido, sencillamente, con desinterés, con despreocupación, hasta el punto que al amarte, no pensé en la cadena que a mí y a tí nos prohibían ser el uno para el otro, exclusivamente. Esto debía

sucedier, esto tenía que suceder. Ya me sospechaba yo que tu llamado al taller, era para dejarme somprender esto que está pasando. Muy bien. En buena hora llega, tanto más cuanto que mi partida será pronto. Yo la había retardado todo lo que podía, para estar cerca de tí, pero veo que es necesario que parta cuanto antes. Así quedarás tú tranquilo. ¡Qué hombre más raro eres tú! No te comprendo. Me pareces un niño, un niño grande, que tiene mucho talento, y mucha simpatía, y quizás por esa manera tuya, que es en la intimidad como la de los niños, es por lo que yo tanto te he querido...

—¿Es decir que ya no me quieres...?

—Tú lo sabes mejor que yo...—y sus pupilas verdes y cálidas se clavaron en las de él, como en aquella tarde primera en que la conoció: ¡Dios mío! La ola abrazadora le poseía de nuevo, le agarrotaba, y acercó sus labios a las mejillas de ella. ¡Qué suavidad! qué dulce embriaguez le producía esa piel de terciopelo, pálida. que tenía ese aroma único que le había enloquecido una tarde no muy lejana cuando la conoció.

—Cuando acerco mis labios a tu cara, recuerdo el día de nuestra primera caricia, Wanda! Tu piel un poco helada y húmeda, como una flor puesta al sereno.

—Y yo, también recuerdo, dijo ella en voz baja, junto a los labios del artista, y agregó, como si la frase se escapase de su boca sin consentir en ella:

—¡Qué felices podríamos ser!... Pero tú no lo quieres... Correr tierras, irnos muy lejos, muy lejos, adonde tuviésemos absoluta libertad. Gozar de la vida como tú jamás has gozado... Tu talento sería mejor comprendido en otros mundos más refinados que éste...

—Calla, te lo ruego—y él se desprendió de ella, pero Wanda insistió, coqueta, persuasiva, con una franqueza que jamás había oído él a esa mujer, que pocas veces era espontánea. Puso ante su imaginación nuevos horizontes, nuevos cielos, goces ignorados para él. Tenía talento, debía aprovecharlo, lejos de ese ambiente asfixiante para el arte; ser grande, a lo que tenía derecho el pintor, ser por fin, libres, como los pájaros. Ella nada le exigía; ella se avendría a todo. Había encontrado al fin su ideal en la tierra. Y le contó su vida, la parte más íntima de su vida. “¡Quién iba a decirle a ella, que en ese rincón del mundo, después de tanto anhelar y de tanto esperar, iba a encontrar al hombre que llenase su corazón por entero!”, y atropelladamente fluían las palabras de aquella boca junto a su boca, lo envolvían en una atmósfera cálida, enloquecedora, y ya se sentía sin fuerzas para resistir por más tiempo a la dulce invitación hacia aquella vida que su temperamento provinciano adivinaba, deseaba, a pesar de su propósito firme, a pesar de todas las luchas y de toda su resistencia de hombre fuerte.

—¡Pero tú no harás nada de eso! Tú adoras a tu mujer—le lanzó como un reto.

—Estás celosa de ella. ¿Verdad? Dilo de una vez.

—¡La odio... la odio!...—respondió Wanda con voz enronquecida, ocultando la cara entre sus manos, como si sintiese vergüenza de su brutal confesión.

—Es buena, tú no la conoces...

—Pero tú la quieres, eso me basta... Y perdóname lo que te he dicho, olvídale... Son locuras mías... Pero sin poder contenerse, fué hacia una mesa en que estaba el retrato de Luz y lo despedazó con impulso incontenible. Luego, como arrepentida por esta acción, se puso a llorar calladamente.

—Lo que has hecho es una grosería, Wanda, a lo que no tienes derecho.

—¡Déjame!, no me digas nada, te lo ruego... No me insultes, que voy a volverme loca... Y un sollozo la estremeció por entero. Después de un momento alzó la cara bañada en lágrimas, y le dijo, con voz tímida, como la de una niña:

—Dime que me perdonas por lo que he hecho... y recuerda que tú también en casa, despedazaste, en días pasados, un retrato de un muchacho que me quiso de niña... y yo nada te dije, porque lo habías hecho tú... nada más que tú. Y la última frase se quebró de nuevo en un sollozo.

Este recuerdo conmovió a Fernando, porque él también había sido brutal esa vez, y Wanda sólo le había dicho con ternura:—"Qué tonto eres, hombre..."

Ella seguía llorando. Le alzó la cabeza, le dió un beso en los ojos humedecidos por las lágrimas, y le dijo muy tranquilo, con el tono de las resoluciones definitivas:

—¿Dejarías todo por mí...?

—¡Fernando mío! ¿Qué dices? Y lo miró con los ojos agrandados, incrédula ante lo que oía, echándole los brazos al cuello y pegando sus labios ardientes y húmedos a los resecos de él.

—Digo: si dejarías todo por mí—insistió, desprendiéndose de ella.

—¡Todo... todo!... Tú lo sabes, mi vida!

—Bien: entonces, espérame mañana en la estación del norte, a las siete y media de la noche.

Quiso ella que le explicase, quiso ella hablar sobre aquella resolución que la llenaba de alegría, pero el pintor le dijo muy serio, apretando los labios, casi mordiendo las palabras.

—Ni una palabra más, te lo ruego... Y ahora, vete. Cogió ella su echarpe, se dió polvos en la cara, y poniéndole las manos en los hombros, le dijo:

—Pero estás triste, parece que sufres mucho...

La miró al fondo de los ojos, y temblándole los labios, con una voz mezclada de odio y de pasión, le dijo:

—Mañana a las siete y media... y no la besó.

Ya solo, fué hacia la mesa. Recogió los trozos del retrato, y después de guardarlos cuidadosamente en su cartera, pensó, mirando al taller:

—¡Qué dulce paz... parece mentira!...

## I V

Minutos antes de las siete y media de la tarde del siguiente día, la criada de Luz vino a decirle a ésta que un caballero necesitaba hablar con Fernando.

—¿Le has dicho que Fernando no está en casa?

—No, señora.

—Conoces tú a ese señor?

—Es el extranjero que le compró al señor unos cuadros.

—Ah! el ruso. Dile que pase. Debe ser para algún encargo sobre pintura. De paso abre el taller, que yo voy allá,—recomendó Luz,—dirigiéndose a aquel sitio muy tranquila, sin sospechar la tempestad que en esos momentos se cernía sobre su cabeza.

El ruso penetró a la pieza, agitado, pero se veía que se contenía ante la señora que tenía delante, porque le infundía respeto esa serenidad tan señoril de Luz.

—¿En qué podría servir a usted, señor?—Fueron las primeras palabras de Luz.

—Veo, señora, por su tranquilidad, que usted ignora lo que pasa; que usted no sospecha siquiera el motivo de mi visita.

Ella sintió en ese momento como un aviso de su corazón. De seguro se trataba de algo grave relacionado con su marido, pero haciendo un esfuerzo, pudo proseguir con tranquilidad.

—Si usted no tiene la amabilidad de decirme, no sabré a qué se refiere usted.

—Me afirmo en la creencia que usted no sabe nada, y lamento infinito haber dado este paso, pero a quien buscaba yo es al señor Fernando, con quien tengo que arreglar cuentas.

El corazón de aquella mujer palpitó fuertemente, y se sintió casi desfallecer, pero un aviso misterioso le indicaba que en esos momentos era cuando más necesitaba de serenidad, y haciendo un esfuerzo supremo trató de aclarar:

—No veo yo qué pueda tener usted que arreglar con mi marido, y siendo así, le ruego a usted me indique en qué puedo yo serle útil, ya sea para comunicárselo a él o bien para arreglar yo personalmente lo que trae a usted a esta casa.

Vaciló aquel hombre ante la respuesta que tenía un tono firme, y casi desafiante, y escogió entre sus palabras, las que menos pudieran herir a esa mujer de porte tan bondadoso, que tenía delante.

—Antes que nada, señora, dígame usted si su marido está en casa. Así podré o no dar crédito a lo que hace un momento he sospechado.

Luz, con rápida adivinación femenina comprendió que de la ausencia de Fernando dependía algo grave para la vida de éste, y se limitó a responder, con evasivas al principio, pero como viera que aquel hombre insistía, que in-

quiría encarnizadamente para saber donde se encontraba Fernando, Luz dijo entonces, con cierto temblor en los labios:

—Mi marido salió hace un instante a hacer unas diligencias de poca importancia, y de las que regresará quizá dentro de algunos momentos, así es que usted puede esperararlo, si usted gusta.

Rápido, como pinchado, preguntó de nuevo el ruso:

—¿No dijo a usted a dónde iba, a punto fijo?

—No me lo dijo, pero creo que no será cosa de mucho rato.

En ese momento, que fué rapidísimo, Luz comprendió algo horrible para su vida, algo definitivo, un peligro para ella y sobre todo para Fernando. Este había salido, según él le dijo, para hacer un viaje de un día lo más, a un pueblo vecino a la capital, a donde tenía que hacer una diligencia relacionada con su profesión. Para ganar tiempo y cerciorarse si su sospecha tenía alguna base, hizo esperar algunos segundos más a aquel hombre y fué rápida al cajón en que su marido guardaba documentos y dinero. Era preciso ver si estaba ahí la cantidad destinada a pagar la hipoteca de la propiedad.

—Espere usted, señor, que es posible que por algunos papeles y apuntes que él tiene aquí, podría yo decirle donde puede encontrar en estos momentos a mi marido.

Fué hacia el cajón, y encontró poco dinero. Casi todo se lo había llevado él, salvo una parte que había en billetes de banco. Pero en ese mismo instante, vió sobre la pequeña mesa en que Fernando acostumbraba escribir, una carta dirigida a ella. La abrió, palpitante, temblándole las piernas. ¿Qué diría? ¡Dios mío! Leyó estas breves líneas: “Perdóname, Luz. Soy un loco, lo comprendo. Me voy.

y lo más terrible es que no sé por qué me voy. Te dejo este dinero que hay en el cajón. Adiós.—Fernando”.

Sintió una especie de vértigo, pero se repuso al darse cuenta que aquel extraño la miraba. Todo lo comprendió. Su marido huía con Wanda, pero era prudente fingir ignorancia absoluta por parte de ella. De seguro que esa tarde los prófugos partirían en el expreso de las siete y media. Era preciso ganar tiempo, o más bien dicho, perder tiempo, porque todavía faltaban algunos minutos para la partida del tren, y no había duda que aquel hombre burlado, si alcanzaba a la estación, mataría a Fernando. y eso nunca, ¡ nunca!, aunque él hubiese obrado así con ella. Dobló el papel dejándolo sobre la mesa y repuso muy pálida, pero siempre tranquila:

—Nada dice aquí, por lo tanto, nada tampoco podría decirle a usted, sino tan sólo lo que ya le he comunicado a usted.

—Muy bien, señora. Yo, por mi parte, puedo obrar como me plazca. Me han burlado, señora, y la han burlado a usted. Pero es preciso que yo vaya al encuentro de ellos. Me queda aún tiempo para hacerlo.

Hizo amago de salir, como congestionado, pero Luz le detuvo con dulzura:

—¿A dónde va usted, señor?

—Perdone usted, señora, que yo sé lo que debo hacer...

Vió Luz rápidamente que aún quedaban cinco minutos para la partida del tren en el que debía ir su marido, y se propuso ganar esos cinco minutos.

—Espere usted—le dijo—que es posible que la criada sepa a donde ha ido Fernando, ya que a ella le dijo que le arreglase algunas cosas del maletín. Llamó a la criada. ¡Dios mío! Jamás deseó con más ardor que ésta se de-

morase mucho tiempo, pero desgraciadamente en aquella circunstancia, la criada acudió a los pocos segundos:

—¿Sabes tú adonde a ido Fernando? Tú le arreglaste el maletín. ¿No fué así?—La criada, en el primer momento, interrogó a su señora con la mirada, porque aquella pregunta le sabía muy extraña, pero un gesto rapidísimo de Luz, la hizo comprender, y respondió tranquila, queriendo hacerlo mejor:

—Oí al señor que dijo que tomaba el tren expreso de esta tarde para el norte.

—¿No ve usted señora?—saltó el ruso—tenía yo razón, y ya sólo quedan pocos minutos. Miró su reloj y de nuevo hizo amago de salir. Vió entonces Luz, que nuevos subterfugios eran ya imposibles, y afrontó rectamente la situación.

—Usted no saldrá de aquí, señor, porque usted va a cometer un crimen, impulsado tan sólo por sospechas o por chismes que no tienen una base sólida. Pero al ver que aquel hombre insistía, se cruzó en la puerta de salida, y desafiante, con los ojos casi salidos de las órbitas, le gritó con voz ronca:

—Antes me matará usted a mí, pero usted no saldrá de aquí...!

Aquella actitud que sorprendió al ruso y lo conmovió al mismo tiempo, lo hizo detenerse. La miró unos segundos, y como viese que de aquellos ojos saltaban lágrimas, le preguntó, también conmovido:

—¿Y usted lo defiende, usted es capaz de dar la vida por él, por ese canalla que la abandona a usted?...!

Los labios casi blancos de aquella mujer, se movieron unos segundos, la voz no salió, pero en un nuevo esfuerzo, dijo:

—¡Mi vida!... ¿Para qué la querría si la de él ya no existiese?...

Y como tronchada, cayó en el quicio de la puerta.

Aquel hombre vaciló, la miró de nuevo compadecido, la cogió en sus brazos para llevarla desfallecida a un sofá, porque el golpe moral la había hecho desmayarse, y tocando el timbre llamó a la criada, y le dijo:

—Cuide usted a su señora, que se siente enferma—y cogiéndole una de sus manos flácidas, depositó en ella un beso respetuoso, emocionado, ante aquel amor que estaba por sobre la traición—y salió del taller, tranquilo, en puntillas, muy despacio, como si temiese despertar a un niño...

## V

—Le digo a usted, Martín, sinceramente, que si no hubiese sido por usted, de seguro que yo me hubiese muerto. Hubo veces en que la vida me pareció una carga horrible, de una soledad espantosa. Ya ve usted: han pasado ya cerca de ocho meses que él se fué, y yo no me he muerto. Yo no sé para qué Dios conserva a ciertas personas que a nadie hacen falta. Usted me ha hecho más llevadera esta vida de soledad y de perpetuo sufrir.

—Nuestro gran artista no es malo, amiga Luz, nunca ha sido malo. Lo que le ha pasado a él, es lo que les pasa a los niños. Créame que en el fondo de su mala acción, ha habido cierta ingenuidad muy digna de ser perdonada, y hasta quién sabe si ha habido benevolencia, y lo que él hizo, más se lo hicieron hacer que pensarlo espontáneamente.

—¡Quién sabe, quién sabe! Ojalá fuera así, ojalá fuera como yo también más de una vez lo he pensado—decía aquella mujer y callaba mirando a Martín, el ami-

go preferido de Fernando, que le traía algo del espíritu del ausente.

Martín desde que había llegado a visitar a Luz aquel día, se restregaba las manos, como los niños ante una buena promesa. Iba de un lado para otro, y parecía que debía decir algo y lo callaba, esperando el momento propicio. Miraba a Luz de tiempo en tiempo, y recordaba toda la vía-crucis que había pasado aquella mujer resignada y buena, día por día. Fueron al principio muchas horas de silencio absoluto. En vano fué que él la consolase, que él le buscase distracciones. Ella parecía como sumida en un pensamiento fijo que, aunque amargo, la acompañaba en su inmensa soledad. Eran a veces crisis de llanto, de improviso, cuando Martín la acompañaba a comer. Los ojos de ella quedaban fijos en un punto y de pronto un sollozo incontenible la asaltaba, y sólo después de este desahogo, quedaba un poco más tranquila y se acordaba más que nunca del ausente. Había enflaquecido, y los médicos habían dicho que si continuaba obsecada en no olvidar, podría venir una grave complicación a todo ese organismo tan debilitado por los sufrimientos morales, y precipitarse entonces el desenlace dramático. Lo que le gustaba a ella, era hablar del ausente, ir a su taller, detenerse en todas las cosas que él prefería, en sus cuadros, en sus apuntes. Registraba sus papeles, y de improviso, en compañía de Martín, decía a éste, leyendo una carta de Fernando.

—Vea usted lo que me decía cuando hizo el viaje a la Argentina, a hacer su primera exposición. Y después de leer cuatro o cinco frases del pintor, terminaba ella por lo mismo:

—Me quería mucho, yo sé que me quería... Y por qué, ¡Dios mío!, hizo eso conmigo... Y volvía el llanto

a hacer presa de ella, hasta que pasaba la crisis, hasta otro día que de nuevo evocaba al ausente, que parecía que era un muerto cuyo espíritu flotaba entre los dos.

Nunca, sin embargo, había preguntado ella a Martín si había sabido algo de él, pero ese día, con cautela hizo la pregunta:

—Y nada se sabe ¿verdad? Dígame usted con franqueza, Martín, ¿jamás ha tenido noticias de él?... Hábleme con sinceridad, que yo tendré entereza de ánimo para saber lo que sea.

¡Entereza de ánimo! Cuando cada vez que se recordaba a Fernando, las lágrimas eran obligadas mientras duraban los recuerdos. Martín, ante la pregunta, volvió a restregarse las manos, más nervioso ahora, como si lo que fuese a decir fuera algo muy agradable o muy gracioso. El sabía de Fernando, había sabido siempre. A los dos meses de ausencia, recibió del pintor una carta fechada en Río Janeiro, en la cual ya se notaba, por parte del artista, una especie de desengaño, pero no todavía franco. Luego le escribió de la Habana. Seguía andando sin rumbo, ganándose la vida pintando retratos, que eran muy bien acogidos. Poquísimamente le hablaba de Wanda, tan sólo cosas relacionadas con escenas de su vida de trabajo. Cada carta que indicaba a Martín un lugar más distante, era motivo de pena para éste. Cuando más lejos esté, pensaba, le será más difícil volver. Martín le había contado algo del dolor de su mujer, sin recriminarle nunca, sino que limitándose a relatarle, pero con talento y tacto, lo que sufría en su hogar abandonado aquella esposa que por salvarlo a él, se había expuesto a que el ruso la matase.

Un día después de un silencio de dos meses, Fernando le escribió de Nueva York. ¡Qué lejos estaba ya! La vuelta la veía entonces más difícil, pero en aquella carta ya se veía

claramente que aquel hombre luchador no había nacido para soportar los caprichos de su cómplice. "Algo me falta, Martín, algo que no sé lo que es. Gano mucho dinero en esta gran ciudad, pero nada me importa ni no tengo con quien gastarlo a gusto, como antes allá lejos, en mi patria, lo gastaba". Martín, entonces, escribió una carta decisiva, pero discreta, hablando de la vuelta al buen juicio, de todo lo que se le echaba de menos. La respuesta no se dejó esperar, pero fué ahora de Europa. El amigo tuvo entonces el gran temor de que lo cogiese la vorágine de París, y procuró apretar el cerco, ser más convincente, y le contó entonces todo el dolor de su mujer, días tras día. Al séptimo mes le escribió Fernando durante un viaje a Sevilla, que le había recordado intensamente su patria, pero bajo aquellas palabras que al parecer tenían un sentido netamente artístico, palpitaba otro recuerdo, como un remordimiento que no dejaba en paz al pintor.

"Sevilla me ha cautivado, le decía. Paseo solo y de noche por estas encantadoras callejuelas angostas, que me traen tantos recuerdos de allá. Solo, te he dicho, porque he de advertirte que estoy solo. *Todo* lo he dejado por incompatibilidades de caracteres, como se dice diplomáticamente, pero lo he dejado." Y subrayaba la palabra *Todo*. Hacía poco tiempo, en una carta breve le había dicho, después de darle cuenta de algunos encargos que tenía: "Una vez terminados, pienso volver allá... ¿Y si todo lo encuentro distinto, si ya no me quieren, por mi culpa?..."

—¿Por qué ese silencio, Martín?—le interrogó Luz al verlo tan callado.

Era que en ese instante pensaba en la última carta de Fernando en que le anunciaba el regreso, y se imaginaba la alegría y la profunda emoción que iba a tener Luz cuando

le anunciase la vuelta de Fernando, y respondió mirándola al fondo de los ojos:

—Y si él volviese, Luz, ¿qué diría usted?

—Oh; no bromea, Martín. No hable usted locuras...!

Qué diría usted, por ejemplo, si yo le dijese: Fernando ha vuelto, espera su permiso, más bien dicho, su perdón, para entrar a donde usted está y darle un abrazo de reconciliación! Supóngase usted la escena. Representémosla. Usted está ahí; yo estoy aquí. Nada nos avisa que él debe llegar, pero yo salgo muy tranquilo a la puerta del taller y llamo, es decir llamo si usted lo consiente...

--Lo consiento...

—Llamo una y otra vez: "Fernando, entra que tu mujer te espera, y te perdona..." Pero no entra nadie, porque usted vacila, porque usted parece dudar de todo esto.

—Vuelve entonces usted a llamar ¿no es eso? Yo me transfiguro, yo siento que el corazón se me sale del pecho, y espero, ávidos los ojos en la puerta...—responde Luz entusiasmada por la escena.

—Y llamo de nuevo, pero esta vez más fuerte, con voz de conjuro, con voz que no admite dilación: "Fernando, entra, que tu mujercita te espera..."

—Pero todo eso es una broma, una dulce mentira...

—No, espere usted, que no es una mentira, que no es una ficción: "Fernando, ven pronto..." Mire usted ahora al hueco de la puerta, que él va a entrar...

Los ojos de Luz se clavan en el claro de la puerta del taller, y se ve entonces aparecer en ella, como una sombra, como una evocación del ausente muy pálida, y que esa sombra avanza hacia Luz, que la mira, y ésta dice entonces, con voz ahogada:

—¡Dios mío! ¿Es que sueño?... qué me pasa... este es un sueño, sí, un sueño...

Hay un silencio profundo en la amplia sala. Las tres figuras quedan como anonadadas, y dice entonces apenas Martín:

—Sí, un mal sueño, del cual ahora despiertan ustedes...

Luz ha caído desvanecida en brazos de Fernando. Parece que estuviese muerta, muy pálida, como si toda la sangre, amedrentada ante la emoción, hubiese huído de su cuerpo. Fernando sujeta aquella figura frágil, la ve casi deshecha en sus brazos y no se atreve a hablar... Después de un momento, ella vuelve en sí. Abre los ojos, y Fernando entonces le dice casi al oído.

—He sido malo, ¿verdad? Muy malo. Perdóname por todo el daño que te he causado.

Y Luz, como si siempre hablase a una sombra, y atrayendo hacia sí a Martín, para formar como una emocionante trilogía de amor, dice a Fernando, sencilla, dulce, temblándole la voz:

—Ha sido muy malito, mi niño, pero no importa, porque ahora me proporciona la dicha más grande de mi vida: la de perdonar por amor a quien nos hizo ofensa de amor...

---

## VERBENA

Buscando tranquilidad para el espíritu y, más que nada, el recogimiento egoísta para realizar una labor, me fuí por aquel entonces a un pueblo vecino a la capital, distaba una hora, más o menos, de tranvía.

Aquel viaje después de media noche era pesado, abrumador cuando no teníamos a mano un libro o un periódico que leer. A veces se hacía el trayecto bien acompañado. Tocaba la feliz casualidad que subía al tranvía alguna pasajera agraciada, y ahí, en un rincón, resguardados del aire y de importunas miradas podíamos contemplar a nuestro sabor una cara simpática, unos ojos, que entre el abrir y cerrar de un sueño accidentado por los vaivenes del tranvía, nos mostraban unas largas pestañas como alas sedeñas de mariposa negra. Esto era el mayor entretenimiento de esos viajes nocturnos, y algunas noches, la contemplación del paisaje bañado de luz lunar; el aroma exquisito de yerbas humedecidas de rocío y de trigo recién segado.

Una noche, más aburrida que otras, nos disponíamos a coger el sueño a la fuerza; cuando subió al tranvía un hombre obeso, de cincuenta años, más o menos, de tipo vulgar, y que resoplaba al menor esfuerzo. Se detuvo en

la plataforma; y después de una corta discusión con el conductor, dijo: "Está bien. Por otra parte, yo estaba dispuesto a pagar, por ella. Si es prohibido... Está bien". Y arrellenándose en un rincón, dió una mirada hacia afuera, poniéndose la mano como visera en los ojos para que la luz fuerte de las bombillas no le impidiera ver al través de los cristales.

—Verbena... Verbena—llamó, y en seguida se echó a dormir.

Aquel nombre de flor, que por serlo correspondía a una mujer, nos inquietó, y miramos en la misma forma que lo había hecho nuestro hombre, y vimos que, en el rayo de luz fuerte que arrojaban a la calle las ampolletas, una perrita fina, lustrosa, de una viveza inquietante, movía la cola y miraba a su dueño, que ya dormía en su asiento sin preocuparse de nada. El pelotoncito negro de seda, saltaba casi hasta tocar el cristal, con gemidos de caricia; pero en la imposibilidad de alcanzarlo bajaba la mirada desfallecida. Pitó el tranvía, y comprendimos la lucha que se iba a desarrollar entre el correr a cuarenta kilómetros por hora y aquel animalito, que más bien parecía un juguete que daba saltitos y gemía. Esa noche decididamente, íbamos a sufrir. No había duda que el noble animal seguiría a su vulgar dueño, pero de fijo quedaría agotado en medio del camino solitario y polvoriento.

Llamamos al conductor, y éste nos mostró un letrero que decía sencillamente: "Se prohíbe viajar con perros". Era contundente, definitivo en su laconismo, aunque aquella "Verbena" no era para nosotros un perro, sino una joya delicada y amante de su amo. De fijo que la empresa al redactar aquella orden, pensó en perros grandes, vulgares, gruñones y feos, pero no se imaginó que alguna vez pudiera solicitar un pasaje aquella adorable "Verbena", que ya co-

rría junto a la plataforma del tranvía, a slitos, no apurándose demasiado aún, porque la marcha era lenta y cautelosa antes de salir de la ciudad. Pero luego cuando a pleno campo voláramos a cuarenta o cincuenta kilómetros por hora...? Era seguro que "Verbena", se quedaría en el camino, abandonada sabe Dios a qué atropellos de perros mal educados y villanos, sin respeto a las clases superiores y más que nada a la moralidad!

Ella cambió su trote que la hacía aparecer con muchas patitas, por un galopito más acentuado cuando el tranvía salió a las calles apartadas. Yo iba pendiente de aquella lucha, siguiéndola con interés, ya que luego se trocaría en torturador apasionamiento.

El pequeño acompañante, miraba de tiempo en tiempo al cristal, que era casi enteramente cubierto por la obesidad de su dueño. Parecía hacer guiños como diciendo: "¿Ves tú? Aquí voy yo, siguiéndote, acompañándote, aunque tú duermas sin hacer caso de mí... pero por algo soy lo que soy para gastarme este lujo de fidelidad y de cariño". Y el hombre aquel dormía de un modo irritante, y dormía todo el tranvía, los seis o siete pasajeros, sin hacer caso de nada, embotados, estúpidos, ajenos a toda inquietud.

Ya llegábamos al campo; oí que el motor respiró intensamente y un fuerte sacudón aceleró la marcha... Miré de nuevo al rayo de luz de las ventanas: iba "Verbena" al galope largo, pareciendo que corría a saltos, con la lengua afuera y húmeda, mirando enamorada la ventanilla de su dueño. Cuando divisaba la silueta de un perro mal educado, esquivaba en ángulo; y así el camino era para ella más largo, casi una vía crucis. A veces se vió obligada a adelantarse ante unos ladridos bastante descomedidos para sus oídos delicados de aristócarta, que tenía la desgracia de amar a un ser de raza inferior. En ese instante apareció a la

rápida luz del tranvía lanzado ya a escape, el pelaje gris de un perrazo que gruñó a "Verbena" y, en la imposibilidad de alcanzarla, se quedó cabizbajo y malhumorado. Ella volvía a su sitio preferido al lado del ventanillo. Cuando algún pasajero descendía, se sentaba en sus patitas traseras, mirando siempre a su dueño, con algo de desilusión; pero siempre con esperanza. En las dos o tres paradillas que hicimos, la veía ya cansada. Para llegar a la estación media, nos faltaba una legua, más o menos, que era el trayecto en el cual la marcha era más rápida.

Sentí en ese momento angustia por la suerte que correría "Verbena", en esa carrera desenfrenada que se iniciaba ya. Se quedó atrás, algunos metros y como llamando en su ayuda sus últimas fuerzas, aceleró la carrera colocándose de nuevo al pié del ventanillo de su amo. Si le hubiesen dado una mirada habría tenido compensación su sacrificio. Pero ¡qué la iban a mirar cuando aquel hombre dormía como un cerdo!... Pero ella no desfallecía. Hubo momentos en que la ví desaparecer... El tranvía se detuvo unas segundos. Apareció de nuevo bajo el ventanillo, la respiración era fatigadísima, y el corazón, aquel corazón tan enamorado, saltaba hinchando la seda lustrosa de su pecho.

El tranvía emprendió de nuevo la marcha, loca, acelerando porque ya era muy tarde. En el blanco camino iluminado por la luna, desaparecía el montoncito negro que parecía volar, para mostrarse de nuevo; pero ya con ojitos angustiados, cegados por la fatiga, por la sed, por aquella tortura superior a sus fuerzas...

Por fin llegamos a la estación media... Miré ansioso, con el ánimo decidido a recoger a "Verbena" en contra de la voluntad de todo el mundo, y a despertar a aquel hombre aunque fuese a bofetadas. Ella apareció, bajo el mismo ventanillo. Ladró varias veces, y esperó... arro-

llándose. ¡Qué cansada estaba! Insistió, gimió; saltó al vidrio. Se veía que cada salto le costaba una angustia de muerte. De arriba, no respondían. El tranvía iba de nuevo a ponerse en marcha... Yo llamé a "Verbena", como para consolarla, pero comprendí que no eran mis halagos los que ella necesitaba, sino otros... Saltó de nuevo, y al caer, se echó, con la lengua cárdena y reseca, arrollada sobre la tierra. El tranvía se puso en marcha, y "Verbena", haciendo un supremo esfuerzo, saltó de nuevo al vidrio alcanzando a rozarlo como en un beso, y luego cayó pesadamente, estirándose en un temblor de agonía... con los ojos dulces y vidriosos vueltos hacia el ventanillo amado...

Y a esa manifestación de adiós supremo y tierno, contestó un ronquido vulgar e insultante...

San Bernardo, Diciembre de 1916.

## LADRON GENTIL

*Dusolina, la gran diva, duerme tranquila, después de un día de triunfo. Todo es paz y tranquilidad en aquella alcoba, que parece un nido color de rosa. De improviso, cruje la cerradura de la puerta, y ésta se abre, dando paso a un hombre elegante, vestido de frac. Una linternita agujerea la sombra y pasa como una mariposa de luz por sobre el rostro de Dusolina.*

El ladrón.—Duerme tranquila. Mejor o peor, según se mire... La habría preferido despierta, porque así se le habría evitado la sorpresa. Debo tener en cuenta que soy su admirador, antes que nada. Bueno, a mi trabajo. ¿Dónde estarán las joyas? (*Busca*). No las veo por ninguna parte. Estas artistas no advierten nada y luego lo hacen a uno trabajar. No tendré más remedio que despertarla. ¡Qué lástima! ¡Duerme tan tranquila! (*La habla, en voz muy baja y muy dulce*) ¡Señorita Dusolina!... ¡Señorita Dusolina!... ¡Pero qué torpe! ¡No he visto si tiene alguna arma a la mano. A veces, bajo la almohada... (*Cuidadoso, registra, con mano tan suave como la de un felino*). Nada,

nada por ninguna parte. ¿Algún instrumento cortante?... Tampoco, sólo el abre-cartas, finamente cincelado... (*Lo examina*). ¡Labor del gran Lalique! Es mujer de gusto. (*Pone atento el oído a todo ruido*). Todo tranquilo; podemos trabajar con reposo. (*Saca su revólver, pequeñísimo, y con orgullo contempla sus uñas pulidas que hacen contraste sobre el empavonado del arma*). Habrá que despertarla, con precauciones, para que la impresión no sea tan ruda. ¡Oh! ¡Qué mandatos más imperiosos y crueles tiene la vida! Esta mujer adorable, admirada por mí... pero ese collar que hace un momento le he visto en la sala de baile, tiene la culpa de todo. A nuestra labor. (*Hablándola para despertarla*). ¡Señorita Dusolina!... ¡Señorita Dusolina!... ¡Eh! ¡Señorita Dusolina!...

Dusolina.—(*Despertando*). ¡Qué! ¿Quién me llama? ¿Quién está ahí? (*Viendo al ladrón junto a su cama, que la mira fijamente a la luz de la pantalla que ha sido encendida*).

El ladrón.—Inútil que le diga quien soy, señorita. ¡Uno de tantos!...

Dusolina.—(*Advirtiendo el cañón del arma, que apunta a su pecho*). ¡Socorro! ¡Socorro!...

El ladrón.—Por favor, no chille Ud. que lo vamos a echar todo a perder...

Dusolina.—Pero, ¿quién es Ud? ¿Quién es Ud?

El ladrón.—Sin rodeos, señorita Dusolina: soy un admirador suyo que solicita sus joyas. Nada más.

Dusolina.—(*En un grito ahogado*). ¡Un ladrón! ¡Un ladrón! ¡Socor...ro!... (*Pausa. Una intensa palidez baña el semblante de Dusolina, que queda como muerta*).

El ladrón.—(*Acercándose a ella*). ¡Qué contratiempo! Se ha desmayado. Sí. Sólo falta que yo haya olvidado las sales para estos casos, porque es el hecho que no es la pri-

mera vez que me pasa esto... ¡Ah! Aquí tengo las sales inglesas. (*Se las da a oler, con exquisita delicadeza, y cubre un trozo de piel nacarada, para que ella no sufra el rubor consiguiente cuando vuelva a recobrar el sentido*). Además, habrá que rociar su cara con un poco de agua. (*Va al lavabo y mezclando agua con un poco de colonia, salpica la cara de la artista*).

Dusolina.—(*Después de algunos momentos vuelve en sí*). ¿Dónde estoy? ¿Dónde estoy?...

El ladrón.—(*Con sonriente ironía*). Todas lo mismo: "Dónde estoy". Es lo clásico, señorita. Está Ud. en su casa y tiene a su lado a un admirador...

Dusolina.—¡Ah, sí!... (*Temblando, pero no atreviéndose a confesar su pavor*). Olvidaba... Sí...

El ladrón.—Está Ud. temblando... de miedo, de seguro. Me tiene Ud. miedo. (*Viendo que Dusolina mira el revólver empuñado aún por el visitante*). ¡Ah! Es por el arma. La guardaré, pero favor por favor: le ruego yo a Ud. que mantenga quietas sus manos, que las vea yo siempre sobre el cubre cama... Son muy hermosas sus manos y sería lástima que ellas, al disparar, se ensuciaran al contacto de la pólvora. (*Dusolina deja quietas sus manos y el visitante guarda su arma*). ¿Está Ud. ya más tranquila?

Dusolina.—(*Con voz ahogada, siempre, por la emoción*). Le seré franca. Tengo miedo, mucho miedo...

El ladrón.—(*Dulcemente*). ¿A qué?... ¿A quién?

Dusolina.—A que Ud me mate...

El ladrón.—¡Señorita, por favor! ¡Me ofende Ud.! Si mis intenciones hubiesen sido criminales, habría aprovechado el sueño de Ud. He estado dudando si despertarla o no, durante dos o tres minutos. Pero es el caso que al no encontrar sus joyas me he visto impelido a cometer con Ud. esta grave falta de educación: despertarla cuando em-

pezaba Ud. a dormir... Pero el collar, ese maravilloso collar de perlas rosas... ha tenido la culpa de todo...

Dusolina.—(*Ganada por la corrección de aquel hombre, por sus finos modales*). Pero ¿cuándo me vió usted el collar?

El ladrón.—Hace más o menos una hora, en el baile del casino. Era la joya mejor de todas, la de más valor y de más belleza. Además, el rosa de su piel armonizaba en forma admirable con el oriente de las perlas. Experimenté casi un vértigo, fué algo superior a mis fuerzas... Perdone Ud., se lo ruego, señorita.

Dusolina.—(*Mueve sus manos, para cubrirse mejor el escote*). Pero ¿estaba Ud. en el baile?...

El ladrón.—(*Rápido, nervioso*). Le ruego, señorita, no oculte sus manos... que yo las vea siempre, única manera de que charlemos lealmente... Sí, estaba en el baile, confundido entre todos los danzantes...

Dusolina.—Pero era ese un baile al cual era difícil el acceso, por tratarse de una fiesta de carácter oficial. Se exigía tarjeta de diplomático. ¡Medidas severísimas!

El ladrón.—Es verdad. Yo tenía la mía. ¿La ve Ud?

Dusolina.—(*Mirando la cartulina*). Pues es verdad. Y cómo la consiguió Ud?

El ladrón.—Señorita, quien puede penetrar a esta alcoba, santuario de la belleza, ¡con cuánta más facilidad no puede penetrar a una reunión tan inocente y simple como esa!...

Dusolina.—(*Sonriendo maliciosamente*). ¡Ah! Es verdad...

El ladrón.—Le ruego que suprima Ud. la ironía en sus palabras. Yo tendré más o menos sangre fría para exigir la entrega de una joya que admiro, pero en ningún caso...

Dusolina.—(*Viendo que el visitante acaricia su bolsillo posterior del pantalón. Con un gritito comprimido*). ¡Nó!... ¡Nó!... ¡No hace falta!... Ya terminaremos pronto. Las joyas están... ahí, en el cajón primero de la derecha, de mi secreter. Tome Ud. la llave...

El ladrón.—(*Siempre correcto y sinceramente ofendido en esta ocasión*). Me ha traicionado el movimiento de mi mano... Pero antes que nada, insisto en rogarle que no eleve Ud. la voz... No quiero ya las joyas, señorita; pasó ya el capricho, el véritgo que me ofuscó por un instante. La he visto a Ud., la he tratado; este ambiente me ha cogido, esta tibieza de nido parece haber penetrado a mi espíritu y le juro a Ud. que mi visita, en esta ocasión, es completamente desinteresada...

Dusolina.—Se vuelve Ud. tímido. Iré yo misma al secreter, si Ud. me lo permite... (*En el movimiento que ella hace, una ráfaga de tibio y penetrante aroma envuelve al visitante y este queda mirando a Dusolina, como embriagado, como olvidado de todo*).

El ladrón.—¡Dios mío!, qué perfume! (*Recobrándose*). ¡Por favor, no se moleste Ud!

Dusolina.—Le juro a Ud. que no guardo arma alguna, que no tengo nada para hacer frente a Ud.; que soy una mujer indefensa. Nada bajo mi almohada; nada en este cajón de la mesilla de noche; nada... nada!...

El ladrón.—(*En tono dulce, confidencial*). Así me gusta que hable Ud., a media voz, en tono íntimo. Se diría que somos dos buenos amigos, que nos hemos reunido aquí para charlar sobre cosas espirituales... Confío en Ud. Y ahora quiero yo que Ud. confíe también en mí... Tome Ud. mi revólver... Está cargado con siete cápsulas... (*Se lo pasa y al apoyar su mano en la blanca batista de la al-*

*mohada, deja la huella de sus cinco dedos, como en fresco yeso).*

Dusolina.—*(Instintivamente coge el arma y va a apuntar al pecho de aquel hombre, pero ve en ese momento fijos en ella unos ojos verdes, con esa expresión única que para todas las mujeres es inconfundible, y deja entonces el revólver sobre la mesilla de noche, como avergonzada de su impulso). ¡Perdóneme Ud.: iba a hacer una locura!...*

*(Pausa.— Ambos quedan con la vista baja. Dusolina descubre entonces la huella de aquella mano en la almohada y advierte que es pequeña. En ese instante se oye el canto de un gallo que anuncia la proximidad del alba).*

El ladrón.—¿Oye Ud. ese aviso? Se aproxima mi partida. Sería imprudente permanecer por más tiempo junto a Ud.

Dusolina.—No, es el primer canto del gallo. Hay tiempo todavía. Siéntese Ud. Parece Ud. fatigado.

El ladrón.—Lo estoy, en realidad, más por la emoción que estas cosas producen, que por el propio cansancio físico.

Dusolina.—¡Vida de peligros! Vivir así, ¡qué terrible!

El ladrón.—Y tanto más cuanto que muchas veces nos encontramos con personas que no son razonables y bien educadas como Ud., que sabe comprender...

Dusolina.—¿Pero hay alguna manera para comprender a... ustedes?...

El ladrón.—Le ha costado a Ud. esfuerzo para decir la última palabra: "a ustedes"... Cuestión de puntos de vista. La vida obliga a muchas cosas. *(En ese instante se oye un golpe en la galería de la casa, en medio del silencio).* ¿Qué significa ese golpe? Ha llamado quizá Ud., por medio de alguna campanilla secreta... *(Se pone de pie y mi-*

ra hacia una de las ventanas que dan a la calle, para calcular bien la fuga).

Dusolina.—No se inquiete Ud. Es el gato, que siempre hace ruido en la galería.

El ladrón.—¡ Ah! Creí que... Pero de todos modos debe ser un poco tarde... (*Saca un hermoso reloj, con unas iniciales en brillantes*). Efectivamente: las tres y media ya...

Dusolina.—¡ Hermoso reloj! Tiene sus iniciales... A. B. ¿Cómo se llama Ud?

El ladrón.—Jaime Lugo...

Dusolina.—Pero esas iniciales no corresponden entonces a las tuyas... (*Con cierto temor*).

El ladrón.—Es verdad. Sería exigir demasiado. El dueño era un buen hombre en el fondo. Mi intención no fué hacerle daño. Le pedí la joya para admirarla de cerca, y él se resistió... Hizo luego un movimiento imprudente, que lo perdió...

Dusolina.—¡ Dios mío!... Entonces Ud... (*interrogándolo ansiosamente*).

El ladrón.—¡ Nada! Un desvanecimiento sin importancia... Fué todo, y conservo el recuerdo, su recuerdo...

Dusolina.—(*Temblando de miedo, con un miedo que hasta el momento no ha experimentado*). Me admira y me horroriza su tranquilidad... (*Mira el revólver, que permanece sobre la mesa...*)

El ladrón.—(*Con cierta tristeza y mirándola al fondo de los ojos*). Ha tenido Ud. en contra mía un pensamiento horrible. Lo he adivinado en su mirada al arma. Y tiene Ud. razón. Es algo superior a sus fuerzas. Y como es preciso que me marche, adiós señorita Dusolina...

(*En ese instante, el policía, que todas las noches vigila las puertas, empuja la ventana de Dusolina*).

Dusolina.—(*Con los nervios excitados*). ¿Quién va?

El guardián.—(*Desde la calle*). Soy yo, señorita. He encontrado abierta la puerta de su casa y he creído conveniente advertirle a Ud. Si me permite registraré, por precaución, porque ha de saber Ud. que merodea por estos sitios un individuo de muy malos antecedentes, de manos muy hábiles para la ganzúa y cuya presencia elegante, despista. Lo buscamos desde hace algunos días.

El ladrón.—(*Pálido, casi temblando, mira a Dusolina con mezcla de miedo a que lo entreguen, y de vergüenza, y va a echar mano del revólver*). Si entran, estoy perdido para siempre...

Dusolina.—(*Al ladrón*). Quieto!... (*Al guardia*). Mandaré cerrar y gracias por la advertencia, guardia. (*Los pasos de este se alejan en el silencio de la noche*).

El ladrón.—(*Inclinándose hacia ella y besándole las manos*). Gracias... Me salva Ud... de mí inadvertencia, de mi torpeza, que he tenido por la primera vez en la vida... Adiós!...

Dusolina.—¿Y no se lleva Ud. nada?... Como un recuerdo...

El ladrón.—Nada... (*Mira, examina*). Nada, nó: me llevaré algo... Esta flor, que se marchita sobre su mesa... Le ruego que le dé Ud. un beso... (*Dusolina besa la flor, sin vacilar*). Y ahora la guardaré junto con este retrato...

Dusolina.—(*Rápida e instintiva, al ver el retrato en la cartera*). ¿De quién es?... ¡Oh! Perdone Ud. la curiosidad...

El ladrón.—De mi madre...

Dusolina.—¡Ah! (*Suspira*).

El ladrón.—Buenas noches, señorita.

*En el mutis que hace el ladrón, golpea de nuevo el guardián.*

Guardián.—Señorita, cierra Ud. la puerta o la cierra yo?

Dusolina.—(*Inquieta*). Voy yo a cerrarla enseguida. Vaya Ud. en paz, y gracias. (*Asomándose al pasillo y llamando*). Señor... ladrón... venga Ud... pronto...

Ladrón.—(*Inquieto*). Para qué me llama Ud., señorita.

Dusolina.—Para que no se vaya Ud.

Ladrón.—Por qué?

Dusolina.—Porque ahora tengo más miedo que de antes.

Ladrón.—Pero a quién tiene Ud. miedo ahora?...

Dusolina.—Al guardián... (*Coqueta y maliciosa*).

Ladrón.—(*Ap*). ¡Qué suerte! Vine tras un collar, y me quedó además con un corazón...

Diciembre 30, de 1925.

## VIDAS ROTAS

—“La misma impresión de soledad, el mismo silencio”—me dije—después de tocar el timbre y quedarme observando, por entre los barrotes de la reja plomiza, aquel amplio patio verde invadido de palmeras y bambúes. Como había caído un ligero chubasco aquella mañana de primavera, de tiempo en tiempo, rodaban de los verdes abanicos de las palmeras, gotas de agua, que en medio de aquel silencio claustral, imaginábanseme extrañas lágrimas lloradas por las plantas.

Cogí de nuevo la campanilla de tirador al ver que nadie acudía, y puse el oído atento. Oí el abrir de una puerta allá al fondo del pasadizo que conducía al segundo patio; luego una voz en sordina que decía:

—“Carmela!... Carmela, llaman...”—y por último unos pasos ágiles y menudos que me hicieron llevar la mano al nudo de la corbata, componer la solapa del vestón, y esperar por fin aquel crugir de unas faldas que distinguíanse ya muy cercas.

—¿Don Raimundo?...

—Ah! ¿Es ud. señor?... Pase. El caballero está en su escritorio con la señora.

La sirvienta, al abrir la reja, hacía a un lado para que yo pasara. Volvió a cerrar con un fuerte timbrado que repercutió en el silencio, y luego, nuestros pasos resonaron acompasados en las baldosas lijeras humedecidas. Antes de llegar al fondo, se adelantó a mí, con presteza abrió una puerta en cuyas ventanas mostrábase claros visillos corridos, y anunció de pie en el quicio:

—Es don Ricardo.

—Adelante!,—respondió una voz amable y clara, y luego en la penumbra de la pieza, ví agitarse unas manos pálidas, distinguí un rostro que sonreía, y me dirigí a saludar:

—Hola! don Raimundo...

—La lluvia lo trajo a visitar estos viejos?...

—Más que la lluvia, el cariño...

Ví que don Raimundo me indicaba con la vista hacia un lado... En la media luz no había visto a doña Asunción:

—Ud. perdone, señora; no había visto...

Sentí entre mis manos la impresión de otras heladas y muy finas, que me estrechaban efusivas. Siempre el saludo de la anciana tenía toda esa impresión de ternura. Quizá yo le traía el recuerdo de otra persona querida para ella...

—Y cómo va? Cómo va ese hombre?...

—Ahí estamos, don Raimundo; trabajando, luchando siempre.

—Pero la lucha a su edad, es una lucha muy llevadera... Se lucha, amigo, con la sonrisa en los labios. La lucha de nosotros, los viejos, esa sí que es lucha amarga... Sentados en esta silla en batalla silenciosa con la muerte, que nos ataca a mansalva...

Le interrumpió la voz de doña Asunción, que conservaba sonoridades juveniles:

—Raimundo está intolerable. Se prepara a morir desde hace diez años...

—Tú ríes, porque garantizan tu alegría los diez años que eres menor que yo.

—Nada más que diez, hombre?...

—Si. A no ser que tú te opongas por encontrarse delante el amigo Ricardo, y quieras aumentar la cifra en otra decena... Yo tengo setenta y cinco. Menos veinte: cincuenta y cinco... Una viudez bastante aceptable si se la ayuda con cosméticos y tinte al pelo...

Una franca risa de doña Asunción rompió la severidad de aquella sala, en que los finos muebles surgían de la penumbra iluminados por aquel pálido reflejo de luz triste que cruzaba los visillos.

—Vaya! Vaya! Don Raimundo está de broma, señora,—me atrevo a insinuar, porque presiento que después de aquella alegría un poco forzada, vendrá un silencio desesperante.

Don Raimundo quédase de improviso abstraído, mirando un dibujo del tapiz. Doña Asunción hace girar en su diestra pálida, una sortija de oro mate, en cuyo engaste brilla con fulgor opaco una amatista cuadrada. Yo me he callado también de improviso.

En medio de aquel silencio, se oye una voz sonora en la puerta de calle:

—“Fruta de Lima!... Las chirimoyas!... Los plátanos!... Señorita!...”

El mismo silencio.

Luego se repite la voz, más débil en la casa vecina:

—“Las chirimoyas!... Los plátanos!...”

Siento que aquel continuado mutismo empieza a pesar atrozmente. Recorro con la vista la muralla, pensando qué hablar; veo dos platos de porcelana antigua, un grabado obscuro de la revolución francesa, en una repisa un busto de Cervantes, y más lejos, en donde la luz llega mitigada, un retrato al óleo: un rostro doloroso de hombre, muy fino, con la expresión desolada de una juventud marchita prematuramente...

—“Juan Eduardo”—pienso—e inmediatamente retiro la vista del retrato porque noto que doña Asunción quiere decirme algo.

—Lo ha visto...?—me pregunta tímida, mirando fuzgadamente a don Raimundo, que continúa con la vista clavada en el suelo. Cometo la imprudencia de fingir ignorancia, y digo también:

—A quién, señora?...

—...A *el*... a Juan Eduardo...

Aquella expresión “*a el*”, me dice un dolor inmenso; ese impersonalismo es como un velo que se tiende sobre la amargura que tiene aquel nombre para los viejos...

—Lo ha visto?...—me repite, con franco interés ahora.

—Nó, señora, desde hace muchos días... La última vez nos saludamos de paso en la calle. Lo noté algo más flaco, un poco pálido.

He hablado con ligereza imperdonable. Ante mis últimas palabras, don Raimundo ha alzado la vista, y se ha mirado profundamente con dona Asunción...

Adivino un mundo en esa mirada.

Afuera, en el patio, continúa el mismo silencio, acaso más profundo ahora, tenuemente interrumpido por aquel gotear de las ramas de palmera. Resuena en la calle con melancólico són, un shimmy popular, tocado por

uno de esos organitos alemanes. Es tan solo un momento, y enseguida todo vuelve a la misma quietud.

Doña Asunción, después de mirar con ternura el retrato, me dice:

—Aquí estuvo hace tres días, en la mañana, después de una ausencia de una semana... Nos dijo que había estado de viaje a Valparaíso... pero eso... eso no es cierto...

Don Raimundo habla también:

—Sí... eso no es cierto... Ya sabemos nosotros donde pasa su vida...

—Ya sabemos...—repite la anciana, agregando como un llamado tierno al hijo ausente:

—Pobre Juan Eduardo!... Quién iría a pensar!...

El, vuelve a fijar la mirada en la tapiz; ella continúa jugando inconciente con la amatista. Ambos pensando en aquel día lejano e inolvidable en que Juan Eduardo empezó a ser ingrato...

Tenía entonces veinte años. Recién había recibido su diploma de Bachiller en Humanidades, después de brillantes estudios en el Colegio de los Jesuitas en Santiago. Ese día, terminada la comida, después de abrazarlo de nuevo sus padres, le entregó don Raimundo un paquetito: "cien pesos para dulces", y en un envoltorio más pequeño, una llave nueva, la llave de la puerta de calle, que lo facultaba para ser libre en sus acciones.

Oh! Qué impresión experimentó Juan Eduardo al palpar con delicia la aspereza de hierro nuevo de la llavecita que le daba absoluta libertad de hombre. Realizaría ya todos los anhelos soñados en las largas noches invernales del claustro, cuando todos sus compañeros, sumidos en el sueño, lo dejaban en la absoluta libertad de pensar y consentir en las cálidas y dulces visiones de sus 18

años. Su primita Julia, aparecía primero como la había visto en las últimas vacaciones en la hacienda "El Sauce", vestida de luto, con su pelo castaño clarísimo admirablemente peinado, sus dos hoyuelos insinuados en las mejillas, y sus ojos, de un color tan raro, como las hojas limpias de los eucaliptus...

La veía esas noches en la media luz de la sala dormida, como en un ligero sueño, llegando hasta su lecho, sonriendo, vestida de luto, con la faz encendida como la vio tantas veces en las inolvidables siestas abrasadoras de "El Sauce", invitándolo a pasear:

—“Vamos a caballo al potrero del trigo?”—y luego la completa libertad, aquel mar ondulante de espigas, salpicado de manchitas rojas y azules de las flores del campo, aquel aliento potente y cálido desprendiéndose de las panojas tostadas, llegando hasta ellos dos con ansias de vida profunda, y aquella mirada de Julia volviéndose lánguida, al paso del primer estremecimiento de amor, una ligera palidez en sus mejillas y sus labios entreabiertos, un poco secos y rojos como flor de monte, que permanecían así, sin hablar nada... Ya Juan Eduardo perdida la clara conciencia, apenas si tendía por sobre las espigas cimbradas por la brisa, una mirada rápida, y con la sed de sano amor de los diez y seis años, cogía aquella cabezita rubia por la nuca, y sosteniéndole echada atrás, le daba un beso ancho en la boca.

Y sus labios se quedaban rozando al compás del paso de las cabalgaduras.

—Por Dios, Juan Eduardo!... por Dios!...—decíale como desfallecía a su paso, más agotada entonces la palidez de sus mejillas. Y él, arrogante, apartando a su paso manojos de espigas polvorientas y reseca, para buscar el sendero, decíale con convicción de hombre:

—Nos casaremos, Julia. ¿No es cierto?...

—Sí; nos casaremos para ser muy felices... Juan Eduardo...

Los ensueños, los locos ensueños, las esperanzas alzándose en su corazón de niño, lo adormecían en aquellas noches del claustro jesuíta, en la gran sala-dormitorio, con los mecheros de gas a media luz.

Crecía aquel cariño, se hacía más profundo a medida que ellos avanzaban en edad. Durante las últimas vacaciones había visto a Julia encantadora: con los vestidos más ceñidos, el pelo ondulado más graciosamente y ya insinuadas, francas, las líneas de la mujer bajo la tela blanca y negra de los trajes de medio luto.

—Después que sea bachiller, nos casamos,—habíale dicho el último verano.

—Y si conoces otras mujeres que te gusten más que yo?...

—Nadie, preciosa; nadie me gustará más que tú—le respondió, atusándose con coquetería de muchacho buen bozo, su naciente bigote castaño.

Había llegado por fin, la época de realizar sus amados sueños. Acariciaba con la mano en el bolsillo, aquel llavín que lo autorizaba para recogerse a su casa a la hora que quisiera. Esa noche, primera en que salía sin que antes su padre le indicara hora de llegada, iría a ver a Julia, para comunicarle la buena nueva del éxito de su prueba de bachiller; pero antes pasaría a comprarle dulces y flores con aquellos cien pesos del regalo.

¡Qué fresco tan delicioso el de aquella noche de Diciembre bajo las encinas de la Alameda! No sabía Juan Eduardo si aquel encanto sentido amanaba del aire tibio de la noche, o de su satisfacción de sentirse libre, completamente libre.

Alzó la cabeza para aspirar con fuerza y a todo pulmón el aroma de las hojas verdes, el olor sano de tierra regada. Al pasar bajo un foco eléctrico, se miraba satisfecho su claro traje de verano y levantaba el pecho, orgulloso, repitiendo:

—Libre!... Libre!... Soy hombre libre...

De improviso en medio de su paseo, oyó que lo llamaban:

—Señor buen mozo!... Una palabrita?...

Curioso y halagado por el adjetivo, se detuvo, escercándose. Y vió a la pálida claridad de las manchas de luz que cruzaban las ramas de una encina, un rostro de mujer, unos grandes ojos pintados parpadeando déilmente, unas mejillas descoloridas, apesar del carmín, y desprendiéndose de toda esta cara, la expresión de un no sé qué de fatiga.

—Qué quiere Ud?...

Ante la severidad de la pregunta, dejaron de sonreír. Aquel rostro se volvió grave, y entonces fué como si hubieran sacado una máscara, para dejar tan solo la sensación física de un dolor sin nombre...

Ambos guardaron silencio. Un mundo de pensamientos cruzó el cerebro de Juan Eduardo. Pensó en retirarse; pero al hacerlo, vió que parpadearon aquellos grandes ojos de enferma. Qué extraño! Se parecían a los de Julia aquellos ojos...

—Bueno: me voy.

No dijeron ni una palabra. Sólo lo miraron... lo miraron larga e intensamente... Oh! Aquellos ojos...

Volvió nervioso junto a ella:

—Como te llamas?

—María del Rosario... Y Ud?...— insinuaron con timidez.

—Yo?... Yo?... Juan Eduardo,—y agregó brusca-  
mente:

—Dime? Tú quién eres?

Bajo la sombra de la encina, surgió una risa ner-  
viosa, incontenible... que al principio lo desconcertó...

.....

Al día siguiente, mientras se vestía al dulce reflejo  
de aquella mañana de verano, que entraba mitigado al  
través de los visillos, pensaba:

—“Ahora iré... ahora iré sin falta a ver a Julia,  
porque ella todavía nada sabe de mi diploma de bachi-  
ller”.—Insconciente deteníase en su tarea de vestirse, y le  
parecía ver de nuevo ante él unos ojos tristísimos, una  
mejillas que bajo el carmín parecían de cera... Y dese-  
chaba el pensamiento con un “ah!” despreciativo; y luego  
volvía a detenerse con la vista fija en cualquier objeto,  
pero con el pensamiento muy lejos de su pieza. Con un  
movimiento impaciente quiso olvidar toda preocupación,  
y se hizo el propósito en voz alta, anudándose la corbata  
al espejo:

—Ahora voy. Ahora voy sin falta a ver a Julia.

Pero hacia la noche de ese día no fué a ver a Ju-  
lia, y pasó una semana y aún no iba, y hasta un mes...

Una tarde fué su prima a su casa. Estaba inquieta  
por la ausencia de Juan Eduardo, tanto más cuanto que él  
le había prometido ir a verla apenas pasara la prueba  
del examen.

Cuando se miraron los dos, ella sintió ese frío secre-  
to de las desilusiones. Había en el rostro de Juan Eduardo,  
como sombras de pensamientos ajenos a ella.

—...Pero, ¿por qué no has ido?...

—Algunas ocupaciones, pequeños quehaceres para conseguir que me firmaran el diploma...

Y en un momento de intimidad en que los dejaron solos, ella, acercándose rápida a él, como para comunicarle la intimidad de las tardes de otro tiempo, díjole cerca de los labios:

—Dime, por Dios, Juan Eduardo: ¡Tú ya no me quieres!

Tardó en contestar.

—Sí... si te quiero, Julia.

Palabras dichas con dejadez para evitar tan solo una explicación.

Desde entonces empezaron las ausencias continuas de Juan Eduardo. Cuando veía muy alarmados a sus padres, no salía de casa, permaneciendo dos o tres días recluso voluntariamente; pero luego, una tarde cualquiera volvía a ausentarse. A veces llegaba a su hogar a horas imprevistas, durante la comida. Hacía llamar a su madre a su pieza, para no hablarla delante de las visitas que hubiesen, y en la obscuridad de la sala, decíale apresuradamente: era lo de siempre, necesitaba dinero... un compromiso ineludible... Doña Asunción oía en silencio, y ya cuando pasaba a su hijo los billetes de banco, le insinuaba muy suave:

—Por qué no vas al comedor un momento? Están Berta, tu tía Leonor, y Julia. Desean verte; han preguntado por tí varias veces, y como supieron por la sirvienta que tú llegabas... Por qué no vas?

Tenía tanta ternura la súplica, que accedía Juan Eduardo.

Aquella impresión de elegancia tranquila, los mecheros a toda luz, la severidad de los muebles y del servicio, lo sorprendían, imaginándose que aquella no era su casa,

tan acostumbrado estaba a faltar a ella. Era un torrente de alegría cuando Juan Eduardo entraba: Berta, parecía otra, tan contenta se veía:—"Hola!, el perdido!... Estaba un poco flaco, un poco más pálido, pero siempre interesante..." Julia permanecía silenciosa; sólo el temblor de su mano ligeramente helada, revelaba una honda emoción:

—Cómo está, Juan Eduardo?—Ni una palabra más, ni una alusión a su ausencia; pero sus pupilas parecían ahondarse como al paso de una triste imagen.

Mientras se charlaba alegremente, y su padre, desde el extremo de la mesa, lo observaba tranquilo, pero con visible pena, Juan Eduardo no veía aquella luz clara cayendo sobre el blanquísimo mantel, los muebles severos, las porcelanas transparentes; sino que le parecía ver al través de toda esa atmósfera de hogar holgado y feliz, una alcoba fría, de luz mortecina, un trozo de alfombra roto, en la muralla un espejo quebrado, y en medio de toda aquella desolación, dos ojos inmensos llenos de amargura contemplándolo a él, silencioso en un rincón... Los ojos de María del Rosario, como dos sombras más en medio de toda aquella ruina...!

Alguna pregunta de alguien, lo hacía volver de su evocación, y veía ahora, por sobre un gran manojo de frescas lilas y bajo la sedosa luz del mechero, la cara de Julia, realzado su encanto por una ligera palidez de emoción y sin embargo... le había gustado más la pobre María del Rosario!...

Sentía ansias de huir, de ocultarse de todo el mundo, e inquieto, levantábase de su asiento y fingía un quehacer urgente. Al estrechar de nuevo la mano de Julia, que toda entera se le abandonaba en dulce intimidad, hubiera querido quedarse para siempre ahí: era tan dulce y tan buena aquella atmósfera con aroma de lilas; se esta-

ba tan bien al calor de aquella sala de muebles finos, oyendo hablar a sus padres, viendo por entre las flores, la carita candorosa de su prima Julia... Era tan bueno aquello...

Pero se iba Por qué?... No lo sabía, nunca lo supo... Pero ya en la calle, sentía toda la amargura callada y toda la desolación de un abandono.

Las ausencias hacíanse cada vez más largas. Ya al visitar su casa, parecía que era un extraño en ella. Muchas veces llegaba de madrugada, antes que sus padres se levantaran; entraba a su pieza: aquel ambiente tranquilo refrescábale el alma. Su cama arreglada cuidadosamente como siempre, con sus ropas albas, como esperándole que reposara del gran cansancio de aquella su vida; el lavabo con sus colonias y sus frascos en su lugar; pero flotando en todo, ese ligero soplo frío que comunican a las piezas las largas ausencias. Dábanle deseos de tenderse en aquella cama y no moverse más. ¡Qué cansancio, que fatiga de la vida! En el reposo de aquella pieza, parecía oír de nuevo la triste voz de María del Rosario, hablándole en sus horas de tedio:

—“Qué tienes, Juan?”

—“No tengo nada...”

—“Talvez te canso ya... talvez me quieres abandonar...”

—“Me cansas?... Nó... Nó...”

—“Cuantas veces no habrás maldecido de aquella noche en que me conociste”.

—“Aquella noche?... Ah! Aquella noche!...”

No podía seguir hablando con tranquilidad al recordar aquella noche. Acercábase mucho a ella, la miraba al fondo de aquellos ojos tristes y desolados, y junto a su mejilla como niño que busca refugio, decíale:

—Por qué?... Por qué te ví aquella noche?...

Ella temblaba, llorando entonces, y dejaba caer sus lágrimas sobre el rostro enflaquecido de Juan Eduardo.

—Sí sufres... mira... yo no tengo la culpa... porque yo querría que tú no sufrieras...

Abrazábanse los dos sollozando, en medio de la pobreza del cuartucho, a la fría y triste luz de aquellos amaneceres de invierno que parecían llevarles más desolación...

.....

Don Raimundo me volvía a hablar:

—Es ingrato Juan Eduardo... No se acuerda de nosotros.

Yo quería mitigar aquella pena y respondía:

—No ha ser por eso. Locuras que pronto pasarán.

—Nó. No pasarán. Hace ya tanto tiempo... Y yo que quería que él realizara mis sueños que yo no pude realizar en la vida...

Adiviné húmedos los ojos del anciano. Guardé silencio.

Doña Asunción, en un desborde de ternura, dice de pronto:

—Es posible, Dios mío, que los hijos sean así? Yo... que tanto lo quería!...

Con voz tierna, don Raimundo agrega:

—Ud. debe saber que debía casar con Julia. Se querían tanto! Me da pena ver a la pobrecita, cuando viene a casa, abrazarse a mí como queriendo preguntarme algo, y cuando los dos nos miramos a los ojos... ya no nos podemos contener, y lloramos juntos, como dos niños...

Veo que doña Asunción, va a la pieza vecina en busca de algo. Oigo ruido de cajones que se abren, crugir

ténue de ropa guardada y luego vuelve con una cosa en las manos: es un zapatito de raso blanco, de niño.

—No sabe Ud. de quién es?,—me pregunta sonriendo satisfecha.

—No adivino, señora,—respondo, disimulando.

—Ya estás con tus cosas, mujer, y en estas circunstancias...—interrumpe don Raimundo.

—Déjame! Uds. los hombres son más indiferentes, y volviéndose a mí, dice mostrándome la zapatilla de seda amarillenta:

—Es de él,... de Juan Eduardo... el zapatito que llevaba en su bautizo... Conservo uno sólo... el otro... se perdió... se perdió... como él se ha perdido para nosotros... ¡Hijo mío!... ¡Hijo mío de mi alma!...

Se lleva el zapatito a los labios y lo besa, llorando. Don Raimundo se acerca a ella y le coge la cabeza para consolarla:

—Asunción!... Asunción! Vamos! No te aflijas!

—Si no puedo... me ahogaría... Mi hijito Juan!... Mi hijito Juan!...—oigo en medio de un sollozo.

Se hace un silencio profundo. Afuera, en el patio, lloran las hojas su rocío calladamente...

Yo vuelvo la vista hacia el retrato, y me parece verlo con su expresión de amargura más profunda, de pena sin nombre... Y pienso... pienso en esas pobres vidas destrozadas... en todos los Juan Eduardo como aquel...

---

## OBRAS DEL AUTOR

### NOVELAS:

- OCASO.—(Agotada).  
LA MUSA CRUEL.—(Agotada).  
LA TRAGEDIA DEL ARTE.  
AQUELLA MUJER EXTRAÑA Y PALIDA...

### TEATRO:

- LOS VIEJOS VIOLINES.—(Comedia en un acto, estrenada por la compañía de Joaquín Montero, en el Santiago).  
VERBENAS.—(Comedia en dos actos, estrenada en el Santiago por la compañía Miguel Muñoz).  
BUSCANDO OLVIDO.—(Diálogo, estrenado por la compañía de Joaquín Montero, en el Santiago).  
UNA AVENTURA EN EL CERRO.—(Entremés, estrenado por la compañía Gattini Angelini, en el Santiago).  
SUEÑOS Y FANTASIAS.—(Comedia en un acto, estrenada por la compañía de Emilio Carreras, en el teatro Politeama).  
HUMO DORADO.—(Comedia en dos actos, estrenada por la compañía de Juan Balaguer, en el teatro Santiago).  
LA ULTIMA MUÑECA.—(Entremés, estrenado por la compañía Joaquín Montero, en el beneficio de Blanca Suárez, en el Santiago).  
CON PERMISO DE DON JUAN LUIS.—(Revista en colaboración con Tomás Gatica Martínez, estrenada en el teatro Santiago, por la compañía Montero Sánchez).  
EL CUARTO PODER.—(Comedia en un acto, en colaboración con Genaro Prieto L., y Víctor Silva Y., estrenada en el Santiago, por la compañía Vila).  
LO QUE SE SUEÑA.—(Comedia en un acto, estrenada por la compañía Díaz de la Haza, en el teatro Royal).  
EL HURACAN.—(Comedia en tres actos, estrenada en Argentina, por la compañía Blanca Podesta, y en Santiago, por la misma compañía en el teatro de La Comedia).

- EL ALMA DE LA FUERZA.—(Comedia en tres actos, estrenada en el teatro Santiago, por la compañía Díaz Perdiguero).
- EL MUSGO.—(Comedia en tres actos, estrenada en Valparaíso, en el Victoria, y luego en Santiago, en el Santiago, por la compañía Mario Padín).
- EL MARTIRIO DEL SILENCIO.—(Comedia en tres actos, estrenada en el teatro Santiago, en el beneficio de María Padín, por la compañía Mario Padín).
- “ALMAS ERRANTES”.—(Comedia en tres actos, estrenada en el teatro Santiago, por la compañía Serrador Mari, en el beneficio de Nora Serrador).
- MAMÁ.—(Monólogo, estrenado en el teatro Santiago, en el beneficio de Eva Franco, por la compañía Franco).
- EL ULTIMO SHIMMY.—(Entremés, aún no estrenado, publicado en el “Diario Ilustrado”).
- LOS GIGANTES.—(Comedia en dos actos, aún no estrenada).

#### TRADUCCIONES DEL FRANCÉS:

- EL VÉRTIGO.—(Drama en cuatro actos, de C. Meré, estrenado por la compañía de Marta Fabregas, en el teatro de La Comedia).
- LAS VIÑAS DEL SEÑOR.—(Comedia en tres actos, de De Flers y Croiset, estrenada por la compañía Vilches, en el teatro Municipal).
- TIERRA INHOSPITALARIA.—(Comedia en tres actos, de F. de Curel, estrenada por la compañía Olona en el Santiago).
- AMAR.—(Comedia en tres actos, de Paul Géraldy, aún no estrenada. Depositada en la Propiedad Literaria).
- LA COSTURERA DE LUNEVILLE.—(Comedia en tres actos, de A. Savoir, aún no estrenada. Depositada en la Propiedad Literaria).
- EL ROSARIO.—(Comedia en tres actos, de Bisson, aún no estrenada, en colaboración con Ramón Mondría. Depositada en la Propiedad Literaria).
- DESPUES DEL AMOR.—(Comedia en cuatro actos, de Wolff y Duvernois, aún no estrenada, en colaboración con Ramón Mondría. Depositada en la Propiedad Literaria).
- LA GALERIA DE LOS ESPEJOS.—(Comedia en tres actos, de H. Bernstein, aún no estrenada, en colaboración con Ramón Mondría. Depositada en la Propiedad Literaria).
- SI YO QUISIERA...—(Comedia en tres actos, de Géraldy y Spitzer, aún no estrenada, en colaboración con Ramón Mondría. Depositada en la Propiedad Literaria).

#### TRADUCCIONES DEL ITALIANO:

- SEIS PERSONAJES EN BUSCA DE AUTOR.—(Comedia por hacer, de Luis Pirandello, aún no estrenada, en colaboración con Ramón Mondría. Depositada en la Propiedad Literaria).